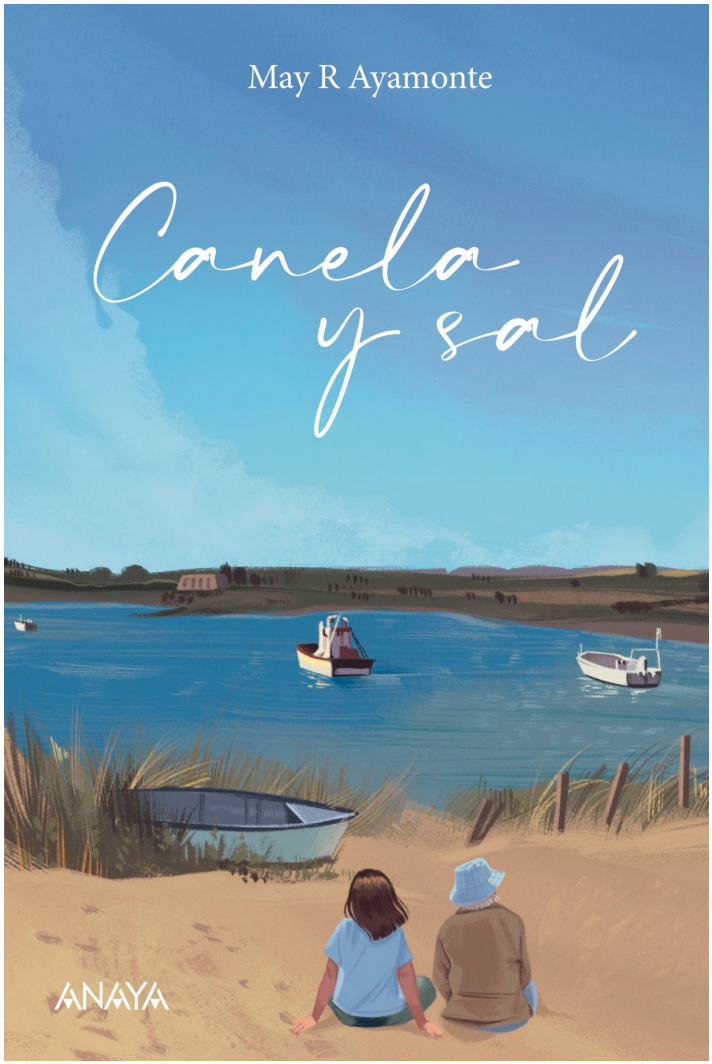
May R Ayamonte
Canela y sal
ANAYA

May R Ayamonte

Canela y sal

ANAYA

A mi abuela Maruja,
por dejarme contar parte de su
historia y la de nuestra familia.

A la tía abuela Eulalia,
a quién no recuerdo conocer,
pero cuyo dolor se encuentra en estas páginas.

Lola

—¡Lola! Tenemos que hablar contigo —la voz de mi madre se cuela por la ventana de mi habitación, que da al patio de la casa.

Suspiro y dejo el móvil sobre la mesa. Justo ahora estaba teniendo la conversación más interesante de mi vida con Dani, un chico que va a primero de bachiller y que por fin se ha fijado en mí.

Bajo las escaleras y cruzo el salón para salir al patio.

Encuentro a mi madre sentada en una tumbona, con un libro entre las manos. Se gira y, tras quitarse las gafas de sol, dice:

—¿Qué has hecho con tu trenza?

Pongo los ojos en blanco. Mis padres son perfeccionistas hasta tal punto que les importa cómo vaya peinada y vestida cada día. Me la he quitado porque quería subir una *story* a Instagram donde saliera guapa. Sé que Dani mira mis historias y que sigue mi perfil tan a rajatabla como yo el suyo. No necesito que piense que soy una niña pequeña que se hace trenzas.

—¿Qué más da? ¿Qué quieres?

Estaría mejor con mi teléfono que aquí, de pie, de brazos cruzados.

—A tu padre y a mí nos han llamado de Berlín. Han puesto una reunión de urgencia de la empresa y tenemos que ir. No nos queda otra. La farmacéutica va como loca —comenta con un tono que denota cierta molestia. Es evidente que no quiere viajar.

Pero para mí es una gran noticia. ¿Unos días sin mis padres?

¿Qué más se le puede pedir a la vida?

Ya me imaginaba montando la fiesta del siglo en casa y viendo películas con Dani en el sofá, cuando la voz de mi padre suena a mi espalda, añadiendo:

—Es por eso por lo que hemos decidido que tienes que irte con tu abuela.

Se me cae el alma a los pies y me giro haciendo una mueca. ¿Con mi abuela? ¡Ni que tuviera doce años! ¡El año que viene hago ya dieciséis! ¿Pretenden que me vaya con mi abuela antes que dejarme sola en casa por primera vez?

—A ver, a ver… creo que ya soy lo suficientemente mayor como para quedarme sola. Sé que nunca lo hemos hecho antes, pero la última vez que os fuisteis yo tenía diez años. Ahora tengo quince, ¡casi dieciséis! —argumento.

—Cariño, tu cumpleaños fue hace un mes. Tienes quince recién cumplidos. Y no es cuestión de edad, a nosotros nos da miedo que te quedes tanto tiempo sola —me contesta mi padre acercando unas sillas para que nos sentemos junto a mi madre.

—¿«Tanto tiempo»? ¿Cuántos días pensáis iros?

—Dos semanas —responde mi madre con voz queda.

—¡¿Dos semanas?!

Vale, quizá ya no parezco tan madura. He subido un poco la voz, pero es que mis padres nunca se han ido así y me veo incapaz de vivir con mi abuela tanto tiempo. Me voy a aburrir muchísimo y ella nunca me deja salir con mis amigos porque dice que soy demasiado pequeña. Se cree que todavía vivimos en la misma época que cuando ella era adolescente.

—El tema por el que viajamos es importante, Lola. Ha ocurrido algo en MicroBio y nos necesitan ahí de urgencia. Tenemos que estar en laboratorio, hacer pruebas y devolver unos análisis, y para eso se necesitan varios días.

Mis padres trabajan para una farmacéutica, ambos estudiaron lo mismo y como ya eran pareja al salir de la universidad, buscaron trabajo en sitios parecidos. Al final, acabaron trabajando para la misma empresa y se pasan los días metidos en laboratorios. Por lo visto eso les gusta, aunque yo soy más de dibujo artístico y odio la biología y la química.

—Pero es que la abuela Charo ni siquiera tiene Internet y no

me deja quedar con mis amigos. ¡No tiene ni coche!

—Oh… Lola… No irías con la abuela Charo —la voz de mi padre se pierde con el grito ahogado que profiero.

—¿Cómo que no? ¿Con quién…? Oh, no, no, no, ¡no! ¡Me niego! —exclamo, esta vez gritando.

Mis padres están locos.

—Sabemos que no es ideal, pero la abuela Charo está enferma, ya sabes que últimamente está peor del Alzheimer y hemos pensado que no sería buena idea estresarla aún más. Además, para ti tampoco sería agradable estar con ella. Incluso para mí, que es mi madre, a veces es difícil —comenta mi madre con voz triste.

—Pero si hace años que no veo a la abuela Amalia, ni siquiera vosotros tenéis casi relación con ella. Y tú menos, papá. Nunca la llamas —respondo con voz todavía enojada.

Hundo la cabeza entre las manos y maldigo entre dientes. ¿Podría algo salir peor? Creo que no. He pasado de soñar con vivir sola y disfrutar de mi casa con mis amigas y el chico que me gusta a tener que cruzarme medio país para visitar a una anciana que casi no conozco y que parece tener muy malas pulgas.

—No podré ir a clase —añado intentando gastar la última bala que me queda.

No es que me importe, de hecho, me vendrían bien unas vacaciones, porque estoy estresada. Cuando se va acabando el segundo trimestre estamos hasta arriba de exámenes, trabajos y largas horas de clase que nunca terminan. Lo que sí me importa es tener que irme dos semanas ahora que acabo de quedar con Dani para este fin de semana.

Mis padres me miran arqueando las cejas antes de soltar una carcajada.

—Lola, no te preocupes. Ya hemos llamado al instituto y lo han entendido perfectamente. Tu amiga Laura se encargará de hacerte llegar todos los deberes y apuntes. El examen de Lengua lo harás al volver, así que mira el lado positivo: tendrás más tiempo para estudiar.

—Pero, mamá…

—Nada de peros —me interrumpe mi padre—. No pasa

nada por hacer un esfuerzo. Además, tu abuela Amalia está encantada y tiene ganas de pasar tiempo contigo. Como has dicho, no la conoces y quizá es una oportunidad para hacerlo. Nos encantaría no tener que irnos ahora, pero nos lo han exigido. Y vamos a ir a Alemania, te guste o no.

Resulta que si falto a clase porque me gustaría ir unos días a casa de una amiga que vive lejos, no puedo. Sin embargo, si ellos se tienen que ir por trabajo, sí que tengo que faltar. Lo entiendo perfectamente; pero no me apetece marcharme. Y menos al pueblo de mi abuela Amalia. Si es que ni siquiera la conozco. Es una mujer ajena a mí. Me encantaría haberla conocido bien, como a mi abuela Charo, pero en mis quince años de vida la he visto tres veces contadas.

—No sé si de verdad al instituto le va a parecer buena idea que falte dos semanas a clase. Es muchísimo tiempo. Y, para colmo, serán los exámenes dentro de poco.

Estoy rezando a todas las vírgenes mientras hablo para que mis padres cambien de opinión. Se ve a la legua que no lo van a hacer. Han estado planeando todo esto a mis espaldas para soltarme la bomba y enseñarme los billetes de avión. Los conozco demasiado bien, lo tienen todo preparado al milímetro.

—Lola, solo serán dos semanas. Además, así conoces a tu abuela Amalia —insiste mi madre.

—Nunca os habéis preocupado de que la conozca y, ahora que os interesa, sí. ¿En serio? ¡Que no quiero ir! —sueno como una niña pequeña, lo sé. Estoy desesperada, no sé qué más decir.

—No te haríamos ir si no pensáramos que es importante. Nuestro trabajo depende de que vayamos a Berlín. No queremos hacerlo. Es un sacrificio para todos y sabemos que para ti también. Por eso, cuando volvamos a casa, dejaremos que elijas dónde ir de vacaciones este verano —me explica mi padre con una sonrisa conciliadora.

—Si la abuela Charo no empeora, Damián.

Resoplo y me levanto alejándome de ellos. Es imposible, no voy a conseguirlo. Tendré que ir a casa de mi abuela Amalia, una mujer de ochenta y un años, a la que no conozco

prácticamente y lo poco que sé de ella no son muy buenas referencias. Mi padre pocas veces habla de su madre y cuando lo hace es con un tono solemne, como si estuviera muerta. Mi madre siempre ha dicho que es una mujer desordenada y alocada.

Doy unas vueltas alrededor del patio y fijo mi mirada en las macetas. El sol está empezando a bajar y dentro de poco podremos disfrutar de una preciosa puesta de sol. Estamos casi a mitad de marzo y, aunque todavía hace frío, ya se está bien al exterior con algo de ropa. Me encanta la luz de invierno en Toledo y más aún poder disfrutar del jardín tan grande que tenemos.

—Nos vamos mañana —la voz de mi madre interrumpe mis pensamientos.

Me giro sorprendida y respondo:

—No podíais darme algo de tiempo para prepararme, ¿no? Ni siquiera podré despedirme de mis amigas.

—Te vas dos semanas, no para toda la vida. No seas tan dramática.

—Tú no lo entiendes —concluyo la conversación antes de salir del patio y adentrarme en la casa de nuevo.

Cuando estoy en mi habitación, me tumbo en la cama y me hago un ovillo. No quiero ni tener que pensar en lo que van a ser las semanas que se me vienen encima. Estoy tentada de alcanzar mi móvil y desahogarme con mis amigas. Sin embargo, decido dejarlo por el momento. Cuando les cuente que tengo que irme con mi abuela dos semanas, no se lo van a creer y encima tendré que escribirle a Dani y cancelar nuestra primera cita.

Íbamos a ir al cine a ver una película, después iríamos a dar un paseo y besaría sus labios por primera vez. Ahora tendré que estar encerrada en casa de una abuela a la que casi no conozco, hartarme de hacer deberes y estudiar unos apuntes que no son míos para poder entender el temario.

Me abrazo a mí misma y odio mi vida por un momento. ¿Por qué a veces todo tiene que ser tan difícil?

Lola

He intentado meter en la maleta todo lo que podría necesitar para las semanas de infierno que voy a pasar. Por desgracia, un grupo de amigos y el chico que me gusta no caben. Hubiera sido divertido ir, al menos, con alguna amiga y así no sentirme agobiada con el hecho de estar sola con mi abuela tanto tiempo. No sé ni cómo será la experiencia, ¿Amalia es una mujer como Charo? Quizá no es tan estricta y me deja salir. Aunque, ¿con quién voy a salir? Vive en un pueblo de Huelva. Ni siquiera sé muy bien qué hay en Huelva, nunca nadie habla de ese sitio. Mis padres siempre han hablado de la playa y las vistas que tenía la casa donde se crio mi padre. Se conocieron ahí, el pueblo se llama Ayamonte.

Suena el timbre de casa y bajo corriendo las escaleras. Salimos en media hora, pero he convencido a mis padres de hacerlo a tiempo para que Laura se pase por nuestra casa antes de ir al instituto. Para ellos dos semanas no son nada, pero para mí significa desaparecer del mundo e irme a cientos de kilómetros. Es por eso por lo que, cuando decidí escribir por el grupo de WhatsApp de mis amigas anoche, les pedí que al menos pudiéramos vernos antes. Laura fue la única que me prometió que haría todo lo posible por venir a consolarme, y ha cumplido su promesa.

—Oh, Lola —me dice cuando abro la puerta y nos abrazamos.

—Vamos a sentarnos ahí —le indico un banco que tenemos en el porche. Nunca lo utilizamos porque las vistas son a la carretera, pero aquí podremos charlar tranquilas sin que se entrometan mis padres.

Laura es una chica muy delgada, a mi lado es prácticamente invisible porque yo siempre he tenido un cuerpo con curvas marcadas, y más desde que se me desarrolló el pecho. Ella es atleta y tiene cuerpo de atleta, creedme. Sus piernas son fuertes y delgadas; sus abdominales están definidos y suele llevar el pelo recogido pulcramente.

—Tía, qué fastidio, justo ahora que habías quedado con Dani —resopla a mi lado.

—Lo sé. No me apetece nada ir porque ni siquiera conozco demasiado a mi abuela Amalia. La habré visto como tres veces en mi vida. Mis padres nunca quieren emplear sus vacaciones en bajar a Huelva y ella parece que tampoco ha tenido nunca demasiado interés en subir aquí, a Seseña —contesto resoplando después también.

—Se te va a pasar volando, verás —me reconforta mirándome cariñosamente con sus ojos verdes.

Laura es la chica de la que casi todas las demás tenemos algo de envidia. Además de esos ojos enormes y brillantes, también cuenta con un pelo rubio platino que es herencia de su familia irlandesa.

—Eso decís todas… me da mucha rabia irme así de pronto sin poder mentalizarme al respecto. Imagínate, dos semanas encerrada con una anciana que no tendrá ni wifi.

—Hablaremos todos los días y te contaré lo que pase en el instituto. No creo que demasiado, la verdad. Hoy me ha dicho mi madre que los profesores han decidido retrasar algunos exámenes porque, con el brote que hubo de gripe, muchos compañeros faltaron a clase —me explica sorprendida.

La madre de Laura es profesora de Francés, la única de todo el instituto. Todo el mundo nos conoce también por eso. Muchas veces en los recreos la gente se nos acerca y le pregunta si ella puede conseguir que su madre les apruebe. Son situaciones graciosas porque, evidentemente, Laura no tiene potestad para hacer algo así.

—¿De verdad los van a retrasar? Eso haría que no perdiera ahora mismo ningún examen…, aunque mis padres dicen que la de Lengua ha dicho que me lo pone a la vuelta.

—Tía, así te paso las preguntas y te haces una idea de cómo

va a ser el examen. Tampoco le daría muchas vueltas, Lola. Disfruta de tu abuela. A mí tampoco me apetecería ahora mismo irme a otro sitio a estar dos semanas, pero…, si lo piensas…, es una oportunidad para conocerla, como decías anoche por WhatsApp.

Sí, es una oportunidad para conocer a la abuela Amalia y tal… si sé que en el fondo no va a estar tan mal como me invento en mi cabeza.

—Voy a tomármelo con filosofía, sí… Además, dos semanas tampoco es el fin del mundo…

La conversación continúa y le pregunto a Laura sobre su novio, con el que lleva saliendo casi un año y se pelea a menudo. La última discusión ocurrió ayer mismo en la puerta del instituto y fue bastante vergonzosa. Por algún motivo no pueden parar de discutir, se quieren y tienen cosas en común, pero también parece que chocan demasiado. Más de lo que deberían.

Acabamos hablando hasta de los cotilleos que ocurren en el instituto y para cuando queremos darnos cuenta, mi amiga se tiene que ir si no quiere llegar tarde. Nos despedimos con un fuerte abrazo y, conforme la veo marchar, siento que se me encoge el pecho. Al estar sola, vuelvo a la realidad y soy consciente de que me voy dos semanas y no hay nada que pueda hacer para detenerlo.

Mis padres no tardan en asomarse al porche y pedirme que coja mis cosas para marcharnos. Por lo visto, es la primera vez en diez años que bajan a casa de mi abuela Amalia, pero solo van a quedarse a comer y se marchan. Han cogido un vuelo desde Sevilla, vamos, que lo han pensado todo, como sospechaba. Me dejan ahí, se marchan al aeropuerto y, cuando vuelvan, pasan a recogerme y nos volvemos a Seseña. Si lo veo así, solo son catorce días antes de estar de nuevo en casa.

En mi habitación, recojo mis cosas rápidamente porque mi padre me está metiendo prisa y salgo corriendo con la mochila todavía abierta a la espalda. Al subirnos al coche, observo mi casa y sueño de nuevo con quedarme sola y disfrutar, por primera vez, de la vida adulta. Conforme la dejamos atrás, me pongo unos cascos inalámbricos que conecto a mi teléfono y

dejo que la música de Rosalía inunde mis oídos.

Mis padres me piden en repetidas ocasiones que charle con ellos, pero estoy tan enfadada que no quiero hacerlo. Miro mi Instagram y me doy cuenta de que, como todos mis amigos están en clase, no tengo notificaciones. Tampoco en WhatsApp. Vaya, que el camino a Huelva va a ser largo y aburrido.

Al cabo de unas horas, decido sacar mi ordenador y empezar a escribir un trabajo que tengo que entregar esta semana. Rebusco en mi mochila, pero rápidamente me doy cuenta de que no lo he cogido. Entonces sí que me quito los auriculares y exclamo:

—¡No tengo el portátil! ¡Dad la vuelta! —Quizá en mi mente sonaba más dramático que en la realidad.

—No vamos a dar la vuelta, Lola. No te preocupes, seguro que puedes arreglártelas con el móvil —responde mi padre con calma.

Mi madre, que va conduciendo a su lado, no dice nada. Le gusta concentrarse en la carretera y, como mi padre tiene bastante miedo a conducir, es la única que coge la autopista durante horas.

—Papá, que tengo que entregar un trabajo. ¡Que tendré que estudiar el examen de Lengua! —insisto todavía alzando la voz.

Es que ni con eso son capaces de entenderme.

—Llevas los libros en la mochila, seguro que tu abuela tiene algún ordenador por casa. No te preocupes. Piénsalo así, menos tecnología, menos problemas.

—¿Menos problemas? ¡Que tengo que entregar un trabajo! —insisto.

—Mira, hija, no vamos a dar la vuelta, estamos a mitad de camino y aún nos quedan dos horas y media. Además, perderíamos el avión —se entromete mi madre con voz pausada.

Sé que no hay nada que hacer, así que me cruzo de brazos y miro por la ventana. Lo que me faltaba, estar sin ordenador en casa de mi abuela, ¿qué voy a hacer medio mes? No podré ver series para entretenerme y, para colmo, tendré que redactar un trabajo con el móvil.

Además, dudo que mi abuela tenga un ordenador. La abuela Charo se niega hasta a tener un teléfono que no sea su fijo antiguo de botones grandes. Lo más moderno que ha aceptado ha sido una televisión nueva, porque por la analógica ya no podía ver la telenovela después de comer.

—Cariño, valora estos días como una oportunidad para conocer a tu abuela.

Me lo dice mi padre, que lleva pasando de su madre y de su pueblo años. Vamos, desde que yo nací nunca ha mostrado gran interés por volver a sus raíces. De las cinco veces contadas que he visto a mi abuela, dos de ellas fueron cuando era un bebé y ni siquiera me acuerdo. Las otras tres, porque había que hacer alguna visita de cortesía para quedar bien con la familia.

—Me estáis llevando a Huelva, a un pueblo que ni siquiera sé dónde está y me estáis pidiendo que lo disfrute. Estáis de broma, ¿no?

—Vas a Ayamonte. Es una ciudad pequeña, ni siquiera es un pueblo. Hay playas increíbles, fue donde tu madre y yo nos conocimos y, además, tiene hasta centro comercial y cine. Que tienes para explorar, no te vas a aburrir.

Profiero un lamento y respondo:

—Eso. No me acordaba ni del nombre. Estamos en marzo, ¿de verdad crees que voy a ir a la playa? Si estará el agua helada. Y estás dando por hecho que mi abuela tendrá energía como para ir a la playa.

—Te sorprendería la energía que tiene tu abuela —añade mi madre.

—De todos modos, queríamos pedirte que tuvieras cuidado al salir de casa. Tu abuela tiene una salud delicada y ya está mayor. Los médicos no le recomiendan salir demasiado y menos con el frío que todavía hay en primavera. Si tú sales y te resfrías, tendría serias consecuencias para ella si se lo pegas.

Vale, he entendido que mis padres pretenden que me encierre en casa de mi abuela como una monja de clausura.

—¿No es un poco exagerado? Ahora voy a estar encerrada dos semanas en la casa de la abuela. —Me cruzo de brazos y bufo.

—Lola, no se trata de que te encierres, sino sencillamente de que tengas en cuenta la edad de tu abuela y su estado de salud. Es una mujer con una energía desbordante; pero también tiene la edad que tiene y la salud delicada. Todo es cuestión de tener algo de cuidado y, sobre todo, de que tú la cuides a ella —explica mi madre girándose y lanzándome una sonrisa dulce.

Afirmo con la cabeza y vuelvo a ponerme los auriculares. Entendido, mi abuela es una anciana y debo tener cuidado. Eso puedo hacerlo. Pero ¿de verdad es para tanto?

Lola

Al bajarme del coche, huelo rápidamente el salitre del río que desemboca en el océano que ya tenemos cerca. La casa de mi abuela está en una calle estrecha que da a un brazo del río Guadiana. Hay muchas barcas varadas y se puede observar el estadio de fútbol que está justo al otro lado del agua. Parece un barrio de pescadores, de casas bajas blancas con pequeños porches. Admito que estoy impresionada con el paisaje y las vistas. Me quedo boquiabierta con la imagen que tengo delante de mí.

El barrio de Canela es una isla que se conecta al pueblo mediante una carretera y que está situada a los pies de un brazo del río Guadiana. Por lo que me han dicho mis padres, lo que hay después es el campo de Canela, las playas y un barrio llamado Punta del Moral.

Noto también muy rápido la humedad que carga el ambiente. Puedo hasta sentir el pelo revolviéndose y erizándose a la velocidad de un rayo. El aire es distinto, tanto como lo son el color del cielo y la luz que incide a mi alrededor. El silencio también es increíble. Aunque llegan voces desde un bar que tenemos cerca, el sonido que predomina es el del agua yendo y viniendo, balanceando las barcas de madera que crujen al son que marca el río.

No recuerdo este paisaje. Quizá porque la última vez que vine era muy pequeña. Creo que lo recordaría, porque es sencillamente impresionante. Más allá de eso, me he dado cuenta de que mi abuela vive en un barrio apartado del centro del pueblo y eso no me ha convencido demasiado. ¿Qué voy a hacer? ¿Quedarme encerrada? Al menos esperaba que viviera

en el centro, donde estuviera la vida de la zona. Pero no, vive en esta calle frente al río, en un barrio que parece más pequeño que la manzana donde está nuestra casa en Seseña.

Mi madre me tiende la maleta pequeña que ha sacado del maletero antes de cerrar el coche y veo cómo observa a mi padre mirar el río y la calle en la que se crio. Puedo notar la melancolía en sus ojos tan rápido como ella. También veo cómo se remueve nervioso por visitar a su madre después de tanto tiempo. No sé si será un momento tenso, pero tampoco tengo ganas de averiguarlo.

Así que me quedo detrás de ellos. Escucho el timbre sonar las dos veces que lo ha pulsado mi padre. Pasa un momento en el que no hay respuesta. Después escuchamos la voz de mi abuela indicando que ya sale.

Entonces la veo. Se asoma por la ventana unos segundos antes de desaparecer y abrir la puerta. Sus ojos son almendrados, de un color azul intenso, con unas cejas prominentes y oscuras. Iguales que los míos. O quizá los míos son iguales a los suyos. Una cabellera plateada ondulada le llega hasta por debajo de los hombros y descubro, por los restos de color, que antaño debía de tener mi mismo tono azabache. Me quedo en *shock* durante unos segundos, porque siento que estoy viéndome a mí misma cuando sea mayor.

La abuela Amalia abraza a mi padre con fuerza y después hace lo mismo con mi madre. Cuando ambos se apartan y estamos frente a frente, musita:

—Hola, mi niña. —Con una sonrisa enorme me abraza a mí también y me coge de la mano para adentrarnos en su casa.

Me siento rara. No conozco a la abuela Amalia prácticamente de nada y he pasado de sentirme una desgraciada a conocer una versión de mí misma anciana. Me pregunto por qué no hemos venido antes, cuando yo ya tenía conciencia propia y podía recordar estos detalles.

La entrada de la casa es angosta, como la vivienda en general. Las paredes son blancas y están pintadas de cal. Paso los dedos por los recovecos y observo los cuadros de barcos que adornan las paredes. La abuela nos conduce a su salón, pequeño pero acogedor. Hay dos sofás y una mesa camilla.

Imagino que dentro se encuentra un brasero y, por un segundo, me veo tentada a sentarme rápidamente. Hace frío dentro y se nota que es una casa muy vieja.

—Por fin habéis llegado, ¿se os ha hecho muy largo el camino? —nos pregunta mi abuela.

Su voz es dulce y me trae ciertos recuerdos a la memoria. Son vagos e inconexos, pero puedo asegurar que he estado aquí con anterioridad.

—Un poco, como siempre, *amá* —dice mi padre con su marcado acento andaluz. Siempre lo tiene, pero cuando baja a Andalucía se transforma y habla con más acento todavía.

—Ya…, pero por fin estáis aquí. Tenía tantas ganas de veros… sobre todo a ti, Lola —me coge de la mano y me sonríe de nuevo.

—Gracias, abuela. Hace muchos años que no nos vemos —comento.

—Lo sé. Y no es porque no le haya pedido a tu padre que vengáis. Pero entre el trabajo, que vivís lejos… es muy difícil. Y yo no estoy como para hacer tantos kilómetros. Que una ya está mayor —comenta casi entre risas.

Pero a mí no me parece divertido. Nunca he conocido de verdad a mi abuela Amalia. Es súper raro porque todas mis amigas conocen a sus abuelos que están vivos y pasan tiempo con ellos. Yo, sin embargo, siempre he estado con mi abuela Charo. ¿Cómo le puede parecer divertido?

De todos modos, es cierto que vive muy lejos. Yo tampoco querría venir aquí todos los años. Y menos a un pueblo como este.

—Ahora tenéis unos días para conoceros —tercia mi madre sonriente.

Yo asiento con la cabeza y dejo a mi vista vagar por el salón. Mi abuela tiene un mueble de madera lleno de libros y platos y hay una puerta que imagino que dará a la cocina, porque, por lo que he podido vislumbrar desde el pasillo, las siguientes habitaciones son dormitorios y un baño. La casa es pequeña, con un techo bajo y no parece haber sido reformada más allá de mantenida a lo largo de los años.

—Tengo muchas ganas, creo que lo vamos a pasar muy

bien.

Después empiezan a hablar del trabajo y de por qué van a Berlín. Le insisten a la abuela Amalia en que se cuide, especialmente ahora que yo estoy de visita. La abuela Amalia asiente todo el rato con la cabeza. Puedo notar en el tono de su piel y en su rostro que está cansada y mayor. De hecho, no es que esté enferma ni nada. Sencillamente que está delicada de salud desde hace tiempo y eso se puede percibir tan solo con mirarla. Ahora que la tengo delante me doy cuenta de que sí que debo tener cuidado mientras esté con ella en Ayamonte.

Al abrir el grupo de mis amigas, veo que han escrito varios mensajes al salir de clase. Laura me indica los deberes que han mandado y el correo electrónico al que tengo que mandar los míos antes de mañana. Teniendo en cuenta que no tengo ordenador, creo que voy a hacerlos a mano y le mandaré una foto al profesor de matemáticas. Espero que no le moleste, ya llevamos un año entregando todo *online* con él, no le gustan los cuadernos físicos porque dice que no entiende nuestra letra.

Mis amigas también hablan de Carolina, que lo ha dejado con su novio y ahora es el centro de todas sus conversaciones. Intento participar del chat, pero tampoco sé qué decir. Les comunico que he llegado bien a Huelva y me desconecto. Me siento rara y solo llevo fuera una mañana. En Instagram tampoco tengo notificaciones, así que bloqueo de nuevo mi teléfono y retomo el hilo de la conversación que mantienen mis padres con mi abuela.

Esta se levanta y trae una olla a la mesa.

—¿Necesitas ayuda? —le pregunto.

—Tranquila, ya lo tengo todo a mano. Tú siéntate y come. Te hace falta un buen puchero de la abuela.

Asiento y espero a que me sirva. Observo el caldo blanquecino con arroz. Huele que alimenta y tengo muchísima hambre. Me duele la barriga de no comer. Hemos esperado todo el camino porque la abuela les había indicado a mis padres que tendría algo preparado para cuando llegáramos.

El caldo caliente me ayuda a sentirme mejor y recupero la fuerza que había perdido en el viaje. Está buenísimo. Siempre me ha gustado la comida de mi abuela Charo, pero la de la

abuela Amalia tampoco se queda atrás. Sonrío al disfrutar de la comida y noto cómo se me deshace en la boca.

—Está riquísimo, abuela —comento con una media sonrisa.

—Me alegra que te guste, es la receta de mi abuela —tercia ella sonriente.

—Es como el cocido madrileño, ¿no? —pregunta mi madre.

—Parecido, pero más rico seguro —responde mi abuela.

—*Amá*, deberías arreglar la puerta de entrada. La madera está muy vieja. Cualquier día se suelta y no estás ya para esos sustos.

—Mira mi hijo, preocupado por su madre. Podrías haberte preocupado antes, ¿no? Así por lo menos habría visto a mi nieta más. Uno no se preocupa solo cuando viene de visita una vez cada cinco años. Que madre solo hay una, ¿eh?

Me quedo observando la escena desde fuera, sorprendida. Hay tensión acumulada, muchas cosas que no han hablado, y reparo en cómo mi padre empieza removerse en su silla. Se está mordiendo la lengua para no responder. ¿Qué habrá pasado entre ellos para que exista tanta tensión? No quiero ni imaginármelo, pero tampoco nunca mis padres han mencionado nada relevante. Mi abuela vivía lejos, ellos tenían una vida ajetreada y no había espacio para viajar hasta Ayamonte cada vez que tenían vacaciones.

—Amalia, ya sabe cómo es su hijo. No le gusta coger el coche y le cuesta tener tiempo. Por eso nunca la llama —responde mi madre en un intento un tanto bochornoso de salvar a mi padre.

Aunque tiene razón, mi padre no es la persona que más utilice el teléfono móvil, generalmente no sabe ni dónde lo tiene porque casi no lo usa.

Mi abuela no parece convencida y arremete.

—Menos mal que tú si me llamas de vez en cuando, Marina. De no ser por ti, no sé qué sabría de mi hijo y mi nieta.

—Ya está, *amá*, estamos aquí que es lo importante y vamos a dejar a Lola. Así pasáis tiempo juntas.

—Y la cuido, que para eso están las abuelas —responde todavía molesta, pero mostrando dulzura en las últimas palabras al mirarme.

Yo sonrío a medias y me centro en mi plato de comida.

Nunca pensé que me vería en esta situación. Después de estar unas horas fuera, es como si mi vida anterior no existiera, y, por un momento, me pregunto qué habría pasado si me hubiera quedado en casa de la abuela Charo. Al menos parece que Amalia es más simpática. La abuela Charo siempre está enfurruñada y ahora con el Alzheimer es todo mucho más difícil con ella. A veces, ni siquiera recuerda quién soy y me confunde con mi madre. Es raro y también se hace duro.

—Al volver, nos quedaremos una noche antes de irnos a Toledo. Llegaremos para la hora de cenar —le dice mi padre en un intento de hacerla sentir mejor.

A mí, sin embargo, me sienta fatal. Pensaba que regresaríamos ese mismo día a casa. ¿Una noche más? Eso ya hace dos semanas y un día.

Resoplo molesta en la mesa y todos me miran.

—Eso no es lo que hemos hablado —musito.

—Quizá no nos explicamos bien —la voz de mi madre corta el ambiente.

—Vale…

Tras decir eso, me levanto de la mesa y salgo del salón. Aunque en seguida me siento ridícula, ¿dónde voy a ir? Ni siquiera conozco bien la casa.

Lola

Mis padres se fueron hace dos días, estamos a jueves y he pasado, literalmente, todo este tiempo encerrada en la que ahora es mi habitación con el móvil, los libros de estudio, mi cuaderno de dibujo y saliendo solo a comer con mi abuela. No es que quiera ser desagradable ni desagradecida, pero tampoco sé muy bien de qué podemos hablar. La abuela quizá también se siente rara teniéndome aquí, pues lleva sola muchos años. Me deja mi espacio, pero cuando comemos juntas intenta encontrar tema de conversación cuando no lo hay. Al final acabamos hablando de cosas del día a día, yo no le doy demasiada información sobre mis problemas. No sé muy bien qué debería contarle a una abuela a la que casi no conozco.

Por eso, cuando llama a mi puerta y me indica que está la comida, me siento en silencio y la observo apartarnos un plato a cada una. Ha hecho patatas fritas, brecas (un tipo de pescado que nunca he comido en Seseña) y una crema de verduras. De postre, natillas caseras. Mi abuela Amalia es diferente a Charo, aunque esta también cocina muy bien, nunca hace tantísima cantidad de comida.

Sin embargo, esta vez es diferente. Lo noto en los ojos de mi abuela. Parece más cómoda y atrevida. Es por eso por lo que propone:

—¿Vamos a dar un paseo por Canela?

—Vale —respondo con una pequeña sonrisa.

Canela es el barrio en el que vive mi abuela. Por lo poco que vi al llegar, es pequeñito y está lleno de casas bajas y antiguas como la suya. Las calles siguen al río Guadiana. La de mi abuela es una de las principales que da al brazo del río lleno de

barcas. La siguiente baja en dirección al océano. Es lo que vi desde el coche y, aunque el paisaje es increíble, tampoco he tenido demasiadas ganas de explorar.

—Me gustaría que vieras sus casitas y el río, son unas vistas increíbles. Yo me siento una privilegiada. A mi edad, podría estar en un piso de mala muerte viendo paredes de hormigón y tengo la suerte de poder ver el río cada mañana cuando me despierto.

Sus arrugas son tan marcadas que me pregunto cómo sería su rostro a mi edad. Debíamos de ser parecidas porque, incluso a su edad, es más que evidente que soy su nieta. Es como verme a mí misma en un espejo.

—Sí, tiene que ser increíble.

En realidad, no sé si lo pienso, nunca me he preguntado dónde me gustaría envejecer. Ni siquiera qué significa envejecer en sí. Me daría miedo necesitar que alguien me cuidara y no valerme por mí misma, pero… ¿no sería normal también dejarse cuidar?

Me pierdo en mis pensamientos y, para cuando quiero darme cuenta, hemos terminado de comer. Mi abuela me pide que me prepare y que salgamos al paseo ahora que hace calor todavía. Como estamos en marzo, es el mejor momento para hacerlo.

Alcanzo mi mochila pequeña y meto dentro mi móvil y mi botella de agua. Todo lo que necesito para sobrevivir a un apocalipsis zombi. Mi abuela no tiene Internet y, aunque mis datos son limitados, puedo subir fotos a Instagram, chatear con mis amigas e incluso ver vídeos de YouTube, y eso ya es bastante. Me conformo.

Echamos a andar hacia el final de la calle. Observo las casitas, algunas están reformadas e incluso hay nuevas construcciones muy diferentes a la de mi abuela. También hay un par de bares y nos cruzamos con algunos ancianos que se paran a hablar con ella. Al final, tardamos casi diez minutos en girar la primera esquina y empiezo a desesperarme. Mi abuela anda lento, me cuenta que tuvo un problema en el pie por el que tuvieron que operarla hace unos años y yo me desespero siguiendo su ritmo. Aun así, intento entenderla y sentir

empatía.

—Y mira, ¿ves ahí?. Ahí vivía Antonio —me comenta señalando un bloque de pisos que hay al torcer la esquina—. Bueno, ahí, ahí… no. En lo que había antes ahí, que eran casitas bajas como la mía.

Ah, mi abuelo. Claro. Se llamaba Antonio.

—El abuelo —respondo.

—Sí, hija, sí. El abuelo. Que no tu abuelo —añade arqueando las cejas.

—¿Cómo? —no he entendido lo que ha querido decir.

Antonio era el padre de mi padre. O sea, mi abuelo. ¿No? Quizá me fallan las matemáticas, pero es lógica básica. Antonio era un hombre muy complicado, eso decía siempre mi padre. No se hablaban cuando se murió. Por lo visto a nadie le gustaba, excepto a mi abuela. Eso es lo único que sé sobre él.

—Ay, cariño, ya hablaremos sobre esto en otro momento. Pero ahí vivía Antonio. Nos conocíamos de toda la vida. Aunque, ya sabes, aquí todos se conocen.

Después la abuela guarda silencio unos minutos, algo que, según he descubierto, no es típico de ella. La miro detenidamente en un par de ocasiones, intentando captar su atención, pero parece que ella se niega a establecer contacto visual.

Así que miro el río. Por primera vez me fijo en Portugal. Mis padres ya me habían hablado de que Ayamonte estaba a un kilómetro de Portugal, pero tenerlo ante mis ojos me deja sin palabras. En esta parte, el río parece estrecho y Portugal, tan cercano como el instituto de mi casa. Siento la brisa golpearme el rostro y cierro los ojos para inspirar con fuerza el olor del agua. Es increíble, parece que en cualquier momento va a llevarme con él.

—¿Te gusta? Eso que ves ahí enfrente es Vila Real de Santo Antonio, un pueblo portugués muy diferente a Ayamonte, pero a la vez parecido. Está a los pies del Guadiana y se puede coger un barco que cruza de un lado a otro.

—Hala, ¿en serio? Pero eso será muy caro, ¿no?

Ella se ríe y responde:

—Claro que no, es barato. La gente lo coge muy a menudo.

Solo tarda veinte minutos en cruzar. Cada media hora hay uno. Deberíamos hacerlo antes de que te vayas, así conoces Portugal, aunque sea para echar una tarde y que pruebes sus dulces.

—Estaría bien.

No se me nota muy emocionada, tampoco es que me parezca el plan del año, pero agradezco que mi abuela quiera acercarse a mí e intentar animarme. Lo mejor hubiera sido venir, al menos, con una amiga.

—¿Qué es eso?

Estamos ya al final de la calle y hay un edificio en ruinas.

—Eso es el antiguo cuartel de la Guardia Civil, ¿quieres verlo?

Me río con su pregunta. ¿Cómo vamos a verlo? Es una estructura de piedra y ladrillo derrumbada, no tiene ni techo. Se puede apreciar que originalmente sería bonito, pero ahora está todo lleno de grafitis por fuera. También puedo vislumbrar desde donde estamos que ha crecido mala hierba dentro. Hasta hay árboles que sobresalen por encima de los muros.

—No podemos entrar ahí. ¡No irás a saltar por una ventana!

—¿Crees que soy demasiado mayor como para entrar? ¡Me conozco Canela como la palma de mi mano! Ven, sígueme —responde alegremente.

Seguidamente me doy cuenta de que sí, que hay un camino por el que se puede entrar que me había pasado totalmente desapercibido. Es de arena y bordea el edificio, estrecho y rodeado de retamas. Me sorprende la soltura con la que lo toma mi abuela. Después giramos y, entonces, me quedo otra vez sin aliento.

—Guau —es lo único que alcanzo a decir.

Saco mi teléfono y hago fotos. Lo más increíble son las vistas del río, casi sientes que el edificio se adentra en él. Hay una pequeña playa de arena formada a los pies del cuartel derruido y, aunque estamos solas, me imagino que en verano se llenará de gente del barrio. Bajo las escaleras de piedra, también deshechas, y me giro para admirar el edificio. El cuartel se ve igual que desde fuera, pero esta vez sí hay huecos por los que entrar donde anteriormente habría puertas.

—Ves, sí que podíamos entrar —se ríe de nuevo.

—Abuela, eres una caja de sorpresas.

—Es que todavía no me conoces, niña —responde con dulzura.

Grabo un par de *stories* para dar envidia a mis amigas y sentirme mejor conmigo misma. En realidad, me gustaría estar en casa, pero, ya que debo quedarme aquí una semana más, tendré que enseñar lo que hago.

—Es una pasada.

—Lola, deja el móvil, anda —me pide.

—¿Por qué? ¿Te molesta? —pregunto.

—No puedes disfrutar de un sitio tan increíble como este a través de la pantalla. ¿Nunca lo has pensado? Si dejas el móvil, podrás verlo con tus propios ojos y te quedará un recuerdo al que aferrarte.

—Ya… tienes razón.

Guardo el teléfono de vuelta en mi mochila y decido admirar de nuevo lo que me rodea sin grabarlo para Instagram. Mi abuela se sienta en uno de los escalones y me pide que la acompañe.

Nos quedamos durante un rato en silencio, admirando el río y observando Portugal. La luz incide en el río de manera muy particular y el agua cambia de azul a verde constantemente.

—¿Tú naciste aquí, abuela?

Ella me mira con añoranza y responde:

—Sí. Nací el 31 de marzo de 1939, un día antes de que acabara, oficialmente, la guerra civil española.

De pronto, capta mi curiosidad con lo que ha comentado y la miro de manera diferente. Mi abuela nació en la guerra, aunque fuera un día antes de que acabara. He estudiado ya la guerra civil española, pero solo por encima; en bachillerato lo haremos en profundidad. Muchas preguntas se acumulan en mi cabeza rápidamente.

—¿Cómo fue nacer en la guerra?

—Bueno, piensa que acabó al día siguiente. Yo nací en la misma casa donde estás durmiendo estos días. Mi madre murió por el parto y mi padre murió meses antes, en la guerra.

Sus palabras suenan tan reales que siento cómo me

emociono solo con escucharla. No sabía nada de eso, mi padre no suele hablar de la abuela Amalia y, por supuesto, menos todavía de una historia como esa.

—Lo siento mucho. ¿Qué pasó?

—Pues qué iba a pasar, niña, lo de siempre. Mi padre tuvo que ir a la guerra, si no ibas con unos, era con los otros. Fue obligado. Murió al mes de estar en el frente de batalla. Mi madre… Fui su quinta hija. Murió después del parto. Muchas mujeres morían así entonces. Cogió una infección y tres días después falleció. Entonces no había hospitales, las mujeres daban a luz en casa y se desangraban o cogían infecciones. En fin… que falleció. Así que me criaron mis abuelos maternos.

—¿Cómo fue crecer sin padres?

—Yo tenía padres, cariño. Mis abuelos eran mis padres. Yo nunca eché en falta a mis padres cuando era niña. Sin embargo, al crecer me he preguntado muchas veces cómo serían. A mí nunca me faltó de nada, tenía muchos hermanos, era la niña pequeña mimada de la casa y fui muy feliz durante toda mi infancia y juventud. Pocos pueden decir lo mismo. Me siento agradecida por lo que tenía —sonríe de nuevo.

Ahora que me fijo, la abuela Amalia sonríe todo el tiempo.

—Qué fuerte, no lo sabía.

—Ya… hay muchas cosas que no sabes, pero las irás aprendiendo con el tiempo.

—¿Y cómo eran tus hermanos?

—¿Quieres saberlo?

—¡Sí!

—Pues ponte cómoda, Lola. La historia va a ser larga.

Amalia

El sonido ajetreado de los pasos de la abuela era lo primero que me despertaba cada mañana. La abuela era una mujer a la que todos conocían por su honradez y capacidad de trabajo. Una mujer silenciosa, pero que siempre sabía qué decir cuando todos se quedaban sin palabras. Admiraba a mi abuela como no lo hacía nadie. A fin de cuentas, ella era mi madre, me había criado y de ella había aprendido a ser más inteligente cuando nadie esperaba nada de mí. Desde que nací, todos creían que no llegaría a ninguna parte, sin padres y sin una herencia que me pudiera ayudar a subsistir. Pero mi herencia eran mis abuelos, ellos se hicieron cargo de mí y me criaron como a una hija más.

Era por eso por lo que tuve suerte. Doce hermanos en total. Una gran familia. Yo era la más pequeña y la que recibía todos los privilegios que nadie había podido tener. Cuatro hermanos de sangre, ocho tíos que eran hermanos para mí, y dos abuelos, que eran padres. Mi abuela Carmen y mi abuelo José. La familia de mi padre vivía en Extremadura, así que nunca tuve ocasión de conocerla. Por suerte, mi madre, antes de fallecer, vivía con su familia y, por eso, pude tener una segunda oportunidad antes siquiera de abrir los ojos por primera vez.

—¡Vas a llegar tarde! Ay, esta niña me trae por la calle de la amargura —la voz de mi abuela Carmen se adentró a través de la fina puerta de madera que separaba mi pequeña habitación del pasillo.

Me levanté corriendo, me vestí y alcancé la bandolera que mi abuela me había cosido hacía años al empezar la escuela. Era propio de mí llegar tarde, y la escuela era uno de los sitios

en los que más puntual debía ser.

En el salón, el abuelo desayunaba y se preparaba para irse a la mar. Era tarde para él, normalmente se iba a pescar de madrugada. Estos días habían cambiado su horario y podía descansar a unas horas más normales.

—Amalia, Amalia, la niña de la casa. Vas a hacer que a tu abuela le dé un infarto —comentó sonriéndome.

—Tú no me entiendes, abuelo.

—Yo siempre quise ir a la escuela, pero en mi época… ay, en mi época eso no era ni posible. No sé leer ni escribir, ¿cómo voy a entenderte? Tienes la oportunidad de hacer algo mejor de ti misma, no la desaproveches. Ahora con el Caudillo quién sabe qué va a pasar —dijo casi susurrando esa última parte.

Vivíamos tiempos difíciles. Eso decían mis abuelos. Tampoco teníamos manera de quejarnos. La gente de nuestro barrio tenía miedo. Muchos habían muerto en la guerra, nadie quería más sangre. Llorábamos a los que perdimos y no estábamos dispuestos a perder a nadie más. Así que, sencillamente, sobrevivíamos. Yo entonces era muy pequeña para entender lo que estaba ocurriendo, pero podía oler el temor de mi familia a kilómetros de distancia y entendía que debía sentir respeto.

—Abuelo, cuando quieras yo te leo el periódico, de verdad. Ya sé leer y estoy terminando de aprender a escribir. Me gusta hacerlo, me entretiene y soy la mejor de la clase.

—No serás la mejor de la clase si empiezas a llegar tarde — la voz de la abuela Carmen cortó el ambiente y me estremecí.

Entonces, el tito Pepe abrió la puerta de casa y entró en el salón corriendo. Aunque era una niña de apenas doce años, vi el terror en sus ojos y lo rápido que se movía su pecho. No era capaz de pronunciar palabra, intentaba calmar su respiración para poder hacerlo. Mis abuelos se levantaron asustados y fue el abuelo José quien le dijo:

—¿Qué pasa, Pepe? ¿Por qué no estás en el campo de Canela trabajando?

—Es… es Juan. Se ha cortado un dedo con la segadora. No sé qué hacer, está sangrando mucho.

Al escuchar sus palabras salí corriendo, pasando entre mis

abuelos y empujándolos a un lado. En el porche de casa estaba mi hermano Juan, aguantándose una mano con la otra mientras la sangre caía a chorros. Me abalancé sobre él, tiré de mi falda hacia arriba y presioné la herida con fuerza, dejando que la sangre empapara la tela. Mi hermano, que todavía estaba fuera de sí, me miró pálido y sin saber qué decir.

Había sangre por todos lados, tanta que pensé que me marearía. Pero no lo hice. Sentí un instinto que me pidió que ayudara, que tenía la fortaleza para hacerlo. Mientras, mis abuelos y mi tío Pepe salieron de la casa también y observaron sorprendidos la escena que había montado. Fue mi abuela la que rompió ese momento de sorpresa:

—¡Amalia! ¡¡La falda!! ¿Qué vamos a hacer ahora? ¡Tienes que irte a la escuela ya! —exclamó molesta.

—*Amá*, creo que está ayudando a Juan más de lo que he podido yo. Déjala, que no vaya hoy. Además, ya sabes cómo es la escuela. Los niños van cuando quieren.

—Tenemos que ir al médico, ¡ya! —tomé el control de la situación.

Para cuando mi familia quiso darse cuenta, me encaminaba al lado de Juan en dirección a la barca que nos cruzaría el río. Teníamos que llegar al centro médico de Ayamonte. El de Isla Cristina estaba también abierto y había barca para cruzar, pero temía que tardáramos más que al del pueblo.

Mi abuela se quedó en casa arreglando la faena de mi hermano Juan. Me la imaginé rascando la sangre y también a mí misma ayudándola. Eso debía hacer, quedarme limpiando y dejar que mi tío y mi abuelo se hicieran cargo de mi hermano, porque era una mujer. Pero mi abuelo tenía miedo a la sangre, en el barco cuando un marinero se hería con una máquina, él se desmayaba solo al ver brotar la sangre. El tío Pepe tampoco era muy capaz de gestionar situaciones como esa.

Así que, a fin de cuentas, solo quedaba yo en casa para hacerme cargo.

Manuel remó más rápido de lo normal. Estaba acostumbrado a ver de todo. Era el hombre que cruzaba el río que dividía Canela del muro que se encontraba antes de Ayamonte. Remó y remó con tanta fuerza que en la mitad de

tiempo de lo normal ya estábamos sobre el muro. Ayudé a Juan a subirse, volviendo en seguida a taponar su herida.

—¿Puedes? —le pregunté intentando encontrar un atisbo de fuerza en sus ojos.

—Sí, hermanita. Vamos.

El muro era lo único que había que no fuera agua hasta la última barca que nos cruzaría a Ayamonte. Anduvimos casi media hora, a veces parando porque Juan perdía la fuerza. Lo sujetaba mi tío Pepe por un lado y yo por otro y él taponaba su herida con fuerza. El abuelo solo comentaba que tenía que darse la vuelta, en nada salía a la mar.

En cierto punto del camino tuvo que volver atrás y nos quedamos Pepe y yo tirando de Juan hasta el final del muro. Allí estaba Antonio, el otro barquero del pueblo. Le dimos unas monedas y cruzamos otro brazo del río Guadiana. Desde donde cogíamos la barca podíamos ver la avenida del pueblo. Ahí ya estábamos cerca del «hospital», como lo llamábamos.

Cuando por fin llegamos, Juan se dejó caer en una silla de la consulta y Pepe y yo esperamos fuera del edificio. Mi tío quería fumar. Sacó un puro y yo lo miré fascinada. Había algo en el tabaco que me hipnotizaba.

—Maldito el día en el que le pedí a Juan que viniera conmigo al campo a trabajar —susurró mi tío apoyándose contra el muro blanquecino del centro médico.

—Teníais que hacerlo, Pepe —fue mi respuesta.

—A veces, sueño con ser rico, como algunos de los que viven aquí en el pueblo. O, al menos, no ser pobre.

Mis abuelos fueron al campo de Canela, que quedaba más o menos a una hora andando de la barriada de Canela donde vivíamos, a pedir ayuda. Allí había familias que tenían tierras y ganado, que necesitaban siempre una ayuda extra. Contrataron primero a mi tío Pepe cuando este tenía catorce años. Era la edad normal a la que se salía del colegio si tenías que trabajar. Unos años después llamaron a mi hermano Juan, que esta vez salió más joven todavía. En casa no pasábamos hambre, pero casi. De no ser por la ayuda que aportaban Juan y Pepe, sí hubiéramos pasado.

—¿La echas de menos? Lo de venir al médico… debe de

recordarte a ella —le pregunté mirándome los pies.

Yo sí la echaba de menos.

—Todos los días, Amalia. María era… María, ya lo sabes —su voz sonó efímera como un suspiro.

Pepe se había casado, pero su matrimonio fue corto y doloroso. María había muerto de tuberculosis y poca cosa se pudo hacer. La tuberculosis se llevó también a varios hermanos de mis abuelos y a dos de mis tíos. Era un monstruo que destruía aquello que tocaba. Cientos de miles de familias destrozadas, vidas que terminaban demasiado pronto.

Mi tío y María no llegaron a tener hijos, meses después de casarse le detectaron la tuberculosis. María decidió quedarse en casa de su familia, no quiso venir a la nuestra. La tuberculosis era muy contagiosa, y entonces la gente tomaba medidas, pero tenía que estar en su casa, así que se contagiaba gran parte de la familia, que moría también. El tío Pepe iba a verla todos los días, pero no podían tocarse y tampoco debía quedarse demasiado tiempo.

—Tuvimos suerte de que tú no lo cogieras —suspiré.

—Todavía no estamos salvados, Amalia. Sigue muriendo mucha gente. El otro día murió un pescador que trabajaba con papá y ese fue a trabajar hasta el día en el que se murió. La gente pasa hambre, no puede dejar de trabajar —contestó consternado.

Para cuando Juan salió, tenía la herida cosida y una gran venda que le cubría casi toda la mano. Había perdido el dedo, pero al menos era el meñique y podría volver a trabajar a los dos días. Tendría que reposar la mano para que no volviera a abrirse la herida.

Mi hermano no se mostraba afectado. ¿Qué era un dedo cuando habías perdido a parte de tu familia por enfermedades y la guerra? Podría seguir trabajando y haciendo vida normal.

—¿Qué dirá ahora Ángeles? Un novio al que le falta un dedo —dijo cuando estábamos cruzando el muro, ya de vuelta tras coger la primera barca.

Así que la única preocupación de mi hermano no era trabajar ni el dolor, sino su novia. Ángeles no duraría mucho tiempo con él de todos modos.

Proferí una carcajada y él me miró molesto.

—Yo creo que es hora de que te cases, Juan —contestó el tío Pepe.

—Ya tengo edad, sí. Pero ¿quién va a casarse ahora conmigo?

—Oh, venga, no es para tanto —intervine yo todavía entre risas.

—Ya dirás eso cuando nadie se quiera casar contigo por cascarrabias.

—¡Juan! No le digas eso a la niña. Amalia, tú tendrás que buscar un buen marido.

—Yo quiero ser médica —contesté.

Ese día me había dado cuenta de que esa era mi vocación. Después de ayudar a Juan y ver que era capaz de manejar situaciones así, tenía claro qué quería hacer con mi vida adulta.

Mi tío y mi hermano se miraron alarmados y, después, fue Pepe el que dijo:

—Creo que deberías centrarte en encontrar marido. Dentro de nada tendrás edad de echarte un novio.

Suspiré con fuerza antes de responder:

—Pero quiero ser médica.

—Ya. Lo que pasa es que no es fácil para una chica como tú conseguir algo así. Si le dices eso a la abuela Carmen, le vas a dar un disgusto. Sería mejor que guardaras esa idea para ti. De momento, céntrate en encontrar marido, ya después con los años podrás repensar si quieres ser médica o no.

Las palabras del tito Pepe se quedaron conmigo más años de los que él pensaba que lo harían.

Ese fue el día en el que descubrí mi sueño y mi vocación. Y también el día en el que lo hicieron añicos y me recordaron que yo jamás podría alcanzar aquello que deseaba.

Lola

—Lola, lo que voy a decirte no va a gustarte nada, pero… joder, es la verdad —la voz de Laura suena clara y algo nerviosa al otro lado de la línea.

Mi amiga y yo llevamos hablando una hora. Como no tengo wifi y tiro de datos, a veces no tengo buena cobertura como para ver series, y las horas se pasan lentas en esta pequeña casa de Canela. Laura me prometió que hablaríamos cada día para que, al menos, la estancia se me haga más liviana.

Lo que acaba de decir me pone nerviosa. Solo con notar cómo está ella al otro lado, me indica que algo no va bien. No quiero que lo diga, pues ya me estoy haciendo una idea rápidamente. Lo sospecho desde hace tiempo, se nota que se ha perdido la magia. Incluso a través del WhatsApp es fácil adivinar algo así.

—Prefiero que seas directa. Yo ya… tenía mis sospechas, podríamos decir —confieso con voz queda.

—Tía, Dani ayer estaba con Elena en el recreo. Iban de la mano. Lo siento, joder.

Golpeo la mesa con el puño y profiero un grito de rabia. Si no me hubiera marchado de Seseña, esto no habría ocurrido. Si hubiera estado ahí y hubiera podido ir a nuestra cita, seguramente sería yo la chica con la que va de la mano. Pero no, he tenido que venir a este pueblo de mala muerte mientras mi vida se desmorona.

—Tendría que haber estado ahí estos días, tía. Se lo he puesto fácil.

—En realidad, él ha sido el que se ha portado mal. Llevabais hablando semanas, teníais vuestra primera cita y, a la primera

de cambio, queda con otra en cuanto te has ido. No merece la pena ni que te enfades. No le pongas tanta energía. Ese tío no vale nada.

Agradezco que mi amiga intente consolarme haciéndome sentir que yo sí valgo, pero sus palabras no van a cambiar la rabia que siento dentro. Llevo años colada por Dani; aunque he estado con otros chicos, por el que siempre he suspirado ha sido él. Cuando por fin se fija en mí, me voy y lo dejo tirado. Al final, tampoco es tan sorprendente que se haya ido con otra chica.

—Llevaba ya dos días sin responderme al WhatsApp. Tampoco interactuaba conmigo por Instagram. Ya me imaginaba que pasaba algo, la verdad… —comento.

—Pasa de él.

—Cuando vuelva lo recupero, ya verás —añado con voz orgullosa.

Laura y yo seguimos hablando un rato más. Es difícil no pensar en lo que me ha contado de Dani e incluso cuando cuelgo la llamada, me quedo en la cama dando vueltas con el teléfono sin poder dejar de darle vueltas. ¿No podía esperarme?

Termino utilizando mis acuarelas para desahogarme. Pintar siempre me ayuda a sacar lo que llevo dentro. Además, estoy empezando a esbozar un dibujo de las vistas que tengo del río desde la ventana.

A cierta hora, salgo de mi habitación y encuentro a mi abuela Amalia en el porche bordando un mantel. Lleva haciéndolo desde que llegué. Me ha dicho que es para nosotros y yo misma he elegido la gama de colores. Creo que va a tener que coser muy rápido si quiere que nos lo llevemos, porque mis padres vuelven en nueve días. Es increíble, pero llevo aquí ya más de cinco, el tiempo ha pasado lento, pero al menos ha pasado y ya queda menos para volver a casa y recuperar a Dani.

Al sentarme a su lado, dirijo mi mirada al suelo y recuerdo la sangre que debía de haber manchado aquellas mismas piedras que yo estoy pisando, cuando mi abuela era una niña. Recuerdo la historia de su hermano y sonrío.

—Al final nunca fuiste médica, ¿no?

Ella aparta un momento los ojos de la tela que está bordando para mirarme. Sus ojos están cargados de tristeza cuando responde:

—No, claro que no. Entonces era una niña, Lola. No sabía en qué mundo vivía. Una mujer como yo jamás podría haber sido médica. Es una pena, porque siempre ha sido mi sueño. Sigue siéndolo.

—¡Oh! ¡Pero ahora sí puedes! —respondo muy animada.

—Ahora tú podrías serlo. Yo soy una anciana de ochenta y un años. No puedo ser médica, niña. Soy demasiado mayor y ya me falla la vista. Además, hay que estudiar mucho y yo no aprendí nada después de leer y escribir —me recordó.

—Pero podrías hacerlo, abuela, cumplirías tu sueño…

—Ya… no creo. No tengo energía para eso.

—¿No quieres contarme otra historia? —le pregunto.

Desde el otro día en la playa fluvial, no me ha contado más cosas de su pasado. Ha vuelto a cerrarse en banda y a mantener conmigo pequeñas conversaciones rutinarias. He aprendido a ver en estos días que mi abuela Amalia es una mujer con mucho para contar, pero que también quiere guardar sus secretos para ella.

—Otro día, Lola. Cuéntame algo tú. ¿Tienes novio?

Me río por su pregunta. A veces parece que las abuelas lo saben todo y que te leen el pensamiento. Justo me he pasado dos horas pensando en la cama y con ganas de llorar por Dani y, ahora, va y me pregunta por él. Es increíble.

—Qué va, abuela. No tengo novio. Ya me gustaría.

—Pero te gustará algún chico, ¿no?

—Sí. Me gusta un chico, pero me ha tomado por tonta y ahora está con otra —respondo en voz baja.

Casi todas las vecinas de mi abuela están sentadas en sus patios como nosotras.

—Ya veo. ¿Qué ha pasado?

—Pues nada, que llevamos hablando semanas y habíamos quedado hoy para tener nuestra primera cita. Íbamos a ir al cine. Pero he tenido que venir aquí y tuve que cancelar…, así que ahora está con otra chica —le explico molesta.

—¿Me estás diciendo que porque te has ido dos semanas a casa de tu abuela y le has pedido que cambiéis la cita de día ya está con otra chica? —me pregunta arqueando las cejas.

—No lo podrías haber explicado mejor.

—Ese chico no te merece, Lola. Tu abuelo siempre decía: «Hambre que espera hartura no es hambre ninguna». Así que ya sabes, tanto no le gustarías si no es capaz de esperarte una semana.

No sé si lo que dice me hace sentir mejor o peor, pero sin duda tiene más razón que un santo. No me agrada pensar que, en realidad, yo no le gustaba tanto a Dani, pero, por otro lado, me hace ver las cosas de otra manera.

—¿Por qué no puedo gustarle al chico que a mí me gusta?

—Porque la vida no es como queremos, cariño. A veces le gustarás, otras no. Mira, yo le gusté a Antonio desde el primer día. Pero él a mí no —me dijo con una ancha sonrisa.

—Oh, quiero saber esa historia —insisto.

—Creo que mejor otro día.

Me queda claro que mi abuela ahora mismo no tiene ganas de hablar de su vida. Así que será mejor que no le insista. Lo cierto es que el día que mejor me lo pasé fue cuando me contó esa historia de su hermano Juan y su sueño de ser médica. Me gustaría saber más de ella. No habla mucho del abuelo Antonio y no entendí qué quería decir cuando me dijo que no era mi abuelo. Cuando vuelva mi padre le preguntaré, seguro que sabe toda la historia.

Nos quedamos un rato en silencio, la veo bordar y escucho las conversaciones de sus vecinas. Suena el teléfono fijo que tiene dentro de su casa y va a cogerlo. Después de un rato, puedo discernir de la conversación que mantiene que está hablando con mi padre, o quizá con mi madre. Al salir de nuevo, tiene la cara pálida y distinta.

—¿Qué pasa, abuela?

—Ay, hija. Voy a sentarme. Tu padre me ha dado una noticia muy preocupante. Ya me imaginaba que esto podía pasar, pero como no he visto la televisión hoy, no me he enterado de nada.

No me gusta para nada el tono de voz que está utilizando.

Se la ve bastante asustada.

—¿Qué pasa? —insisto, esta vez nerviosa.

—Me han dicho tus padres que se prevé una borrasca en Alemania que va a paralizar todo el país.

Mi cara tiene que ser un cuadro porque no entiendo qué es eso.

—¿Qué es una borrasca que va a paralizar todo el país?

—Pues parece que va a haber una nevada durante días, quizá semanas, que provocará que los aeropuertos se cierren hasta nuevo aviso.

Nevada. Días. Quizá semanas. Aeropuertos cerrados.

¡¿Qué?!

—Entonces, ¿vienen a buscarme hoy, mañana o cómo? ¿Todavía estará abierto el aeropuerto para que puedan salir? Tendrán que coger el próximo vuelo. ¿No?

Mi cerebro empieza a funcionar a la velocidad de la luz. Más preguntas se me acumulan en la cabeza. No puede ser. ¿Cómo voy a estar semanas aquí y mis padres encerrados en Alemania? Eso pasó en Madrid el año pasado. Filomena. ¿Será así de fuerte? Porque recuerdo que la ciudad estuvo cerrada y la gente no podía salir de sus casas. Yo no puedo quedarme aquí tanto tiempo.

—Mmm… no, no pueden coger un vuelo ahora porque tienen que terminar el trabajo en el laboratorio.

—Entonces, ¿vuelven esta noche? Me imagino, porque querrán estar en casa y no encerrados en Alemania en un hotel. Oh, tendré que ir haciendo la maleta.

Empiezo a imaginarme volver a casa antes de lo previsto. ¿Qué diría Dani si me viera llegar de imprevisto antes de lo que esperaba? Solo por ver la cara de idiota que se le quedaría, me gusta la idea.

—Lola, Lola… no me estás entendiendo. Tus padres siguen en Alemania.

—Ah…, ¿vuelan esta noche? ¿Mañana? Me imagino que los dejarán volver. No creo que los obliguen a quedarse allí indefinidamente… ¡Tienen una hija! —le explico a mi abuela, que sigue mirándome sin saber qué decir.

Guarda silencio un momento y se levanta para desaparecer

dentro de la casa. Alcanzo mi teléfono y le escribo un wasap a mi madre. Espero que me conteste pronto. Necesito saber cuándo vuelven. Además, ¿por qué han llamado a mi abuela en vez de llamarme a mí? ¡Tendrán que decirme cuándo vuelven!

La abuela regresa al patio y trae consigo un vaso de colacao caliente. Me lo tiende y se sienta a mi lado de nuevo. Después dobla bien el mantel que estaba cosiendo y lo deja sobre la pequeña mesa que tenemos delante.

—Lola, tus padres no van a volver hoy ni mañana de Alemania.

—¿Y cuándo vuelven?

—Cariño…, no lo saben. No saben cuándo van a poder volver. Han cancelado todos los vuelos que vienen a España y a cualquier parte del mundo. Además, cuando puedan volver al laboratorio, tienen que terminar lo que estaban haciendo. Es decir, se van a retrasar más. No saben si será un mes o cuánto. Están hablando con tu instituto para ver qué pueden hacer.

Me quedo fría. Miro a mi abuela y siento que el tiempo se para a nuestro alrededor. Mis padres no van a volver a por mí en unos días. Ni siquiera saben cuándo van a volver.

—¿Tengo que quedarme aquí contigo?

Me doy cuenta de que mis palabras han sonado maleducadas y cortantes. Veo un breve momento de dolor en los ojos de mi abuela. No ha sido mi intención hacerla sentir mal, pero es que no estoy entendiendo nada.

—Me temo que sí, niña, me temo que sí.

Lola

Segundo día desde que mis padres notificaron que no saben cuándo volverán. Estoy intentando tomarme todo esto con filosofía. Por lo visto, el instituto no ha puesto problema. De momento, seguirán mandándome los apuntes y los deberes. Y se están planteando ponerme las clases *online* para que pueda asistir. No sabía que podía ser tan fácil no ir a clase. Pero claro… cuando se trata de mi madre… ella siempre consigue lo que se propone. Tiene un carácter con el que difícilmente una persona confrontaría.

Vimos las noticias el mismo sábado por la noche y ahí entendí la gravedad de la situación. Sí que es como la Filomena de Madrid, y no saben cuánto va a durar. Media Alemania está colapsada porque no deja de nevar y nevar. Los aeropuertos no pueden abrir porque es muy peligroso que un avión despegue en esas circunstancias. Podría durar semanas. Hablan de una borrasca que tuvo lugar en Estados Unidos hace seis años que paralizó la costa oeste y parte de Canadá de la misma manera. Así que toca esperar. Me preocupa también cómo estarán pasándolo encerrados en un hotel sin casi poder salir. No creo que estén tan cómodos como en casa.

Me quiero tirar por la ventana. Literalmente. No sé cuándo van a volver mis padres, no sé qué va a ser de mi vida en Seseña, me preocupa cuánto tiempo voy a estar aquí mientras ellos siguen paralizados en Alemania… y estoy encerrada con una mujer a la que casi ni conozco, no tengo wifi ni ordenador y una maleta ridícula para dos semanas. Odio mi vida y odio a mis padres por dejarme aquí tirada sin posibilidades.

—Hija, yo llevo encerrada en casa diez años. No te vas a

morir por esperar un poco —escucho la voz de la abuela, que está sentada en el porche de su casa.

Sus vecinas han salido cada una a su porche también y como la casa de mi abuela se encuentra entre otras dos, a cada lado tiene a sus amigas para charlar cada día. Lo bueno es que están cada una en su casa, no se aburren y se hacen compañía.

Ayer descubrí que Pepa, la de la izquierda, es viuda como mi abuela. Pero lleva viuda más de cuarenta años y nunca quiso volver a casarse, ni siquiera cuando ya no vivía en el Franquismo y las mujeres hacían cosas así. Pepa es una mujer que ya está ciega, pero tiene a su hija, que vive con ella y la cuida. Es muy amable y ayer hablamos una hora sobre mis amigos y mi vida. Es una mujer que sabe escuchar y que cuenta muchas historias. Mi abuela es sumamente reservada, hacen un dúo muy interesante.

—Ya te digo, yo desde que me quedé viuda —suena la voz de Pepa algo más lejana.

De pronto empieza a sonar mi teléfono móvil y descuelgo la llamada de camino a mi habitación.

—Mamá, por fin —respondo emocionada.

Espero que me dé buenas noticias.

Me tumbo en la cama y observo la austeridad de la habitación. Hay un escritorio antiguo de madera, un pequeño armario y una lámpara rococó de cristal. Tiene como unas palomas de mármol que la adornan. Mi abuela tiene un gusto peculiar, sin duda.

—Hola, cariño. ¿Cómo estás?

—Aburridísima y algo agobiada, la verdad. Tenía ganas de saber algo de vosotros. Me imaginé que me llamaríais hoy después de hablar con la empresa. Me lo dijo la abuela. ¿Estáis pasando mucho frío?

—Qué va, aquí en Alemania todo está preparado para temperaturas extremas. Sin embargo, nadie podía prever que iba a haber una borrasca de estas características. El mundo se está volviendo loco, cariño. Con esto del cambio climático…

—Aquí no han dicho nada de cambio climático.

—Es un tema muy complicado, no todos los políticos ni los periodistas lo aceptan. En fin, nosotros somos científicos, ya lo

sabes. Somos conscientes de que una borrasca de estas características no es muy normal en esta época en Alemania —explica ella al otro lado de la línea.

—Bueno, ¿qué ha pasado? —insisto.

La voz de mi padre suena de fondo, me imagino que estará al teléfono también.

—Hemos estado hablando con nuestros jefes. El proyecto para el que hemos venido no se puede paralizar. Es una vacuna muy importante y no hay tiempo que perder. Así que nos han pedido que esperemos a que pase la borrasca hasta que podamos volver al laboratorio. No sabemos cuánto va a ser… está claro. De momento, esperar y volver al trabajo.

De nuevo, todo son malas noticias. Hundo la cabeza entre mis manos y tomo aire para llenar los pulmones.

—Mamá, no podéis dejarme aquí. No puedo estar indefinidamente en esta casa tan pequeña sola con mi abuela. No tengo ordenador ni Internet y no sé qué hacer. No soy capaz ni de entregar los trabajos de clase bien hechos —me lamento y escucho un suspiro de mi madre al otro lado de la línea.

—Sabemos que no es fácil, Lola, pero no lo es para nadie. La abuela es una mujer que está acostumbrada a estar sola, por ejemplo. Y pasa de estar medio mes a, probablemente, más de un mes contigo. Lo importante es que lo del instituto está solucionado.

—Mamá, por favor, haced algo. —Entonces empiezo a llorar sin poder controlarlo. ¿Más de un mes?

—Tranquila, te prometo que vamos a volver lo antes posible. Piensa que puedes seguir conociendo a la abuela Amalia y dedicar tiempo a otras cosas que antes no hacías. Explora Ayamonte, haz amigos. No sé… seguro que encuentras algún entretenimiento.

—¿Cómo que tranquila? ¡Cómo voy a estar tranquila! Estoy agobiada y me van a poner las clases *online* y… ¡yo no tengo ni ordenador ni Internet! No sé qué hacer, mamá. Además, aquí solo conozco a la abuela y… —sigo hablando y llorando mientras ella aguanta al otro lado escuchándome.

—Lola, respira. No pasa nada. La abuela va a cuidar de ti y

tú de ella. Piénsalo así, está demasiado acostumbrada a estar sola y la compañía le va a venir genial. Seguro que encontráis cosas para divertiros y entreteneros. Tú no te preocupes, en cuanto nosotros sepamos algo, te avisamos, ¿vale?

Para cuando finaliza la llamada, he conseguido dejar de llorar. Me siento algo mejor después de hablar con mi madre. Por lo menos sé que ella y papá están bien y tienen razón cuando dice que así cuidaré de mi abuela. Pero lo último que me apetece es seguir aquí.

Salgo de nuevo al porche cuando estoy más relajada y encuentro a mi abuela sentada todavía hablando con Pepa. Me siento a su lado y escucho su conversación.

Al cabo de un rato Pepa me dice:

—Oh, querida Lola. Tengo una buena noticia para ti.

La miro sorprendida e intento sonreír, aunque no tengo ganas.

—¿Qué es?

—No te lo vas a creer —dice ella con esa voz grave que la caracteriza—, pero resulta que mi nieto va a vivir conmigo los próximos meses.

—¿En serio? ¡Qué guay, me alegro por ti!

—Yo también. Sobre todo me alegro por ti y por él. Sus padres son médicos y se van de voluntarios a otro país. Así que lo dejaron aquí esta mañana. Ahora se está duchando, pero en cuanto salga os presento.

—Niña, su nieto tiene más o menos tu edad. Por eso dice Pepa que se alegra por ti también. Os podéis hacer compañía y conoceros —me explica mi abuela feliz.

Eso me hace sentir mejor, la verdad. Noto en seguida cómo me sube el ánimo al pensar que habrá un chico de mi edad en la casa de al lado con el que podré socializar. Mi abuela me lo nota en la cara y me aprieta la mano animada.

—Mi nieto se llama Javier, vive aquí en Ayamonte. Es un niño muy listo, ya verás. Saca las notas más altas de su clase. También es músico, toca la guitarra y canta muy bien. Creo que nos va a amenizar las tardes.

La idea de que sea muy inteligente y saque las mejores notas no me ha animado demasiado. ¿Y si es un friki con el que no

tengo nada que hablar? No es que yo saque malas notas, pero me interesan muchas cosas antes que mis estudios. Si Javier es como Pedro de mi clase, no me quiero ni imaginar pasar el tiempo que tengo que estar aquí hablando con él todos los días.

Aun así, sonrío y pregunto:

—¿Se queda todo ese tiempo contigo?

—¡Sí! Tiene que ir al instituto andando, pero bueno, un paseo de media hora no le viene mal. ¡Anda que nosotras no caminábamos cuando éramos jóvenes! —exclama Pepa.

Mi abuela me mira con una sonrisa y le sonrío de vuelta. En realidad, que venga Javier seguro que me ayuda a entretenerme. Es un primer contacto con una persona de mi edad. Tendrá amigos y gente que pueda presentarme. Me hará más amena la estancia aquí con mi abuela.

Pepa y mi abuela siguen hablando mientras esta última borda el mantel que nos está preparando. Yo las escucho y miro mis redes sociales. El grupo de WhatsApp de mis amigas está que arde, no paran de mandar vídeos chorras e información sobre la nueva canción que ha sacado una famosa. Laura me ha escrito para decirme que mañana empiezo las clases *online*, que los profesores no ven necesario esperar. Parece que el centro está preparado, así que pondrán un ordenador que grabe en directo y me conectaré a una plataforma. En realidad, así se me hará más ameno porque veré a mis compañeros resolver los deberes en la pizarra y me llenará las mañanas. Voy a tener que entrar desde el móvil y no sé cómo va a salir eso.

Me adentro en la casa de mi abuela para llevarle un vaso de agua que me ha pedido y me demoro escuchando un audio de mi amiga Marta donde me habla de la situación que tienen sus padres con la fábrica de zapatos. Acaba de descubrir que están endeudados y la preocupación hace mella en ella.

—¡Lola! ¡Ven! —me llama mi abuela.

Lleno el vaso de agua y dejo el móvil en el mueble de la entrada antes de salir al patio para dárselo a mi abuela.

—Lola, este es mi nieto Javier —me dice Pepa mirando hacia la puerta de su casa.

Entonces lo veo.

Un chico que parece mayor que yo, alto y delgado. Sus ojos son de un azul intenso, como los míos, tiene el pelo claro y corto. Y su cara…

Es tan guapo que me deja sin palabras.

—Hola, Lola —dice con una voz que me atrapa.

—Parece que voy a tener compañía —respondo con una sonrisa.

—Creo que vamos a ser buenos amigos —esto último lo dice mirándome de una manera que hace que me revuelva nerviosa.

¿Amigos? Este chico tiene algo especial que me hace pensar en otras cosas que van más allá de la amistad.

Amalia

Juan se recuperó más rápido de lo que esperaba toda la familia. Pudo ir al trabajo al cabo de unos días y nuestra casa volvió a la normalidad. El abuelo tuvo que marcharse a trabajar de madrugada de nuevo y empecé a verlo solo a la hora de comer a mediodía, cuando llegaba, almorzaba y se iba a dormir hasta que se despertaba para irse a la mar. Mi abuela cosía para la calle y así ganaba algo de dinero que nos ayudaba a subsistir y muchos de mis tíos traían comida del campo en el que trabajaban y dejaban algún aporte económico para ayudarnos.

Solía sentirme inútil, no podía trabajar porque era una mujer. Mi tío Gonzalo, que viajaba vendiendo marisco, siempre me traía libros y me pasaba las tardes, después de la escuela, leyendo tebeos de piratas e historias de aventuras. A veces, le leía a la abuela Carmen mientras hacía las labores de la casa. También pasaba mis tardes ayudándola, éramos las dos únicas mujeres de la casa. Mi hermana Paca se había ido de casa al casarse, cuando yo acababa de nacer y, aunque venía de visita, vivía en Isla Cristina y el trayecto en barca era un engorro. Nunca habíamos ido a visitarla, pero deseaba hacerlo.

Así pasaron dos años en los que todo pareció seguir igual, mi rutina no cambiaba y quedaba un año y medio para que dejara la escuela permanentemente; algo que me entristecía. Ya tenía quince años cuando una mañana que mi abuelo estaba en casa porque era su día libre, me dijo:

—Amalia, ¿puedes comprarme tabaco? Una caja grande. Toma este dinero y tráelo al salir del colegio —me tendió unas monedas y yo las guardé en mi bolsillo sin prestar demasiada

atención a sus palabras.

Así empecé el día. Como era habitual en mi rutina, la abuela me dio algo de dinero para comprar lo que quisiera en el quiosco que había al lado de la escuela, y me deseó que tuviera un buen día. Mis tíos y mis hermanos nunca habían recibido dinero para la escuela, pero como yo era la más pequeña y la más mimada, sí lo tenía.

De camino a la escuela pasé a buscar a mi amiga Pepa, vivíamos casa con casa y era una muchacha alegre y conversadora.

—Carlos me ha pedido que vaya con él este fin de semana al campo de Canela —me dijo de camino a la escuela.

—Hay música, ¿no? Sevillanas, supongo, ahora es la temporada.

—Sí. Creo que me va a pedir que sea su novia. ¿Te imaginas? En unos años nos casaremos y tendremos hijos. Ya me imagino viviendo en esta casa con él. —Pepa era una soñadora.

Aunque muchas chicas de mi edad ya estaban preocupadas por tener novio, a mí no me interesaba. No entendía por qué la función de mi vida tenía que ser encontrar un hombre que me mantuviera. Yo quería ser médica e iba a luchar por conseguirlo.

Aun así, Pepa era un año mayor que yo y ya todas las chicas de dieciséis tenían novio. No era una chica muy agraciada y vivía preocupada por no conseguir casarse. Al final, todas lo hacían y todos los chicos buscaban una mujer para su casa y para darles hijos. Pepa era consciente de que sus rasgos no eran precisamente bellos, pero, aun así, se arreglaba y vestía ropa preciosa para lucirse más. A su lado, yo era un espantapájaros, nunca me peinaba, llevaba la ropa que mi abuela me hacía más decente, pero me gustaba vestirme con los pantalones de mis hermanos y sus camisetas anchas. Nunca podía salir así de casa, pero deseaba hacerlo cada día.

—Carlos es del campo de Canela, ¿no?

Yo no lo conocía, pero mi amiga llevaba hablando de él meses. El padre de Pepa, que también era pescador y trabajaba con mi abuelo, le vendía pescado fresco a la familia de Carlos,

que vivía en el campo cerca de nuestro barrio. Carlos seguramente iba a la otra escuela, la de Punta del Moral, y aunque yo lo habría visto alguna vez en las fiestas, no lo recordaba. Pero Pepa hablaba y hablaba de él a todas horas.

—Sí, por eso me ha invitado el sábado por la tarde a la fiesta que hacen en la finca de al lado. Ya sabes, donde siempre. Vamos, que ahí en el campo hay dos casas grandes donde hacen las fiestas, tampoco tiene pérdida. Ya hemos estado las dos en ambas casas. Quiero que vengas conmigo —me pidió sonriente.

—¿Yo? ¡Qué va!

—Venga, Amalia, que ya tienes quince años, deberías preocuparte por conocer a algún hombre. Tarde o temprano te casarás y mejor que puedas elegir ahora, que muchos están solteros —comentó entre risas.

—A mí me interesa estudiar y leer. Me gusta sentarme frente al mar y devorar los tebeos que me trae mi tío Gonzalo. También pasear y recolectar flores para hacer infusiones con mi abuela; escuchar las historias de la gente mayor… —seguí haciendo una lista de las cosas que me gustaba hacer hasta que me di cuenta de que Pepa me miraba con las cejas arqueadas.

—Yo solo te digo, Amalia, que tiene que interesarte encontrar a algún hombre que te guste. Además, es emocionante, mírame a mí —me contestó feliz.

Al llegar a la escuela, Pepa se marchó a su clase y yo a la mía. Nuestro colegio era mixto y las clases estaban divididas por edades; aunque años después las clases ya serían segregadas. Al entrar el maestro, tuvimos que rezar de pie un Padre Nuestro y cantar el *Cara al Sol*. En las paredes había una foto del Caudillo y yo lo miraba cada cierto tiempo. Había escuchado tantas cosas sobre él que no sabía si serían verdad o mentira. Algo que me había pedido mi abuelo era que cuando hablaran de Franco en la escuela, no prestara atención, siempre insistía en que la verdad se encontraba en la calle y no en la escuela.

En el recreo, volví a reencontrarme con Pepa, que siguió hablando de Carlos e insistió en que la acompañara a la fiesta del campo de Canela. Mientras intentaba comprar en el

quiosco con el dinero que me había dado la abuela, ella seguía hablando y hablando. Vi que tenía más monedas de las que pensaba y decidí comprar chocolate para todas mis amigas. Eso hizo que, por un rato, Pepa cambiara de tema y todas disfrutáramos del chocolate entre risas.

Al acabar las clases, volvimos andando a casa. Canela era un pequeño barrio de pescadores, entonces lo entendíamos como pueblo. La escuela se encontraba al lado de la ermita, donde se hacían las misas cada domingo, y a las que acudíamos sin faltar. Tanto la escuela como la ermita estaban en mitad de retamales preciosos que en primavera, cuando estaban en flor, encandilaban a todos los habitantes del barrio.

Pepa y yo solíamos volver por el camino que bordeaba el río y desde el que podíamos ver Portugal. Pasábamos al lado del cuartel de la Guardia Civil, que siempre estaba activo y alerta observando la frontera de nuestro país, y dejábamos de camino a casa a Laura, una niña de ocho años que era vecina nuestra.

—Amalia, ¿has traído el tabaco?

La voz de mi abuelo me dio la bienvenida nada más sentarme en el salón. Ya estaban almorzando.

Entonces, me quedé pálida y me acordé de lo que me había pedido esa mañana. Con toda esa cháchara que había mantenido con Pepa se me había olvidado por completo. Quise que me tragara la tierra en esos momentos. Agaché la cabeza y susurré:

—No.

—¿Por qué no?

¿Cómo explicarle a mi abuelo que se me había olvidado y había gastado todo el dinero en chocolate para mí y mis amigas? Me sentía realmente avergonzada. Nunca había hecho algo así, pero tampoco había sido a propósito. Pero claro… era mucho dinero. Lo pensé en el quiosco y no me acordé de nada por lo pesada que estaba Pepa con lo de Carlos.

—Oh, abuelo, lo siento mucho —rompí a llorar y le expliqué lo que había sucedido.

El abuelo me dejó llorar y castigarme a mí misma un rato, hasta que me quedé sin lágrimas y mirándolo con los ojos hinchados, le dije:

—Lo siento, de verdad. Vi todo ese dinero, pero no supe por qué era y la Pepa… La Pepa no se callaba. Me tenía agotada, abuelo. Me fundió el cerebro, te lo prometo. Si me hubiera acordado, te prometo que hubiera comprado el tabaco.

—Tranquila, Amalia, sé que ha sido sin querer —intentó calmarme.

—No, abuelo. Me da igual que lo entiendas. Me siento mal porque yo no puedo traer dinero a la casa y acabo de tirar a la basura dinero que a vosotros os cuesta sudor y lágrimas —continué lamentándome.

—Anda, Amalia, búscate un novio y haz algo de provecho con tu vida. Así me sentiré mejor y me quedaré más tranquilo —convino él como respuesta antes de levantarse y marcharse a dormir. Me dio un beso en la frente y eso me hizo sentir mejor.

Aun así, parte de mi tarde consistió en castigarme a mí misma por lo que había hecho. A mi familia no le sobraba el dinero y la cosa en casa no estaba como para perderlo. Tenía que ser más responsable, casi siempre me pasaban cosas así. Perdía dinero, ropa, los libros de la escuela… o se me olvidaban tareas importantes. A la edad que tenía, ya no podía estar haciendo esas cosas. Qué vergüenza me hubiera dado que mis hermanos supieran lo que había hecho con el dinero del abuelo esa misma mañana.

A cierta hora de la tarde, me senté en el porche con mi abuela, que estaba cosiendo un conjunto de bebé para una familia adinerada de Ayamonte. Esa era su clientela, gente que vivía en el pueblo y que quería ropa cosida con tejidos de calidad. A veces, la abuela Carmen comentaba la capacidad de despilfarro que tenían algunas de esas familias. Le encargaban hasta veinte conjuntos de bebé, como si con dos no pudiera apañarse un niño que cada mes era más grande y ya no le entraba la ropa. Pero ella estaba contenta, no le faltaba el trabajo y aportaba a la casa económicamente.

A la abuela le gustaba trabajar en el porche viendo el día pasar. Así, cuando los vecinos andaban por delante de nuestra casa, sabían que se dedicaba a coser y que estaba disponible. Aun así, los clientes que pagaban bien no venían a Canela, un pueblo enano de pescadores con caminos de tierra. Se

quedaban en Ayamonte, un pueblo grande, asfaltado, con casas grandes y muchas tiendas. Era mi abuela la que iba allí a llevarles los encargos y a recoger más.

—Amalia, ha venido Pepa hace un rato a decirme que irás con ella este fin de semana a la fiesta del campo de Canela —me dijo moviendo ágilmente las manos sobre el algodón celeste que estaba cosiendo.

Ay, maldita Pepa. Se le daba bien hacerme eso. Si veía que yo no estaba convencida, utilizaba su segunda opción: embaucar a mi abuela. Pepa sabía que yo era la gran preocupación de la casa porque no tenía interés en encontrar novio y jugaba con eso para conseguir lo que quería. Cualquiera le decía que no a mi abuela.

—Ya…, ¿y?

—Y que estaba pensando que como en un mes es la verbena de San Juan en Ayamonte, estaría bien que te cosieras un bonito vestido, ¿no crees? Mañana mismo voy y compro una tela del color que tú quieras —me dijo sonriente.

No podía decirle que no. Porque no, no me apetecía ir a la verbena de San Juan. No si era para buscar novio. Quería ir como lo hacía antes, con mis tíos y hermanos para bailar y pasarlo bien. Ahora iría con ellos, pero todos estarían pendientes de mí, por si hablaba con algún chico. Seguro que Pepa iba con Carlos y yo era la única chica de mi grupo de amigas que no tenía un novio con el que ir a la fiesta.

—Claro, abuela. Coge alguna tela verde o celeste y hacemos el vestido entre las dos —le propuse. Sabía que le gustaría la idea.

—¡Qué bien! Que mi niña se va a la verbena. Yo iría contigo, Amalia, pero ya me siento mayor. Que los sesenta y seis años se notan, eh. Pero bueno, entonces, también vas este fin de semana al campo de Canela, ¿no? —me preguntó arqueando las cejas emocionada.

—Sí, abuela, iré. Pepa ha insistido en que la acompañe. Parece que tiene novio —le conté entre risas.

Pero su cara no era divertida. Apretó la frente hasta que le salieron arrugas y dijo:

—¿Que la Pepa tiene novio ya también? ¡Ay, Amalia, te vas

a quedar soltera toda la vida! Si la Pepa, con lo fea que es esa niña, que Dios me perdone por lo dicho, ha encontrado novio, tú tienes que encontrarlo. Si no, te casarás con un anciano para sobrevivir y nunca serás feliz.

Eso era algo que había aprendido de mi abuela Carmen. Ella fue la única de todas sus hermanas que se casó por amor y no por obligación. Lo normal era casarse para sobrevivir, pero ella tuvo la suerte de enamorarse del abuelo José y ser feliz. Parecía que seguían siéndolo y eso me llamaba la atención. No había visto ninguna otra pareja que se quisiera como ellos dos. Yo esperaba que, si alguna vez me casaba, fuese por amor y no por supervivencia.

—Tranquila, abuela. Conoceré a algún hombre que me guste pronto, ya verás.

En esos momentos no sabía cuánta verdad tenían mis palabras. Pero me quedaba poco para descubrirlo.

Lola

—Dios, abuela. Qué historia más divertida. ¡Te quedaste el dinero de tu abuelo para comprarte chocolate! —me río a carcajadas y ella me sonríe complaciente.

—No quise hacerlo. Ya te he dicho que lloré mucho porque me sentía muy mal por lo que había hecho. De verdad que ese día la Pepa me puso la cabeza como un bombo —contestó ella riéndose también.

—Es increíble que Pepa y tú os conozcáis desde que erais niñas. Y lo más increíble es que seguís viviendo en la misma casa.

—Sí, ahora que lo dices, tienes razón. Es raro porque generalmente las mujeres se mudaban a la casa del hombre con el que se casaban. Si ese hombre era de dinero, entonces la familia les regalaba una casa. Pero tanto en mi caso como en el de Pepa acabamos viviendo aquí. Pepa porque sus padres murieron y se quedó huérfana cuando estaba a punto de casarse con Carlos. Ya llegaremos ahí si nos da tiempo. Y yo… Bueno, ya te contaré. Me fui y después volví. Ya entenderás por qué.

Las palabras de mi abuela estaban cargadas de misterio y ahora solo quería saber más. ¿Por qué se fue y volvió? ¿Cómo vivió Pepa la muerte de sus padres? ¡Ya la abuela me había adelantado que Pepa se casaría con Carlos! La historia era cada vez más emocionante. Llevábamos cuatro días compartiendo mucho tiempo juntas y era la segunda vez que mi abuela me contaba algo sobre su pasado porque le había insistido.

—Quiero que me cuentes más —incido.

—Vamos a hacer una cosa, buscamos un ordenador que

tengo por ahí y ya esta noche te cuento otra historia. ¿Te parece?

—Cuéntame qué pasó en esa fiesta en el campo de Canela —le pido.

—Sí, lo haré.

Después, la abuela se levanta y se dirige a una habitación que tiene como trastero. Yo me quedo un rato en el sofá revisando mi teléfono móvil. Mis amigos siguen mandando vídeos divertidos de tonterías por el grupo, por la canción que se ha hecho viral.

Hace un rato he hablado con Laura. Mi amiga siempre ha tenido ansiedad y, aunque ha sido capaz de mantenerla controlada, dice que ahora se siente peor que nunca. Los exámenes empiezan a agobiarla, aunque todavía quedan días para que empiecen. Resulta que a mí me los van a hacer *online* también. Laura me ha dicho que va a empezar a tener sesiones con una psicóloga *online* porque no es capaz de gestionar todas las emociones que siente. Es curioso que no solo Laura habla de eso, desde hace días mis amigos hablan de salud mental y estamos teniendo conversaciones que jamás habíamos tenido.

También hablé con mis padres ayer, la cosa pinta fea. De momento no pueden salir del hotel porque sigue nevando con fuerza. Por poder, podrían. Pero ellos no van preparados con ropa para la nieve y tampoco les apetece meterse en la locura que se han convertido las calles de Berlín. Prefieren esperar a que pase la borrasca.

He tenido días mejores y peores. El tiempo cada vez pasa menos lento. Me gusta, sobre todo, cuando mi abuela Amalia me cuenta su vida, eso hace que pasemos unas horas charlando en el sofá. También me he acostumbrado a la rutina de levantarme temprano, asistir a clase con mi teléfono móvil, hacer los deberes y después pasar la tarde entre el porche y el salón. Lo estoy llevando mejor de lo que pensaba y ya no me parece tan pesado estar aquí con mi abuela. Además, dibujar me ayuda mucho a calmar la ansiedad por no saber cuándo volverán mis padres. Sigo intentando hacer una acuarela de las vistas que tengo desde mi habitación.

Al final, quería volver a casa para estar con mis amigos,

pero me he dado cuenta de que eso es imposible. Están todos saturados con los exámenes del segundo trimestre. Y, además, Laura no ha salido de casa desde hace unos días por la ansiedad. Al menos, con la abuela me entretengo. Estoy conociéndola de verdad y cada día me parece una mujer más admirable.

Aun así, quiero volver a casa, sobre todo, a la normalidad. Estoy deseando ir al instituto, ver a mis amigos y, aunque me estoy tomando estos días como unas vacaciones, tengo miedo de que al volver no sea todo como antes. Nunca me había ido tanto tiempo de Seseña. Ni había estado separada de mis padres.

—¡Lola, mira! —me llama mi abuela desde el final del pasillo.

Me levanto del sofá y voy hacia donde está. No había entrado aún en la habitación del desastre, como ella la llama, pero es literalmente eso, un desastre. Hay cajas por todos lados, muebles y hasta bolsas con algo que parece ropa. En mitad del desorden, está mi abuela, con su largo cabello blanco meciéndose de un lado a otro, agachada entre dos cajas.

De pronto, saca algo que parece un ordenador. Y digo parece porque es un mamotreto enorme, con una pantalla igual de gorda que una guitarra, cuadrada y pequeña. Lo reconozco, nunca tuve algo así, pero mis padres sí: es un ordenador de mesa de los antiguos.

—Madre mía, abuela, eso es de la época de la tarara —le digo ayudándola a sacar la pantalla, la torre, el teclado, un ratón enorme y los cables.

—Pues hija, de mi época. Bueno no, yo soy mucho más vieja —se ríe mientras lo llevamos al salón.

—¿Por qué tienes esto? —me sorprende que mi abuela, a su edad, tenga este ordenador.

—Tú te crees que yo soy una antigua, ¿no? Como no tengo móvil… Pero no, compré este ordenador cuando Antonio todavía estaba vivo. Era lo más moderno del momento y tuvimos hasta Internet un tiempo. Después, cuando él se murió, lo guardé porque yo no le encontraba mucha utilidad.

—No creo ni que funcione —comento. Es demasiado viejo,

la verdad.

—Vamos a intentarlo. Ven.

La abuela lo coloca sobre la pequeña mesa que tiene en el salón. No la que está frente a los sofás, sino en una esquinera al otro lado. Coge una silla y la pone delante. Empieza a darles vueltas a los cables que, me imagino, son de la torre, y cuando se da por vencida, me los tiende.

Después de una rápida búsqueda en mi móvil descubro cómo conectarlo todo y presiono el botón gordo de la torre para ver si se enciende. Pasan unos segundos agónicos y de pronto…

—¡Sí! ¡¡Se enciende, abuela!! —exclamo.

—Si ya te lo dije yo, algo íbamos a arreglar para que pudieras ir cómoda a clase. Con ese móvil vas a destruirte la vista, niña. Al menos, esto te podrá ayudar hasta que vuelvas a casa.

En la pantalla negra aparece el símbolo de Windows, pero es un sistema tan antiguo que ni lo reconozco. Mi abuela se emociona al ver que el único usuario se llama «Antonio», y yo la miro con ternura. Estas cosas no tienen que ser fáciles.

Por suerte, el abuelo Antonio no tenía contraseña, así que accedemos rápidamente a su escritorio. Le doy a Internet Explorer, otra cosa que tampoco he usado nunca porque me parece demasiado antigua. Evidentemente, en seguida saltan las alarmas de que no hay Internet.

—Jo, nada… no voy a poder conectarme —suspiro.

—¿Por qué? —me pregunta extrañada.

—Porque estos ordenadores no tienen wifi, no puedo conectarlo a mi teléfono con mis datos.

—Ah, claro. Vente, a ver si encontramos otra solución.

Sigo a mi abuela en dirección al porche y me pregunto en qué estará pensando. Llama a Pepa a voces, hasta que esta sale, y le dice:

—¡Ay, Amalia! ¿Qué quieres? Estaba echando la siesta.

—Pepa, ¿tú sigues teniendo Internet?

—Claro, no soy una antigua como tú. Wifi de ese tengo —le contesta con la cara todavía de recién levantada.

Mi abuela me mira, pero niego con la cabeza. Ese ordenador

no se puede conectar por wifi.

—Es que tenemos un ordenador viejo, pero necesita otro tipo de Internet, el que teníamos antes, ¿sabes?

—Hala, pues quizá tengo todavía los cables y hasta la caja instalada. Espérate que llamo a Javier.

Yo me quedo pasmada al lado de mi abuela, empezando a sentirme nerviosa. Desde el día en el que me presentaron a Javier, no he vuelto a verlo. Parece un chico muy reservado, y no ha salido al porche mientras yo estuviera ahí. Incluso los primeros días me arreglaba y me ponía guapa, al final, desistí viendo que el chico no tenía ningún tipo de interés en conocerme. Lo he visto salir y entrar por las mañanas desde la ventana de mi habitación. Va al instituto y vuelve para comer. Por las tardes no sale, quizá también tenga exámenes y esté estudiando.

Esta vez sí que sale y me saluda con una tímida sonrisa. Yo respondo alzando la mano y él dice:

—A ver, por lo que he visto mi abuela tiene la caja de ADSL antigua, es un rúter de hace muchos años. Hemos encontrado también los cables que seguramente necesitáis. ¿Qué os parece si os lo pasamos por el porche? Son largos, yo creo que llegan —nos explica él.

Dios, sus ojos son incluso más intensos de lo que recordaba. Afirmo totalmente embobada sin escuchar bien lo que dice.

—Venga, pues, Lola, coge tú los cables cuando te los pase y los metemos a ver si llegan. Yo te espero dentro, a ver si funciona.

Javier me mira mientras voy tirando del cable poco a poco, sin tensarlo demasiado. Guarda silencio unos minutos hasta que dice:

—Me ha dicho mi abuela que vives en Toledo, ¿no?

Alzo la mirada y respondo:

—Sí, en Seseña. Un pueblo.

—¿Y qué haces aquí? —su voz es grave y suena muy dulce en mis oídos.

—Mis padres se fueron a Alemania por trabajo y se quedaron encerrados allí por la borrasca que sale en las noticias. Me dejaron aquí. Ahora no pueden volver —respondo

de manera escueta.

—¿Te está gustando estar con tu abuela?

—Sí, es una mujer muy interesante. No la conocía demasiado antes de venir —reconozco—. ¿Y tú? Me dijo tu abuela que tus padres son médicos.

—Sí. Yo vivo en el centro de Ayamonte, pero como se han ido de misión al Congo me dejaron aquí. Pertenecen a un grupo que va voluntario de vez en cuando. Por lo visto, allí la situación es crítica, así que decidieron ir a ayudar. Estamos mi tía Lorena y yo. Te dejaría mi ordenador, pero mucho me temo que tenemos clase a la misma hora. Y en mi instituto lo tengo que llevar. Ya sabes, la revolución tecnológica en el aula.

Ambos nos reímos por su comentario y después me alejo en dirección a la puerta de la casa con los cables en la mano. Javier me sigue mirando, sonriendo, y yo me pongo colorada al darme cuenta.

—Gracias por tu ofrecimiento. No te preocupes. Estaría bien que charláramos más a menudo.

—Podemos quedar mañana a esta hora si quieres. Mientras nuestras abuelas duermen la siesta —propone.

—Genial.

Después entro en la casa y recojo el cable que he dejado en la ventana. Mi abuela me mira sonriendo y sé que ha escuchado nuestra conversación. Hago como si nada y le pido que tire del cable. No llega hasta donde hemos puesto el ordenador, pero moviendo la mesa conseguimos que encaje perfectamente en la torre.

Esperamos unos minutos, toqueteo las preferencias y…

—*Voilà!* Tenemos Internet —exclamo emocionada.

—Ya sabía yo que encontraríamos una solución —me contesta ella abrazándome.

—Pues voy a configurarlo y lo dejo listo para la clase de mañana. ¿Nos sentamos después en el porche y me sigues contando la historia?

—Claro que sí. Prepárate, que aquí empieza el romance.

Amalia

La abuela Carmen encontró una tela color verde agua. Tenía unos detalles brillantes en dorado que ya anunciaban que conseguiríamos hacer un vestido precioso. El motivo por el que me gustaba coser era porque lo hacía con ella y mientras lo hacíamos me contaba su infancia y me hablaba de mi madre.

A los quince años ya sí la echaba en falta. No por la figura materna en sí, que había sido mi abuela, sino porque soñaba con haberla conocido y tenerla cerca. La gente hablaba de ella como si fuera la persona más dulce del mundo y sentía tantísima curiosidad que podía pasar horas sentada en el porche cosiendo con mi abuela escuchándola hablar de su hija. Para mi abuela Carmen, perder a una hija había sido muy duro. Entonces los hijos se morían por enfermedades, por la guerra, por el hambre…, pero, aunque había perdido dos por la tuberculosis y otros por la guerra, mi madre era la única hija que había fallecido. Siempre decía que, en su lecho de muerte, comentaba que había merecido la pena, que al mirarme a los ojos sabía que debía morir para que yo viviera.

Una hermana de mi abuela había muerto tras dar a luz también, se había desangrado en la misma casa en la que vivíamos nosotros. Mi madre había muerto por una infección unos días después de que yo naciera, así que al menos me había conocido y había pasado sus últimas horas conmigo a su lado. Deseaba recordarlo, pero era imposible.

Al final, el vestido quedó tan bonito que a la abuela Carmen le daba pena que me lo pusiera para cruzar hasta la casa de campo a la que íbamos. El camino era una senda de tierra marcada por donde cada día pasaba la gente con sus burros.

Por suerte no había llovido esos días y no estaba enfangado. Pero siempre nos enganchábamos en alguna retama y llegábamos con los vestidos hechos polvo.

A mí me daba igual, a fin de cuentas, podría haber ido vestida con unos pantalones de mi abuelo y una camisa. No me importaba tanto como a mi abuela y mis hermanas. Aun así, le aseguré que cuidaría el vestido para ponérmelo en la verbena de San Juan el mes siguiente. Ella se contentó con esa respuesta y me dejó ir a mi habitación para arreglarme. Pepa vendría a buscarme en una hora.

Mientras me peinaba en el baño, escuché cómo mi abuelo llamaba a la puerta.

—Oh, aquí estás, Amalia. Voy a ir a por el estraperlo esta noche. ¿Quieres leche condensada?

—¡Sí! Pero ten cuidado, abuelo.

—Lo sé, hija, lo sé. No te preocupes.

Mi abuelo iba a por el estraperlo una vez al mes. Eso era lo que nos ayudaba a sobrevivir, porque de la mar no entraba suficiente dinero para una familia tan grande. Mis abuelos intentaban ayudar a todos sus hijos. Jamás habíamos pasado hambre, y eso era por los atrevimientos de mi abuelo.

El estraperlo era el comercio de bienes ilegales. En Ayamonte era fácil, cruzaban hasta Portugal a un punto de compra y traían esos bienes que aquí no se encontraban. Mi abuelo traía café y leche condensada. A veces, también compraba toallas y sábanas muy baratas para la casa. Pero lo que luego vendía aquí eran esas dos cosas. Cada vez que iba se jugaba la vida, pero merecía la pena a cambio de no pasar hambre.

—Ya no queda leche condensada y tengo muchas ganas de tomar un poquito —confesé azorada.

—Ya lo sé, maldigo el día en el que te criamos con leche condensada —respondió riéndose antes de marcharse.

Como mi madre había muerto tras dar a luz, mis abuelos tenían pocas opciones para alimentarme. Al no haber cerca otra mujer que hubiera dado a luz recientemente, tuvieron que darme leche condensada. Muchos niños de nuestra zona que habían perdido a sus madres eran alimentados de esa manera

hasta que podían ingerir sólidos. Aunque mucha gente se sorprendía por ese dato, a mí me parecía algo de lo más normal. De hecho, me seguía encantando la leche condensada.

Terminé de arreglarme, haciéndome una coleta a un lado, y me calcé los zapatos para cruzar el campo. Mi abuela se horrorizó al ver cómo había conjuntado el vestido con los zapatos, pero a mí me daba igual, quería estar cómoda. Me despedí de ella y me reuní con Pepa que ya me esperaba fuera.

Mi amiga llevaba un vestido precioso también, que habría cosido con su madre, y el pelo ondulado suelto hasta la cintura. Se había puesto un poco de maquillaje y, como siempre, se había sacado buen partido a sí misma.

—¡Ay, qué emoción! Por fin he quedado con Carlos. Creo que volveré a casa teniendo novio —decía casi chillando.

De camino a la casa de campo, las sandalias de mi amiga se quedaban enredadas cada dos por tres. También tuvimos que parar en repetidas ocasiones porque se le llenaban los pies de tierra. Yo no pude evitar reírme. Mi abuela Carmen pretendía que fuese con ese tipo de zapatos a cruzar el campo, pero me parecía totalmente ridículo. Y a la vista estaba.

Pepa me habló de Carlos todo el camino. Estaba tan emocionada que se había montado todo el cuento de qué ocurriría cuando se vieran. Yo no sabía si acabarían casándose o no, pero era evidente que mi amiga solo pensaba en eso. Cuando me preguntaba qué esperaba de la fiesta, yo solo respondía que bailar y pasarlo bien. Además, mi hermano Juan y mi tío Pepe estarían ahí también, así que pasaríamos una buena noche bailando sevillanas.

Divisamos la casa a lo lejos y mi amiga chilló emocionada. La cancela de la finca estaba abierta y un grupo de chicos entraban por delante de nosotras. Subimos el camino de tierra rodeado de higueras y almendros hasta la casa de cal, que era al menos tres veces más grande que las nuestras. En el porche, saludamos a la familia que vivía allí, estaban tomando un vino mientras charlaban con vecinos que se habían acercado a la fiesta.

Al adentrarnos, reconocí el salón donde tantas fiestas habíamos vivido. Reconocí también muchos rostros, pero hubo

tantos otros que no. Cada vez que veníamos conocíamos gente nueva, y era así como Pepa y Carlos se habían encontrado por primera vez. Mi amiga señaló un grupo de chicos que estaban sentados al fondo y desapareció rápidamente. Ahí se encontraba Carlos y al verlo, recordé su rostro. No pude evitar sonreír, era uno de los hombres que siempre venían a las fiestas y se iban más tarde que nosotras. Sería al menos cuatro años mayor que Pepa y se le veía una persona muy agradable.

Como mi amiga estaba ocupada, busqué a mi hermano y a mi tío Pepe, ambos estaban hablando con un grupo de mujeres jóvenes. Reconocí a muchas de ellas, vivían en el campo de Canela, en fincas colindantes.

—Hermanita —me saludó Juan apretándome contra él.

—Hola, qué bonito está todo —dije con una sonrisa.

Y era cierto. El salón estaba decorado como siempre, con farolillos que dejaban de una fiesta a otra. La iluminación corría a cargo de quinqués de aceite y carburadores; aunque la electricidad ya había llegado a Ayamonte, ni a nuestro barrio ni aquí lo había hecho aún. Habían colocado sillas en círculo alrededor de todo el salón, y en el centro esperaba un pequeño escenario improvisado con una tabla para cuando empezara a haber música.

—¡Hola, Amalia! —exclamó Maruja, una mujer algo mayor que yo que vivía en las últimas fincas, cerca de Punta del Moral.

—¿Cómo estás? ¡Cuánto tiempo sin verte! —le dije animada.

Aquí nos conocíamos casi todos. Como a Pepa y a mí nos encantaban las fiestas del campo de Canela, llevábamos viniendo con nuestras familias desde niñas. Prácticamente habíamos crecido con la gente que vivía allí. Y gracias a ellos, mi hermano y mi tío Pepe tenían trabajo.

—Bien, Domingo está en la mili todavía. Estoy deseando que vuelva —me dijo con una sonrisa melancólica.

—Verás que el tiempo pasa rápido —comentó Juan animándola.

—Me manda unas cartas preciosas, al menos así tengo algo de él mientras está lejos —añadió ella.

Después de charlar un rato, vimos cómo los músicos se colocaban alrededor de la tabla y un grupo de mujeres se situaba encima. Sentí la emoción correr por mis venas y esperé a que empezara la música.

Con guitarra, panderetas y unos palillos, empezaron a tocar sevillanas corraleras. Unas voces emergieron de nuestro alrededor acompañándolos y entonces las mujeres empezaron a bailar marcando el ritmo con sus zapatos.

Juan me cogió de la mano y me sacó a bailar. Y así nos siguieron casi todos los presentes. Yo no pude parar de reír porque mi hermano tenía un ritmo malísimo y no era capaz ni de seguir bien la música. Lo ayudaba, y entre los dos bailamos y bailamos durante un rato. Veía a Pepa, de vez en cuando entre la muchedumbre, bailar con Carlos también, y tenía un brillo en los ojos que denotaba que todo iba bien. A veces prestaba atención a las letras que cantaban por sevillanas corraleras:

El clavel que me diste lo tiré al pozo,
yo no quiero claveles de ningún mozo.
Ay, qué me pesa,
el tiempo que lo tuve en la cabeza.

Mi tío Pepe también me sacó a bailar cuando Juan se marchó fuera a fumar y, aunque no era tan divertido como mi hermano, sí que sabía bailar bien sevillanas. Permití que mi cuerpo se dejara llevar por la música y bailé con él tanto rato que llegó un momento en el que se me cansaron los pies y me senté a descansar.

Sentada vi a Pepa de nuevo, Carlos y ella se miraban de una manera tan intensa que me di cuenta de que mi amiga ya tenía novio y que sus palabras eran ciertas cuando hablaba de él. Me alegré por ella, Pepa desde niña había soñado con casarse con un hombre bueno que le gustara y ahora parecía que estaba cerca de conseguirlo.

—Hola, ¿puedo sentarme? —una voz interrumpió mis pensamientos.

Al girarme, me encontré con un chico mayor que yo. Nunca lo había visto antes. Sus ojos eran oscuros, su cabello corto,

también muy oscuro, y tenía unos rasgos marcados. Era muy atractivo. Me sonrojé y afirmé con la cabeza. Nunca lo había visto antes por el campo de Canela y dudaba que fuera de nuestro barrio.

—Claro, siéntate. Está libre —contesté arqueando las cejas.

—¿Cómo te llamas? Si puedo preguntarte, claro.

—Amalia. ¿Y tú?

—Ezequiel.

Su nombre se me derritió en los labios cuando lo repetí inconscientemente en alto. Mi abuela había dicho que no sabía comunicarme con los hombres y que nunca me casaría. Era cierto. Ezequiel era guapo, pero en ese momento mi cerebro solo pensaba en que un desconocido muy simpático se había sentado a mi lado.

—Nunca te había visto por aquí —comenté volviendo dirigir mi mirada hacia la gente que bailaba.

—Yo a ti sí. Siempre te he visto. Aquí, en Ayamonte… y me preguntaba cómo se llamaría esa chica tan bonita —respondió.

Sabía que me estaba mirando, pero me sonrojé tan rápido que no quise hacer contacto visual con él. Así que seguí observando a la gente que bailaba y respondí:

—Pues ya sabes cómo se llama.

—¿Qué edad tienes?

—Quince.

—Yo diecisiete.

Hubo un silencio incómodo y acabé mirándolo de nuevo. Sus ojos se encontraron con los míos y, por primera vez, sentí que iba a ser el hombre de mi vida. Solo con mirarnos era suficiente. Entonces pregunté:

—¿Dónde vives?

—En Ayamonte. Pero vine una vez aquí y te vi y desde entonces no he parado de buscarte.

Estaba claro que Ezequiel sabía lo que quería. En ese momento, quise luchar contra todo lo que me habían enseñado, pero sentí una conexión tan fuerte con él que tuve que rendirme y ser feliz por estar conociendo a un chico que por fin me gustaba y me generaba interés.

—Yo vivo en Canela. Quizá por eso nunca te he visto. ¿Qué

haces en Ayamonte?

—Mi padre tiene un bar, lo ayudo. Al salir de la escuela decidí que tenía cabeza para los negocios y que me encantaban las matemáticas, así que empecé a ayudarlo y a llevarle las cuentas. ¿Y tú, qué haces en Canela?

—Soñar con ser médica. Pero… bueno, es eso, un sueño. También voy a la escuela, todavía, y ayudo a mis abuelos —le expliqué.

—Tienes carácter para ser médica, seguro que lo harías genial.

Su respuesta me dejó encandilada y no pude reprimir una gran sonrisa. Por fin alguien que me decía que podía conseguir lo que quisiese. Por fin alguien que no subrayaba en voz alta que era una mujer. Y para colmo un hombre, un hombre que no me recordaba que era mujer y no podría alcanzar mi sueño.

—Es difícil, ya lo sabes…

—Sí, pero no por ser difícil tienes que dejar de intentar conseguirlo —apreció él.

Y así seguimos hablando. Hablamos y hablamos durante lo que parecieron horas y Ezequiel me contó cómo su familia había sobrevivido a la guerra y yo, cómo la mía estaba fracturada por tanta muerte. Para cuando quise darme cuenta, Pepa se había marchado con Carlos y mi hermano estaba hablando con una chica del campo de Canela, parecía que estuvieran conociéndose más íntimamente.

Ezequiel tenía un sentido del humor que me sacó unas cuantas risas, y me miraba como nunca lo habían hecho otros hombres. Parecía apreciar mi inteligencia y se interesaba por aquello que me gustaba, que no era lo deseable para una joven de mi edad. Le gustaba mi pasión por lo imposible y mi deseo de no ser como todas las mujeres de mi entorno.

—Y, además, es que cuando pasó… —le estaba contando una historia de mis hermanos cuando de pronto un golpe cortó mis palabras.

Vimos a un hombre abalanzándose sobre otro y para cuando quisimos darnos cuenta, dos grupos se gritaban y empujaban.

—Otra vez no —susurré.

—¿Qué está pasando? —me preguntó Ezequiel.

—Lo de siempre. Que se ha acabado la fiesta. Malditos *levantiscos* —murmuré molesta. Me levanté y le tendí una mano a Ezequiel para que me siguiera. Él se quedó sorprendido por mi gesto y, entre risas, la tomó para levantarse.

—Ya sé que llamáis así a la gente de Punta del Moral, pero es un poco ofensivo, ¿no? —me preguntó mientras cruzábamos el griterío y salíamos al porche dejando atrás la pelea.

—Ofensivo es lo que hacen siempre en estas fiestas. Vienen y rara es la noche en la que no hay pelea. Insultan a la gente del campo porque son personas más humildes y buscan pelea hasta que destrozan la fiesta —le expliqué esperando a que mi hermano y mi tío salieran de la casa para marcharnos.

—No lo sabía. Vaya ambiente entonces. ¿Y siempre vienen?

—Así es, Ezequiel. Siempre.

—Bueno, antes de que te marches… me gustaría poder verte alguna otra vez. Si quieres, claro.

—Me encantaría. El mes que viene iré a la verbena de San Juan.

—Tendré que esperar mucho tiempo, pero ahí nos vemos —me dijo con una sonrisa.

Pronto salieron mi hermano y mi tío y, tras despedirme de Ezequiel, me alejé andando con ellos. Lo dejé ahí, mirando cómo me marchaba y esperando a que llegara San Juan.

No quise reconocerlo en ese momento, pero yo estaba que me subía por las paredes y solo deseaba que llegara ese día también.

Lola

La historia de mi abuela me deja casi sin aliento. La miro sin saber qué decir. Cuanto más me cuenta y conozco de ella, más cerca estamos. Sé que Ezequiel no es mi abuelo Antonio, pero ahora deseo saber más. ¿Se enamoró de Ezequiel? Entonces, ¿dónde se encuentra mi abuelo en toda esta historia?

Ella me mira casi leyéndome el pensamiento y no puedo evitar imaginármela de joven correteando por esta misma casa. Incluso veo a su abuela en ella, sentada en el porche cosiendo, contando historias y me siento afortunada de poder escucharlas.

Esa noche hablo con mis amigas y les cuento lo que me está ocurriendo con mi abuela. Ellas no parecen muy impresionadas, pero a mí me da lo mismo. Laura sí que comenta que a ella le encantaría que su abuela le contara su vida y yo añado que es lo que me está amenizando la estancia aquí. Además, mi abuela me ha conseguido hasta un ordenador, y ha removido cielo y tierra para que yo pudiera asistir a clase sin problema. No puedo quejarme de todo lo que me está ayudando.

Mis amigas, por el chat de grupo, se ríen y me preguntan si ya quiero quedarme aquí a vivir. Contesto que no, pero por algún motivo me siento molesta porque estén haciendo bromas alrededor de la figura de mi abuela. No me parece divertido, sino más bien admirable todo lo que voy conociendo de ella. No digo nada por el chat, pero al irme a dormir me pregunto qué me está pasando.

Ya no siento la necesidad imperiosa de marcharme. Sí, todavía quiero volver a casa y a mi vida normal, pero hay algo

de mi abuela Amalia que me atrapa y me atrae hacia ella. Es su vida, la manera en la que me cuenta sus historias y me hace pensar en todo lo que sabe de la vida que yo no. Todo lo que puedo aprender de ella.

Esa noche sueño con Ezequiel y con los bailes de sevillanas.

Por la mañana, me conecto a las clases del instituto tras media hora intentándolo. El ordenador sirve, pero con mucho esfuerzo, es una patata vieja. Mi abuela me trae el almuerzo a la mesa a mitad de mañana mientras estoy tomando apuntes en Inglés. Le sonrío y aprieto los cascos contra mis orejas para enterarme mejor. El inglés se me da fatal y voy siempre regular en esa asignatura. Ahora, con este ordenador y a distancia, es mucho más difícil.

Antes de comer, recibo una llamada de mis padres.

—¡Hola! —saludo animada.

—Hola, cariño —suena la voz de mi padre al otro lado.

—¡Papá! ¿Cómo estáis?

—Bien, bien. Aquí, entre el hotel y el trabajo desde la habitación. Un poco aburridos y con ganas de volver a casa.

Por un momento, había olvidado que estaban encerrados en Alemania por una borrasca. Es fácil olvidarse cuando la abuela me cuenta su vida, y no puedo dejar de pensar en sus historias.

—Ya, normal. Yo la verdad es que estoy llevando bien estar en Ayamonte.

—¡¿Sí?! —la sorpresa de su voz me ofende.

—Claro que sí. La abuela ha encontrado un ordenador y su vecina ha conseguido pasarnos Internet con un cable. Hasta hicimos hace dos días pan y he aprendido a cocinar sus lentejas. Me está contando su vida, es increíble, papá —le expliqué velozmente y sin parar ni un segundo para respirar.

—Me alegra escuchar que estás bien. ¡Cuántas cosas te están pasando! Ya te digo que en Seseña no habrían ocurrido ni la mitad.

—Bueno, eso no quita que tenga ganas de volver a casa y a mi vida normal, ¿sabes?

—Me imagino. Nosotros seguimos sin saber cuándo podremos volver. Parece que la borrasca va a remitir en unos días y podremos volver al laboratorio. ¡Hace un frío aquí que

pela!

—Ojalá podáis volver pronto…

—Tú tienes que cuidar de tu abuela. Hablé con ella ayer y está muy contenta contigo —lo que dice me saca una sonrisa —. Agradece mucho tu compañía. Además, ya me ha dicho que tampoco salís mucho, ¿no?

—La verdad es que no, tenemos muchas cosas por hacer aquí en la casa. Y con esto de que ella prefiere salir poco por su salud… prefiero cuidarla, sí.

—Te estás haciendo mayor, Lola. Estamos muy orgullosos de ti. Me alegra que hayas conectado con la abuela y que valores su compañía. Pero cuidado con las salidas, que el médico le recomendó no salir demasiado hasta que llegue el calor.

En realidad, entiendo que se preocupe. La abuela Amalia solo ha mencionado una vez su estado de salud. Es cierto que está muy débil y descubrí hace unos días que pasó por una neumonía que le dejó tocados los pulmones. Desde entonces tiene que utilizar un ventolín y toma pastillas. Sé que está sana, pero también que su salud es muy frágil. No se le nota porque es una mujer que ha sobrevivido a las penurias de la guerra y la dictadura; parece hecha de acero. Pero no deja de ser anciana y le gusta cuidarse. Mi abuela no sale a comprar de normal, ya que una vez al mes la hija de Pepa las lleva a ambas a hacer sus compras grandes. Y ella sí que sabe hacer economía de guerra y planificarse para no tener que salir a comprar. Es algo que también estoy aprendiendo de ella.

Al terminar de hablar con mis padres, bajo a comer con mi abuela, que me ha llamado, y mientras almorzamos vemos las noticias, como ya es rutinario cada día. Ahí nos enteramos de que la situación en Alemania se ha relajado, como bien me ha comentado mi padre. Esperan reanudar actividades en el exterior en los próximos días.

—¿No te da miedo, abuela? Imagínate vivir esa borrasca, como allí o en Madrid el año pasado —comento sin despegar los ojos del televisor.

Ella me mira arqueando las cejas.

—Después de una guerra, una posguerra pasando hambre,

una dictadura y quedarme viuda, ¿de verdad crees que tengo miedo? No, niña, no tengo miedo. Siento respeto por la vida y no hago locuras. Pero a mí ya me lo han quitado todo, hasta el miedo. Que Dios me perdone por eso —me responde antes de volver a prestar atención a la televisión.

No me extraña que no tenga miedo, yo tampoco lo tendría. Pero viendo la vida desde mi perspectiva, yo sí tengo miedo. No me quiero imaginar quedarme atrapada en Alemania, en un hotel, con esa borrasca y queriendo volver a casa. Quizá no es miedo… sin duda, respeto.

Después de comer, friego los platos y recojo el salón mientras mi abuela se marcha a echarse una siesta. Al terminar, recuerdo que había quedado con Javi en vernos después de comer, así que alcanzo mi teléfono y me siento en el porche. Él todavía no ha salido.

Reviso mi Instagram y TikTok, y veo que tengo más notificaciones que nunca. Con esto de venir a Ayamonte he retomado contacto con amigos que tenía olvidados. Y estoy enganchada a ver vídeos virales.

—Tú también eres de las que no suelta el móvil, ¿no? —la voz de Javi se cuela por mis oídos y al alzar la cabeza lo encuentro mirándome.

No recordaba que fuera tan guapo. Madre mía, sus ojos. Me sonrojo y respondo:

—Pues sí, soy una adolescente moderna.

—Oye, que yo también tengo móvil. Pero me gusta más pasar el tiempo tocando la guitarra —tercia con una sonrisa.

—¿Aprendiste tú solo o estás en una escuela de música?

—¡En una escuela! Desde que era niño. Quiero estudiar Musicología en la universidad. También sé tocar el piano y el bajo. ¿Tú tocas algún instrumento? —me pregunta mientras se sienta en una silla en el porche de Pepa frente a mí.

—Qué va. Tocaba la flauta dulce en el instituto, como todos los niños, así que no tiene mérito —le respondo riéndome.

—Pues tu voz es muy bonita, quizá puedas cantar, habría que escucharte.

Solo de pensar en cantar con él, se me suben los colores de nuevo. Jamás cantaría delante de nadie.

—A mí me gusta hacer deporte, antes salía a correr todos los días. Y me encanta escuchar música, que no tocarla. También dibujar, es lo que mejor se me da. Quiero estudiar Bellas Artes —le explico orgullosa.

—Hala, qué guay. Yo tengo un tío escultor que estudió eso. Siempre habla muy bien de esa carrera.

—El problema es que no se valora, ¿sabes? Todos dicen que es una carrera «para tontos». No entiendo por qué nunca se aprecia el arte. Tocar o componer música, dibujar o esculpir, escribir… no es fácil. Es mucho más difícil, o eso pienso yo, porque necesitas un proceso creativo que no es mecánico —expongo molesta.

Es algo que siempre me ha molestado y sigue haciéndolo. Cuando le digo a la gente que quiero estudiar Bellas Artes, reaccionan con malas caras o fingiendo que les parece buena idea. A mí me parece una carrera tan importante como cualquier otra.

—También hay técnica —conviene él pasándose una mano por el pelo—. Yo creo que en el arte hay algo innato y natural, y algo aprendido. Quiero decir, sí, tú puedes tener una mente prodigiosa para crear algo desde cero, pero si no tienes la técnica, no puedes hacerlo. La técnica se aprende, no naces sabiendo combinar colores y hacer perspectivas. ¿No crees?

Miro a Javi interesada. La primera vez que lo vi y escuché hablar de él, no pensé que sería un chico con sensibilidad y que estuviera tan cercano a mis ideas.

—Sí, estoy totalmente de acuerdo. Yo solo defiendo que lo que hacemos es tan válido como cualquier otro oficio.

—Esa es mi pelea diaria, Lola. De verdad. Estoy feliz por conocer a gente que me entiende. Me siento arropado —confiesa sonriente.

Y así, seguimos hablando las dos horas que nuestras abuelas están caos y fuera de juego. Terminamos compartiendo historias y yo le cuento que expuse una vez, el verano pasado. Javi me habla de algunos conciertos que ha dado y, para cuando vuelven nuestras abuelas, soy capaz de vislumbrar la mirada cómplice que intercambian entre sonrisas.

Amalia

Llegó el día de la verbena. Pasé el último mes prácticamente contando el tiempo que quedaba para que fuera San Juan. Mis abuelos me veían diferente, pero yo no quería confesar por qué. Había visto a Ezequiel una vez y, aunque él había insistido en que deseaba volver a verme, tampoco quería creerlo para luego llevarme una decepción. Así que, como solo habíamos estado en contacto aquella noche, preferí no ilusionar a mis abuelos con ello.

Aun así, yo sí que estaba ilusionada. Por primera vez, me preocupaba cómo iba a arreglarme para la verbena, y mi abuela veía algo raro en mí. Aunque era una mujer de pocas palabras, podía verle en el rostro que se preguntaba qué me pasaba y qué había cambiado. Empecé a mostrar interés por aprender a peinarme y maquillarme, y eso ya era un indicativo de que algo era diferente.

Con quien sí pude hablar de Ezequiel fue con Pepa. No porque saliera de mí, sino porque mi amiga nos había visto aquella noche y se pasaba los días o bien preguntándome por Ezequiel, o hablando de Carlos. Aquella noche, como ella había previsto, Carlos le había pedido que fuera su novia y ahora, un mes después, se veían casi todas las tardes cuando este salía de trabajar. Como Carlos era unos años mayor que nosotras, ya había vuelto de la mili y Pepa estaba feliz porque no tenía que marcharse.

Recordé a Maruja una tarde en la que hablábamos de eso, y nuestra conversación sobre las cartas que le mandaba Domingo. Me pregunté si a mí me pasaría lo mismo si acababa siendo novia de Ezequiel. Me parecía sumamente triste tener

que separarme de alguien a la fuerza tanto tiempo. Aun así, estaba acostumbrada, mis hermanos y mis tíos se habían ido a la mili también cuando yo era una niña.

—… y si te lo recoges así, te quedará mejor. Oye, Amalia, ¿me estás escuchando? —la voz de la abuela Carmen me sacó de mi ensimismamiento.

Me había perdido entre mis pensamientos e intentaba tener bajo control los nervios, que llevaban aflorando en mi cuerpo desde aquella mañana. Quedaban pocas horas para ver a Ezequiel.

—Oh, perdona, abuela. Sí, vamos a por el moño —respondí contenta.

Ella se colocó a mi lado y recogió con gracia y soltura su cabellera oscura, que ya tenía tintes blanquecinos. La observé por el rabillo del ojo y cuando intenté imitarla, fui incapaz de conseguir el precioso recogido que ahora lucía a mi lado.

—Es que no has nacido para esto, hija. No sé cómo puedes ser tan torpe. Ven, te lo hago yo.

Dejé que se hiciera con mi pelo y en cuestión de segundos tenía el mismo recogido que ella. Me miró satisfecha y me tendió un colorete que debía tener más años que yo y un pintalabios rojo. Al maquillarme, me vi más madura, ya no parecía una niña, sino una mujer. Una mujer que debía encontrar marido y que no podría ser médica. Apreté los puños inconscientemente y la abuela Carmen preguntó:

—¿Qué te pasa? Algo ocurre que no me estás contando. Nunca te había interesado ir tan guapa a ningún sitio.

—Es solo que me miro en el espejo y veo que ya no soy una niña, abuela. La niña que compraba chocolate en el recreo.

—Dentro de nada estarás casada y con hijos, ya verás. Cásate por amor si quieres, pero no tengas miedo a casarte. La vida es más bonita cuando no estás sola —me dijo antes de apretarme la cintura con las manos y marcharse.

Seguí mirándome un rato más en el espejo y cambié mi estado de ánimo. Tenía que estar feliz. Quizá Ezequiel no fuera nada, pero si lo era y se presentaba esa noche en la verbena, debía disfrutar de la situación en vez de agobiarme. A fin de cuentas, aunque no quisiera, era cierto que tarde o temprano

tenía que casarme. Y Ezequiel me gustaba, solo tenía que conocerlo más. Estaba abierta a ello.

Pepa ya no pasaba a buscarme porque iba con Carlos a las fiestas. Como todas mis amigas tenían pareja y yo no, debía buscarme otro acompañante. No me costó convencer a mi hermano Juan y mi tío Pepe. Éramos los dos solteros y el viudo de la familia, así que, de manera natural, íbamos juntos a esas cosas. Otros de nuestros hermanos y tíos como Claudia, Mari, Luis o Esteban también vendrían, pero lo harían con sus familias. Así que Juan, Pepe y yo nos permitimos salir más tarde de lo normal.

—Y luego hay que volver por el muro, qué pena no tener una novia de Ayamonte —comentaba Pepe mientras nos bajábamos de la primera barca y empezábamos a recorrer el muro andando.

Era un engorro, sin duda, tener que volver a las cinco de la madrugada y hacer todo el trayecto. Pero al menos no íbamos al campo de Canela, nos quedábamos en el barrio de Canela que estaba mucho antes y había que andar muchísimo menos.

—Tú no te quejes, que llevas zapatos cómodos —intervine yo mirando mis sandalias de verano. Eran realmente incómodas.

—Quién te ha visto y quién te ve, Amalia. No habría jurado que te pondrías unos zapatos así en mi vida —añadió Juan entre risas.

—Ay, Juanito, que nuestra hermana se hace mayor —se reía Pepe.

Aunque yo lo llamaba Pepe o tito Pepe, en realidad éramos todos como hermanos. Al final, nos habíamos criado juntos. Nuestra madre era la mayor, así que para cuando Pepe nació, ella ya tenía dieciséis años y estaba con mi padre.

—¡Dejad de hablar de mí como si no estuviera presente! —los corté sonrojada.

Conforme cruzábamos el siguiente brazo del río Guadiana y llegábamos a la avenida de Ayamonte, volví a pensar en Ezequiel. Mis hermanos me habían visto con él, pero no habían hecho ninguna pregunta. Entendían que no hablara de eso hasta que estuviera preparada.

Llegamos al Paseo de la Ribera, el lugar donde ocurrían todas las fiestas de Ayamonte. Ahí la iluminación era increíble, y para gente como nosotros, que no podíamos ni soñar con tener electricidad, era todo un gusto poder pasearnos por un lugar con tanta luz de noche. Me pregunté cómo sería vivir en una casa donde con un botón se encendieran bombillas. En Canela ni siquiera había una idea aproximada de cuándo sería posible tener electricidad y agua corriente. Nosotros teníamos un pozo cerca del que cogíamos el agua, como en el campo que se encontraba a nuestro alrededor.

—Yo quiero una cervecita, ¿Amalia? —me preguntó Juan.

—Vale, sí. Os espero aquí.

Ellos afirmaron con la cabeza y se acercaron al bar más cercano. Las terrazas estaban llenas de gente y la música del grupo que tocaba resonaba en toda la plaza. Había decenas de parejas bailando delante del alto escenario donde estaban los músicos. Sentí las ganas de bailar contagiar mi cuerpo y deseé que volvieran Juan y Pepe para poder ir con ellos.

También busqué a Ezequiel con la mirada. Una parte de mí esperaba poder quedarme sola y que él apareciera de la nada para buscarme. La decepción cayó sobre mí como una losa al ver que mi familia volvía y Ezequiel no estaba a la vista.

Intenté disimular mientras bebía la cerveza que me había tendido Juan y hablaba con ellos. Pero me sentía mal. Nunca pensé que llegaría a sentirme así por alguien. Menos por un hombre al que acababa de conocer. Por un momento me sentí ridícula por haberme arreglado cuando ni siquiera había merecido la pena.

—Vamos a bailar —me dijo Pepe al ver que Juan se acercaba a la misma chica con la que había estado el mes anterior en la fiesta del campo.

—Vamos —respondí animándome.

Bailamos al ritmo de la música un buen rato. Pepe me cogía de la cintura y tiraba de mí de un lado a otro mientras yo me reía. Llegué a olvidarme de Ezequiel y cómo me había sentido un rato atrás.

A mi alrededor, vi a Pepa con Carlos y a otros de nuestros hermanos con sus mujeres e hijos. Si algo me encantaba de las

verbenas, era que se convertían en un espacio de encuentro y de alegría. No solía haber problema, la gente no se pasaba bebiendo y todos iban para echar un buen rato entre amigos y familia.

De pronto, Pepe me soltó y desapareció justo cuando terminé de dar una vuelta sobre mí misma. Y otra mano se hizo con la mía y me atrajo hacia sí.

—Ezequiel —susurré sonriendo.

—Amalia, estás preciosa —fue su respuesta.

Y bailamos. Bailamos tanto que para cuando me pidió que descansáramos yo ya sentía las piernas deshechas y los pies ardiendo. Sería bien entrada la madrugada, pues la mayor parte de las familias se habían retirado y quedaban las parejas y grupos de amigos sin hijos.

Ezequiel se sentó en uno de los bancos de la plaza y me tendió una petaca plateada. Probé el licor que había dentro y tosí con fuerza. Era muy fuerte.

—¡Cuidado! Ya lo que falta es que ahogue a la chica que me gusta —dijo sonriendo.

—Esta es la segunda vez en la vida que hablas conmigo, ¿cómo sabes que te gusto? —pregunté haciéndome la interesante.

—Porque siempre me han llamado la atención las mujeres como tú, irreverentes. Pasas de todo. Eso me encanta. Me encantó escuchar que sueñas con ser médica. Me encantaría, de hecho, ayudarte a hacer ese sueño realidad algún día —convino con una sonrisa.

—Tú vas muy rápido —dije entre risas—. ¿Te gusta leer?

Él me miró encandilado y respondió:

—Mucho. Siempre me ha gustado. Ahora leo muchísimo porque por el bar a veces tenemos que viajar, y compro libros en otros pueblos y ciudades que aquí no hay. Deberías venir a nuestra casa, podrías coger algunos prestados.

—Oh, te lo agradezco mucho. A mí me encanta leer y, como tengo pocos, me los releo una y otra vez. Mis favoritos son los tebeos de piratas.

—Tengo de esos y también libros de aventuras de piratas, te encantarían —añadió sonriente.

Observé la verbena, la gente seguía bailando y gritando. La alegría era palpable en el ambiente.

—Gracias —respondí simplemente.

Él guardó silencio unos segundos y después susurró:

—¿Tienes planes para esta semana?

—No…, pero tampoco contigo, si es lo que quieres proponerme.

—Venga, Amalia, ¿por qué no?

—Mi familia es muy tradicional, Ezequiel. No puedes venir a mi casa, recogerme como si nada y pretender que mis abuelos digan que sí. Ellos son formales —le dije riéndome.

—Entonces iré a decirles que soy tu novio y que quiero llevarte de paseo —contestó con una sonrisa socarrona.

—¡¿Qué dices?! Si haces eso, se lo creen. Son personas humildes y buenas.

—Es que no sería una broma.

Lo miré y me mordí el labio. Sabía dónde iba esa conversación. Me perdí en sus ojos oscuros y decidí que era el momento de dejar de pensar tanto por primera vez en la vida.

—¿Qué estás intentando decirme?

—Que si… Que si quieres ser mi novia. Quiero decir, ¿quieres ser mi novia, Amalia?

Yo lo miré y no pude reprimir una sonrisa al responder:

—Sí, pero para conocernos. Podemos decir a mis abuelos que somos novios, solo a ellos, para que se queden tranquilos. Yo no quiero ser novia de un hombre al que no conozco.

—Vamos a tener tiempo para conocernos. Tenemos toda la vida.

Y su voz sonó tan firme y segura que por un momento creí que sería así. Para toda la vida. Pero la vida a veces no perdonaba y perdería a Ezequiel antes de lo que esperaba.

Lola

La música de J. Balvin suena a toda pastilla por mi teléfono móvil, que he dejado boca arriba sobre la mesita de noche que hay al lado de la cama mientras termino un proyecto de perspectivas para Plástica. Tanto en esa asignatura como en Tecnología disfruto muchísimo. Ya me veo entrando en el Bachillerato de Artes y pasándome los días haciendo trabajos como este.

Al lado de mi lámina, tengo otra que voy complementando a la vez, es de Laura. Mi amiga es malísima con las perspectivas y me ha pedido que le haga su trabajo. Sé que no está bien, pero lo hacemos de vez en cuando, ella me ayuda con los trabajos de Inglés y yo con los de Plástica o Tecnología. Tengo que hacer la suya mucho peor que la mía para que la profesora no se dé cuenta y por eso tardo más. Mientras lo hago, Laura me va mandando wasaps actualizándome sobre la situación que hay en su casa.

—Por fin —susurro dejando el lápiz a un lado y contemplando mis dos obras.

Le mando una foto a Laura, que me contesta satisfecha. Después, fotografío mi lámina y la adjunto desde el móvil a un correo que le mando a la profesora. Mi amiga esperará dos días para mandar la suya, disminuyendo el riesgo de que nos pille.

—¡Lola! —escucho la voz de mi abuela que se cuela por el pasillo.

—¡¡Voy!! —respondo.

Mañana hace tres semanas que llegué a Ayamonte. El tiempo ha pasado muy rápido. La abuela ha seguido contándome su vida y ya hemos llegado al momento en el que

Ezequiel y ella están a punto de casarse. Quiere contarme su pedida de mano y yo estoy emocionada por saberlo. En esta última semana, he asistido a las clases del instituto, he hecho trabajos y cuatro exámenes y también he empezado a contar los pocos días que nos quedan para las vacaciones de Semana Santa.

Es raro porque estas vacaciones íbamos a viajar a Marruecos, y ahora lo más lejos que voy a ir es a la tienda de desavío que hay al final de la calle. Últimamente, mi abuela me deja salir a comprar y eso me ayuda a despejar la cabeza. Al principio me parecían unas vacaciones, unas vacaciones terribles por estar en Huelva, pero unas vacaciones; y ahora me parece una escapada que necesitaba para conocer a mi abuela.

He hablado con mis padres, siguen sin saber cuándo van a volver. Por lo visto, ayer ya pudieron ir al laboratorio porque la borrasca ha pasado. Ha dejado también estragos en Berlín y otras zonas de Alemania; pero, al menos, los habitantes ya vuelven a hacer vida normal. Ahora les toca avanzar en el proyecto y cuando acaben, volverán. Ya no estoy tan enfadada ni molesta, me he acostumbrado a estar con mi abuela y, a fin de cuentas, en Seseña estaría haciendo lo de siempre.

Al llegar a la cocina, mi abuela me tiende un delantal y dice:

—¿Quieres aprender a hacer canelones? He pensado que podíamos comer hoy eso en el porche. Pepa me propuso que hiciéramos una comida todos juntos, aunque cada casa coma lo suyo.

—¡Qué guay, claro!

Con mi abuela estoy aprendiendo a cocinar muchísimo. Si ya antes ella cocinaba cada día, ahora cocina el doble para entretenerse. A mí me está viniendo bien, un par de horas al día las tengo ocupadas con las manos en la comida y otras escuchando sus historias. Así, el tiempo pasa más rápido. Como no puedo ver series ni películas porque este ordenador no funciona para casi nada, al menos rellenamos el tiempo libre juntas y nos conocemos un poco más.

—Mira, Tomás me ha traído espinacas del campo y tengo por aquí la carne picada del otro día. ¿Hacemos mitad de

espinacas con queso y la otra de carne? —me pregunta enseñándome los ingredientes.

—No me gustan las espinacas, abuela —confieso.

—Bueno, pues así las pruebas de otra manera diferente. A mí no me gusta todo, pero sí cuando lo cocino de diferentes formas. Creo que te van a gustar mucho las espinacas, ya verás —tercia ella con una sonrisa.

No merece la pena discutir. Prefiero hacer lo que dice. A fin de cuentas, ¿qué tengo que perder? Además, últimamente cuando hablamos de comidas y alguna no me gusta, no puedo evitar recordar su historia y el hambre que pasaba la gente después de la guerra. Ahora no me veo capaz de rechazar ninguna comida.

—Echo de menos a mis padres —digo de pronto mientras estoy cortando las espinacas y mi abuela empieza a cocinar la carne.

—Oh, cariño, es normal. También echarás de menos tu casa y tu pueblo. Yo me acuerdo de mis hermanos y mis abuelos —me contesta ella con una mirada cómplice.

—Pero estoy bien contigo, quiero que lo sepas —añado.

—Y yo contigo, Lola. Me estás devolviendo la energía que antes me faltaba. Siento mucho que no hayamos pasado tiempo de calidad juntas y que haya tenido que ser por la borrasca alemana.

—Yo también lo siento, abuela. Me estás haciendo pensar en cosas que antes no pensaba.

—Eso está bien, niña, está bien.

La abuela y yo cocinamos la carne por un lado y por otro, las espinacas. Cuando todo está listo, y hemos pasado una hora sudando frente a la hornilla de gas, sacamos los canelones y los hervimos. Nunca me había planteado cómo se cocinaban y al ver que son láminas de pasta, me remuevo pensando que tendremos que darles forma.

Ella lo hace primero y la observo con detenimiento. Ya las láminas se han enfriado lo necesario como para poder tocarlas. Consigo hacer un rulo parecido al suyo y seguimos juntas hasta acabar. Después los vamos rellenando y, dos horas más tarde, observamos nuestra obra de arte.

—Guau, sí que se tarda —me río.

—Ahora vamos a rallarle el queso y de ahí al horno, ¿sí? —me dice con una sonrisa.

Esperamos a que el horno indique que ha terminado sentadas en el sofá del salón. La abuela ha acabado el mantel que nos estaba bordando y ahora ha empezado a coser una manta de cama con retales de tela. Cortó cuadrados de cada tejido hasta tener suficientes y ahora los va juntando unos a otros. Está quedando preciosa.

—Podría enseñarte si quieres.

—Oh, no sé, abuela…, quizá si estamos más semanas juntas. Por ahora, con cocinar y estudiar tengo suficiente.

Y es cierto, estoy aprendiendo a hacer algo que nunca había hecho. Cuando vea a mis padres no se van a creer que sea capaz de cocinar de verdad comidas tan ricas. La abuela me ha dado un cuaderno donde voy apuntando sus recetas y me ha dicho que puedo llevármelo al volver a casa. Cada día cocinamos algo distinto y el cuaderno ya tiene muchísimas páginas rellenas.

Dejo a mi abuela cosiendo y alcanzo mi teléfono móvil. Las redes sociales siguen ardiendo, se nota que he reconectado con antiguos amigos. Además, también le he enseñado a la abuela cómo se utilizan los teléfonos de última generación y ella alucina con las cosas que se pueden hacer.

Ahora me he enganchado a la serie que ve la abuela todos los lunes y miércoles en la televisión por la noche, y disfruto con las películas de Antena 3 de después de comer los viernes. También hemos cogido la costumbre de ver una película de las que echan en la televisión el sábado por la noche, y me encanta comentar lo que va pasando con mi abuela porque siempre tiene algo inteligente que decir al respecto.

La campana de aviso del horno me saca de mis pensamientos y ayudo a mi abuela a poner los canelones sobre la cocina. Tienen una pinta exquisita. Mi abuela no ha querido ponerles bechamel y así parecen más ligeros.

—Huele que alimenta —susurro devorando los canelones solo con la mirada.

—¿Sí? ¡Pues a poner la mesa, señorita!

Salgo con el mantel y los cubiertos al porche. Pepa, Javi y Lorena (la tía de Javi que cuida de Pepa) están ya esperándonos en su porche. Después, mi abuela trae los platos y yo entro de nuevo a por la bandeja de canelones. Al verme salir, los tres vitorean sorprendidos.

—Que sepáis que ha sido mi abuela, eh —digo riéndome conforme me adentro de nuevo en el patio de Pepa.

—Que alguien me confirme que lo que huelo son canelones —pide Pepa sonriendo.

—Lo son, abuela.

—Ese olor es reconocible en cualquier parte. Los canelones de Amalia. Estoy deseando probarlos ahora que ya no los veo.

—Pepa, cuando nos quedemos solas te hago una bandeja enterita para ti —le dice mi abuela riéndose.

La abuela se sienta primero, junto a su amiga. Me doy cuenta de que el único sitio que queda libre es entre Javi y su tía Lorena. Me ruborizo conforme me siento entre sonrisas. No hemos estado tan cerca desde el día que nos presentaron. De hecho, ahora que lo pienso, cuando él ha venido a nuestro patio, nos hemos sentado siempre bastante distanciados.

Lorena es una mujer muy agradable, está de vacaciones en su trabajo, así que dedica más tiempo a cuidar de Pepa. Trabaja en una tienda de ropa de Ayamonte que le permite vivir con ella y cuidarla. Aunque Pepa es muy independiente, lleva ciega más de diez años y está acostumbrada. Además, tiene a mi abuela y a las otras amigas del barrio que la ayudan cuando lo necesita.

—Pues mis padres dicen que la situación está fatal en África… no saben ni cuándo van a volver. Quieren quedarse el máximo tiempo posible para ayudar —nos cuenta Javi cuando ya estamos por el postre.

—Seguro que los echas de menos… yo a los míos estoy deseando verlos. Echo de menos hasta que me riñan —les digo yo devorando las peras que ha traído mi abuela entre risas.

—Yo tengo unos amigos que se han quedado en Bali porque tenían escala en Alemania. Por lo visto vuelven ya mañana. No sé qué follón con las conexiones que al final decidieron estar dos semanas más —comenta Lorena.

—¡Ahí quiero estar yo! —exclama mi abuela.

—Y yo, ¡no te jode! —le contesta Pepa provocando que ambas se rían.

Me encanta ver la conexión tan fuerte que tienen. Se nota que se conocen desde que eran niñas y que se han separado pocas veces.

Cuando terminamos de comer, recogemos la mesa y fregamos la cocina y los platos antes de salir de nuevo. Mi abuela se disculpa con todos y se retira a dormir y Pepa hace lo mismo. Dejándonos a Javi, a Lorena y a mí solos. Esta se lo piensa unos minutos mientras Javi saca la guitarra fuera, pero, al final, se marcha para dejarnos a solas. Lo agradecemos sin decir nada.

Llevamos tantos días hablando durante horas que ya estamos acostumbrados a que sea nuestra cita diaria. Solo somos amigos, pero hay algo especial en él que también forma parte de esta experiencia única de cuarentena que estamos viviendo.

—¿Quieres aprender un nuevo acorde? —me pregunta él.

—¡Oh! ¡La guitarra! Espera un momento —le indico antes de levantarme y correr hacia mi habitación.

La abuela tenía también una vieja guitarra comiendo polvo en su trastero que me ha dejado. Ahora Javi y yo pasamos las tardes tocando. Soy una patata frita, pero al menos ya sé tocar dos acordes.

—Bien, pues hoy vamos a aprender la, ¿sí? —me dice cuando me siento a su lado en el porche de Pepa.

—Venga.

Así, pasan las horas. Cuando me aburro de aprender, lo escucho a él. Tiene una voz preciosa y cuando toca música y me mira, siento que me derrito por dentro. Ya ni siquiera pienso en Dani, ni en ningún otro chico de Seseña. Ahora todos mis pensamientos van hacia Javi y a veces me agobio porque me gustaría hablarlo con mis amigas, pero siento que nadie va a entender lo que me está pasando aquí.

Ojalá pudiera decirle que me gusta, aunque sea solo para que lo sepa. Pero las inseguridades y los nervios me recorren y me paralizan.

Amalia

El tiempo había pasado rápido al lado de Ezequiel. Mientras miraba el río Guadiana a lo lejos y escuchaba las gaviotas, pensaba en lo felices que habían sido mis abuelos al conocerlo y darse cuenta de que por fin estaba cerca de casarme. Él les había dicho, aquella primera vez que se habían conocido, que era mi novio y así habíamos podido quedar cada día que no terminaba de trabajar a las tantas de la noche.

Los meses volaron y con ellos los años. Nos dimos nuestro primer beso en la playa, donde nadie nos veía. También exploramos nuestros cuerpos meses después en el mismo lugar. Nos conocimos como nunca había conocido a nadie y encontré en Ezequiel aquello que siempre había estado esperando sin saberlo. Él me hacía feliz, me llenaba y yo a él.

Ezequiel se fue a la mili, como tanto temía. Desde allí me mandaba unas cartas preciosas y larguísimas. Siempre me sentaba frente al río para leerlas y tras una hora las terminaba. Las leía poco a poco, saboreando cada palabra. Después pasaba días escribiendo la respuesta. La mili había sido dura, pero cuando volvió fue para no marcharse nunca más. O eso creímos.

Al volver de la mili me llevó a la playa donde tantas cosas habíamos vivido, allí se arrodilló y dijo:

—Amalia, sé que no te gustan los convencionalismos. Pero hazme feliz y dime, ¿quieres casarte conmigo?

Chillé la respuesta y nos besamos como nunca lo habíamos hecho.

Así, me casé con veinte años, Ezequiel tenía veintidós. Utilizamos los anillos de sus abuelos, que ya habían fallecido, y

recuerdo aquella boda como la más divertida del mundo.

La ceremonia tuvo lugar en la ermita de Canela, donde toda mi familia se había casado durante generaciones. La familia de Ezequiel, que tenía dinero y su capacidad económica no era remotamente parecida a la nuestra, invitó al convite que hicimos en su bar en Ayamonte.

—La novia cruzó vestida de blanco el río en barca —seguían diciendo las vecinas años después.

También anduve el muro cambiándome de zapatos y arrastré a todos los invitados a hacerlo. Quisimos que la ceremonia tuviera lugar entre Canela y Ayamonte, para rememorar las raíces de ambos.

Así, un año después de casarnos, ya vivíamos en Ayamonte. Los padres de Ezequiel nos pidieron que nos mudáramos con ellos a una casa grande que tenían en el pueblo. Aunque dije que sí, no fue fácil alejarme de Canela, del río y de mi gente a la que tan acostumbrada estaba a ver. Mi nueva casa era enorme y tenía comodidades que yo jamás había soñado, pero le faltaba ser hogar.

Era por eso por lo que cada semana iba a Canela, visitaba a mi familia y veía a Pepa, que ya se había casado y tenía dos hijos. Pepa había heredado la casa de su familia, que había fallecido. Carlos y ella no parecían estar muy bien y mi amiga ya no estaba tan feliz como al principio. Nunca quiso hablar de ello, así que dejé que se tomara el tiempo que necesitara para ser sincera conmigo.

—Damián —llamé a mi hijo que corría por el camino que bordeaba al río, demasiado cerca del agua.

Este se dio la vuelta y me miró divertido. Tenía los mismos ojos que Ezequiel y, a sus dos años y medio, ya corría por todas partes.

Di a luz en el centro médico de Ayamonte. Fui de las mujeres que ya no tenían que dar a luz en casa, y me aferré a todo lo que había escuchado de mi madre durante el parto. Pensé en ella y en mí, y en que Damián podría tener madre porque ya no había que dar a luz en casa.

—Voy, mami —dijo en respuesta mi hijo.

Había heredado el pelo oscuro y los ojos de su padre. Lo

cogí de la mano y volví con él a casa.

Al llegar, Ezequiel había vuelto del trabajo. Estaba sentado en el patio, leyendo el periódico. Me miró divertido y no pude evitar sonreírle de vuelta. Seguíamos jugando tanto como cuando nos habíamos conocido.

—Damián, ¿cómo ha ido la mañana?

—¡Bien! Mamá me ha llevado… a… ¿Cómo se llama, mamá? —me preguntó tirando de mi vestido.

—La Laguna, hemos estado en la plaza de la Laguna —le respondí mirando a Ezequiel—. ¿Cómo ha ido tu día?

Cogí a Damián y lo senté al lado de su padre para después hacer yo lo mismo.

—Bien. Estoy agotado, he puesto más desayunos que en todo el año. Se nota que empieza el verano y baja el turismo de Madrid. Quiero comer, echar la siesta y pasar un rato con Damián antes de volver esta noche —me explicó.

—Genial, porque yo he pensado ir a ver a mi familia. Volveré antes de que te marches —le expliqué.

—Vale. ¿Hay algo de comer? —preguntó. Se notaba que estaba hambriento.

—Sí, he dejado una tortilla y un salmorejo preparado. Está todo en la nevera.

Después de darnos un beso y despedirme de Damián, salí de nuestra casa y me encaminé hacia la barca que me cruzaría hacia el muro. Era extraño todo lo que había cambiado mi vida, ahora estaba casada, tenía un hijo, planes para un segundo y un tercero, y una parte de mí extrañaba la vida que tenía de joven.

Conforme cruzaba el río en la barca, seguí pensando en lo mucho que extrañaba el olor del río frente a nuestra casa, los pescadores gritando cada mañana antes de irse al trabajo despidiéndose de sus familias o el viento que azotaba con fuerza nuestro pequeño hogar cuando venía embravecido.

Era feliz, por supuesto. Amaba a Ezequiel y a Damián. Pero sentía que todo había pasado tan rápido que casi no había podido procesarlo. Mi familia estaba orgullosa de mí, tanto que ahora cada vez que visitaba a la abuela, esta solo tenía sonrisas. Entendía que estuviera contenta, yo misma era

consciente de que casándome con Ezequiel estaba solucionando mi vida. No quería verlo así, pero era una realidad.

Crucé el muro y llegué a la siguiente barca. Ya desde ahí podía divisar nuestra casa y también a la abuela, que cosía en el porche como era costumbre. Al bajarme, me crucé con Pepa, que me abrazó con fuerza.

—Ay, amiga, ¿cómo estás? ¡Te he echado tanto de menos! —le dije cuando ya la tenía entre mis brazos.

—Bien… bien… —fue su respuesta.

El tono de su voz no podía engañarme y la miré preocupada.

—Pepa, puedes contar conmigo para lo que necesites, lo sabes, ¿no? Estaré siempre aquí. No voy a escandalizarme por nada que digas —le recordé.

No hacía falta que Pepa hablara para saber qué le ocurría. Las marcas en su cuerpo lo decían todo. También la tristeza de sus ojos. Su voz sonaba a decepción. Siempre había soñado con casarse y había esperado de un marido que la amara y la tratara bien. Yo sabía que eso no era lo más común en los tiempos que vivíamos, pero mi amiga no había querido salir de su burbuja hasta que la realidad le había explotado en la cara.

Me sentí afortunada frente a ella. Ezequiel me quería de verdad, jamás me haría daño. En seguida me sentí también culpable, mi amiga Pepa no tenía culpa de lo que le estaba pasando.

—Gracias, Amalia —dijo con un hilo de voz apretando los ojos para no llorar.

—Sé que no… que no podemos divorciarnos —susurré muy bajito— pero puedes sobrevivir a esto y a más, créeme.

Pepa iba a decir algo más, pero su marido la llamó desde la lejanía y se marchó despidiéndose con pocas palabras. En esos momentos deseaba seguir viviendo a su lado para poder apoyarla.

Cuando me adentré en el porche de mi abuela, esta me abrazó con fuerza. Los años tampoco pasaban en balde por mis abuelos. Ya se veía una anciana de pelo gris y piel arrugada. Mi abuelo no salía a la mar a trabajar. Mis tíos estaban todos

casados, hasta Pepe. Y mi hermano Juan también, que fue el último soltero de la familia. Siempre pensamos que sería yo, pero en aquellos últimos seis años todo había cambiado muy rápido.

Entonces mis abuelos descansaban, vivían de lo que traíamos los hijos y de lo poco que seguía cosiendo mi abuela para la calle. Me daba pena verlos tan mayores y recordar lo feliz que había sido en esa casa con ellos cuando todavía tenían energías para criar a otra hija más.

—Ay, mi niña. Qué guapa estás, Amalia. Siéntate aquí conmigo.

Hice lo que me pidió y observé lo que estaba cosiendo. Era una chaqueta a medida. Imaginé que aún seguiría trabajando para esa familia de dinero de Ayamonte que la trataba fatal, pero que le pagaba muy bien.

—Abuela, ¿cómo vas a llevar esto a Ayamonte?

Ya no estaba en condiciones de coger la barca. Le dolían todos los huesos y había que andar todo el muro de piedra durante media hora.

—Ya… eso me preguntaba yo, pero no sé, Amalia. ¿Puedes llevarlo tú?

—Claro que sí. Pero que sea el último trabajo de Ayamonte que coges, ¿estamos? —le dije arqueando las cejas.

—Sí, hija. Ya está una mayor. Cuéntame, ¿cómo están Ezequiel y Damián? Nunca vienes con ellos —comentó con una sonrisa pícara.

Y así, pasé la tarde con mi abuela en el porche que me había visto crecer. También estuve un rato con mi abuelo. Durante aquellas horas pensé que nunca volvería a vivir bajo aquel techo, pero estaba muy equivocada. Quedaba poco para que ocurriera la peor desgracia de mi vida.

Lola

Mi teléfono empieza a sonar y me levanto de la cama, donde estoy dibujando, para alcanzarlo.

—Cariño, ¿cómo estás? —la voz de mi madre suena al otro lado de la línea.

—Oh, hola, mamá —la saludo.

—¿Cómo estás pasando las vacaciones?

Suena extraño pensar que ya estamos en Semana Santa. No tiene mucho sentido, porque nos íbamos a Marruecos y mis padres siguen en Alemania.

Mi abuela está muy feliz porque ayer me llevó a ver una procesión de su barrio. Es muy devota y algo para lo que espera todo el año es para la Semana Santa. Se nota que la Virgen del Carmen (que es la del barrio de Canela) ha estado muy presente en su vida desde que era niña. Para ella su fe pasa por sus recuerdos y por su familia. Por eso tiene varias vírgenes en la casa que pertenecían a su abuela. Me ha dicho que la Semana Santa le recuerda a su infancia y a la costumbre que tenían de ir todos juntos a ver las procesiones. Me gustó ir con ella y con Pepa, que todo el rato pedía que le describiéramos cómo estaba el ambiente en la calle.

—Bien, mamá. Estoy bien. La abuela me sigue enseñando a cocinar y ya soy capaz de tocar los primeros acordes de una canción con Javi, ¡es genial! —le cuento emocionada.

—Qué bien, me alegra escuchar que estás contenta. Tu padre y yo estamos muy sorprendidos con el cambio que has dado, Lola. Sorprendidos para bien.

En realidad, me siento mal. Estaba tan convencida de que no quería estar aquí con mi abuela que ahora me arrepiento.

Me arrepiento de no haberle dado una oportunidad antes de conocerla, de haberme negado en banda a venir sin saber qué esperar. Ahora veo que era muy inmaduro por mi parte y que mi abuela tenía mucho que enseñarme.

—Yo también estoy sorprendida para bien. La abuela Amalia es una mujer increíble. ¿Por qué nunca la visitábamos? —le pregunto sabiendo que no tendrá una respuesta fácil.

Se hace un silencio al otro lado de la línea y ella suspira. Después escucho cómo tapa el teléfono y habla algo con mi padre que no puedo entender. Al volver dice:

—Será mejor que lo hablemos en persona, cariño. Pero no te preocupes, no es nada que vaya a cambiar tu relación con la abuela. Además, me dijiste ayer que todavía te está contando su vida y que te está hablando de Ezequiel. Dale tiempo. Lo sabrás todo pronto.

Pongo los ojos en blanco antes de decir:

—Mamá, ya sé que papá no era hijo de Antonio. La abuela me ha contado que era hijo de Ezequiel. No entiendo por qué nunca me habíais dicho que mi abuelo no era Antonio.

—Porque para ti y para tu padre es Antonio. ¿Aún no te ha contado qué pasó con Ezequiel?

—No.

—Pues espera a que lo haga y lo entenderás todo.

Me conformo con esa respuesta. Cuando la abuela me habló de Ezequiel y mi padre, me quedé tan sorprendida que no supe qué decir. Después lo hablamos, esa misma noche. Entendí que faltaba un pedazo de la historia, pero que mi padre y su hermana no eran hijos del mismo hombre. Sigo teniendo curiosidad por saber más, pero sé que la abuela está cerca de llegar al final de la historia de Ezequiel. Cada día me cuenta un pedacito nuevo y son tantas historias que estoy quedándome con las más memorables, como la de Pepa. Solo de pensar que el marido de Pepa la pegaba… me hace sentir fatal. Pepa es una mujer tan buena y alegre…

—Oye, mamá, ¿qué te han parecido mis notas?

No son las mejores, pero tampoco he suspendido ninguna asignatura.

—Bien. Podrías hacerlo mejor. Está claro que lo tuyo es

Tecnología y Plástica. Creo que en bachiller lo harás incluso mejor, ya verás. Por cierto, compramos ayer el vuelo de vuelta. Volvemos en dos semanas, ya habremos acabado el proyecto para entonces. Siento que todo se haya retrasado tanto, Lola…

Durante un momento me siento triste al escuchar sus palabras. Una parte de mí quiere quedarse más tiempo en casa de la abuela Amalia. Pero en seguida me animo, también quiero ver a mis padres y los echo mucho de menos. Quién me habría dicho que querría quedarme más tiempo cuando me comunicaron que tenía que venir aquí a pasar dos semanas. Después de un mes, me siento una persona totalmente diferente.

—Oh, vaya…. Qué bien. Al menos ya tenéis fecha de vuelta.

—Sí. Tenemos muchas ganas de volver, cariño. No creo que aceptemos más proyectos en el extranjero después de esta experiencia —me explica notablemente alegre al otro lado de la línea.

Hablamos un rato más y después me siento en la mesa, alcanzando mis dibujos para terminarlos. Me pongo música de fondo, aunque no le presto demasiada atención. De pronto, veo a los mariscadores delante de mi ventana y sonrío. La primera vez que los vi, bajé a hablar corriendo con mi abuela y esta me explicó en qué consistía su trabajo. Cuando baja la marea, siempre vienen a lo que mi abuela llama «el caño», que es el brazo estrecho del río Guadiana que está frente a su calle. Ahí los veo agacharse a trabajar con redes y utensilios que no conozco.

Me entretiene verlos y ahora forma parte de la nueva televisión para mí. Ya que no tengo mi ordenador, mi máximo entretenimiento pasa por mirar por la ventana. De hecho, me motivan a sacar el dibujo de acuarelas del río y decido esbozarlos en carboncillo para añadirlos.

A cierta hora, la abuela me llama y se asoma a mi puerta.

—Lola, he pensado que podías ir a comprar un par de cosas si quieres. Nos falta ya comida y necesitamos un nuevo cargamento —me dice entre sonrisas.

—¡Genial! —exclamo.

Me gusta acercarme a la tiendecita de al lado a comprar.

Aunque la abuela no necesita que vayamos a menudo, disfruto del paseo a solas. Normalmente, cuando salgo es con ella. A Amalia le gusta dar paseos un par de veces a la semana, pero nunca hemos ido más allá del puente. Javi me ha propuesto salir alguna tarde con él y sus amigos por el pueblo, pero lo cierto es que he tenido que rechazarlo. Es mejor que no salga mucho, por lo débil que está mi abuela de salud, si yo cojo cualquier cosa… prefiero no pensarlo. Aunque me ha dado mucha pena, Javi me gusta cada vez más.

Alcanzo las bolsas de tela que tiene mi abuela para comprar y guardo el dinero que me da en los bolsillos. Cuando cruzo la puerta del porche que da a la calle respiro el aire y sonrío.

La tienda de desavío queda muy cerca, así que decido dar una vuelta en lugar de ir directa. Me gusta la sensación del aire húmedo en el rostro y cruzarme con los vecinos de mi abuela que ya he ido conociendo. Freno mis pasos frente al río y subo una foto a Instagram. Desde donde estoy, se ve Portugal y son unas vistas increíbles.

Cuando ha pasado un rato, vuelvo deshaciendo mis pasos y llego. Nada más entrar, me encuentro con unos ojos que reconozco al instante.

Javi y yo nos miramos durante unos segundos sorprendidos. Él me sonríe y yo lo hago también, sonrojándome.

—Eh…, hola —digo tímidamente.

—Lola —musita.

Nos miramos durante unos segundos que parecen eternos. El ambiente está enrarecido y se nota que estamos nerviosos. Él sujeta el carro con las manos y desvía la mirada al suelo.

—Qué casualidad, y eso qué vivimos al lado —comento todavía con timidez.

—Parece que nuestras abuelas se hayan puesto de acuerdo —conviene él.

—¡Espera! ¡Eso es! ¡Son muy listas! —digo riéndome.

Entonces él rompe a reír y volvemos a sentirnos como en el porche.

—Malditas abuelas, son más listas que el hambre. Oye, ¿cómo vas con la guitarra?

—Estoy esperando a nuestra clase de hoy. Creo que vas a

sorprenderte, ya puedo tocar los primeros acordes seguidos.

Me gustaría decirle, entre todas estas estanterías repletas de comida, que me gusta y que eso me da miedo porque en dos semanas vuelven mis padres y me marcho a Toledo.

Me gustaría hacerlo. Pero no lo hago. No lo hago porque él se adelanta anunciando:

—Me encantaría poder besarte ahora mismo, Lola, pero voy a tener que conformarme con mirarte y esperar a que tú quieras besarme.

Debería de ser el momento en el que me lanzara y le diera un beso. Pero noto las manos sudando y estoy tan nerviosa que me tropiezo con una pila de latas que hay a mi derecha y el chico que trabaja en la tienda exclama:

—¡Cuidado!

Para cuando levanto la mirada, Javi ha desaparecido por uno de los pasillos y escucho su risa a través de las estanterías de comida.

Amalia

La tela burdeos brillaba en mis manos conforme retocaba los últimos arreglos de mi nuevo vestido para las fiestas de Las Angustias. Había conseguido darle una forma más adulta que la de aquellos vestidos que solía coser con mi abuela. Esta vez se ceñiría a mi cintura y caería con vuelo hasta mis tobillos. Unas flores blancas bordadas redondeaban el cuello, y las mangas eran ligeras y anchas. Hacía tiempo que cosía sola, sin ayuda de mi abuela, e hice por primera vez un conjunto también para Damián. Iba a juego conmigo, le añadí algo de mi tela a su camisa y miré orgullosa el resultado.

Como mi función consistía en quedarme en casa con la madre de Ezequiel, me dedicaba a hacer las labores de la casa con ella y me sobraba tanto tiempo que me moría del aburrimiento. Así había vuelto a coser, por entretenimiento más que por necesidad, pues a nosotros no nos faltaba el dinero como para tener que coser nuestra propia ropa. Aun así, desde que me había mudado, me aferraba a la costura como una manera de recordar a mi abuela.

Aquel primer día de fiestas recogí la habitación de Damián, que era un desastre, y lo llevé conmigo a dar un paseo por el río como hacíamos cada mañana. Observé Portugal y me pregunté por qué zona cruzaría mi abuelo para traer el estraperlo. Ya hacía tres años que no realizaba sus viajes, los controles ocurrían cada vez más a menudo y a su edad era mejor que lo dejara. Me sentía responsable de ellos, al igual que mis hermanos y tíos, y cada mes apartábamos algo de dinero y se lo llevábamos. Era el dinero que hacía Ezequiel en el bar.

Por la tarde, me puse mi nuevo vestido y me recogí el pelo oscuro en un moño bajo. Mi suegra no iba a ir a las fiestas y había insistido en quedarse con Damián, pero decidí que viniera conmigo. Quería pasar una noche en familia, Damián no veía tanto a su padre porque este se pasaba los días trabajando para poder sustentar a la familia. El bar era un trabajo duro, ocupaba la mayor parte de sus horas y volvía a casa tan tarde que generalmente ya estábamos dormidos. A veces lo esperaba leyendo, pero otras el sueño me llevaba demasiado rápido.

Como Ezequiel iba a estar trabajando hasta bien entrada la noche, habíamos quedado en vernos en la verbena del Paseo de la Ribera. Aun así, lo vería a lo lejos, tenían el bar al lado de esa plaza. Aunque Ezequiel debería trabajar hasta la madrugada, le había pedido a su padre parte de la noche libre para estar con nosotros.

—¡Va! —exclamó mi suegra mientras se encaminaba a la puerta de entrada de la casa.

Debía de ser mi hermano Juan con su mujer Marta, pasaban a buscarnos para ir juntos a la verbena. Al final Juan se había casado con la chica del campo de Canela de la que llevaba años siendo amigo. Marta era diez años más joven que él, y mi hermano había tenido que esperar un tiempo para que esta fuera mayor.

—Damián, vamos —lo llamé observando cómo se intentaba poner los zapatos sentado en la cama.

Tras ayudarlo, alcancé mi bolso y nos dirigimos hacia la puerta donde nos esperaban mi hermano y su mujer. Marta era una de las mujeres más guapas que había visto en mi vida, tenía un pelo oscuro tan brillante como la crin de un caballo y unos ojos verdes enormes. También era muy joven al lado de mi hermano, que se veía un hombre fornido y que ya se estaba quedando calvo a sus veintiocho años. Parecían muy felices y Marta se había mudado a Canela con él, aunque Juan seguía trabajando en la finca de su familia cada día.

—¿Dónde está mi sobrino favorito? —preguntó Juan con una sonrisa echando las manos hacia delante.

Mi hijo corrió hacia él y se enganchó a su torso con las

piernas. Marta y yo rompimos a reír y nos dimos un abrazo para saludarnos. Hacía más de un mes que no los veía. Cuando yo iba a visitar a mis abuelos, ellos solían estar en el campo. Marta marchaba cada día con Juan temprano para ayudar en el campo de su familia también. Normalmente cuidaba de sus sobrinos y mantenía la casa y la comida preparada con su madre y sus hermanas mayores.

—Esta verbena va a ser increíble, han traído un grupo que por lo visto es el mejor de la zona —me explicó Juan conforme bajábamos la calle que daba al centro de Ayamonte.

—Además, Ezequiel estará por ahí, ¿no? —me preguntó Marta, que llevaba a Damián de la mano mientras este intentaba andar dando saltos casi a trompicones.

—Sí. Su bar es uno de los que pone terraza así que estará trabajando una parte de la noche y la otra vendrá con nosotros —contesté con una sonrisa.

—Pequeñín, acostúmbrate a las fiestas en familia —le dijo Juan a mi hijo sonriendo.

—Y vosotros, ¿qué? ¿Para cuándo uno? —les pregunté arqueando las cejas.

—Marta, te juro que jamás pensé que mi hermana Amalia hablaría así. Cuando era más joven defendía a muerte que no quería ser como las demás mujeres. Mírate ahora, preguntándome cuándo voy a ser padre —fue su respuesta con una voz dulce y alegre. Me pasó una mano por el pelo y yo le respondí con una mueca.

Juan tenía razón. Yo había cambiado. Ya no me interesaba lo mismo que antes. Desde que había nacido Damián, mis prioridades no eran las mismas. Ahora entendía la responsabilidad de tener una familia y la importancia de aquello que me había enseñado mi abuela. No había abandonado mi idea utópica de ser médica, pero sabía que no podría serlo en la vida que me había tocado vivir.

—Da igual lo que diga, Amalia. Yo quiero ser madre, y pronto. Planeo tener muchos hijos y Juan ya está tardando en dar el paso. Es como si le tuviera miedo, ¿sabes?

—¿En serio? —le pregunté a mi hermano.

—No… no es que le tenga miedo. Es que es una decisión

muy importante, yo ya estoy cerca de los treinta y eso de muchos, muchos, muchos… No lo tengo claro. Es solo que cuantos más hijos, más bocas que alimentar, y no está la cosa como para eso tampoco. Somos gente humilde, Marta. No somos como Amalia, que ha subido de estatus.

—¡Eh! —exclamé dándole un manotazo en el hombro—. No digas eso de mí. Yo no he subido de estatus.

—A ver, tu marido lleva un bar con su padre. Vivís en una casa en Ayamonte con electricidad y agua corriente. Tu habitación es más grande que el salón de los abuelos. Que no pasa nada, te enamoraste de Ezequiel y tuviste la suerte de que tuviera más dinero que tú. Ya está —me contestó él intentando disculparse por cómo había pronunciado sus últimas palabras.

Aun así, me quedé dolida. Era cierto que ya no tenía el mismo nivel de vida que antes, pero no quería que la gente pensara que me había casado con Ezequiel por eso. Aunque era algo normal y común que las mujeres se casaran con ciertos hombres por su dinero. Pero en mi caso no había sido así, amaba a Ezequiel y me hubiera dado igual de dónde proviniera.

Al llegar a la verbena, dejé que Damián jugara con los hijos de algunos de nuestros hermanos y tíos. Casi todos estaban ahí con sus familias, y desde que Damián había empezado a andar lo dejábamos con sus primos. Él se lo pasaba genial, y al volver de estar con la familia siempre quería repetir de nuevo.

Con un ojo en Damián y viendo a Ezequiel trabajar a lo lejos, salí a bailar con mis hermanos. El Paseo de la Ribera estaba adornado con farolillos de colores y se notaba que era la fiesta más popular del pueblo, porque acudía mucha más gente que al resto de verbenas. Para muchos de nosotros, era una de las noches más especiales del año. El ambiente era festivo y se respiraba alegría.

Muchos echaban un par de bailes y se marchaban a los bares. Se sentaban en una terraza y bebían y cenaban viendo a sus hijos bailar. A mí no me gustaba abandonar la plaza porque me encantaba bailar y deleitaba mis oídos con la música en directo que había. Solo ocurría unas veces al año y daba igual cuanto tiempo pasara porque cada vez que venía

me iba con más ganas de volver.

Mi tío Pepe estaba feliz con Dolores. Tras muchos años, se había vuelto a casar y era la comidilla de mis abuelos. Siempre que iba a verlos hablaban de Dolores. Era viuda y eso no estaba bien visto en nuestra época. Una mujer que se había quedado viuda tan joven con dos hijos tenía pocas posibilidades de sobrevivir. Normalmente se casaban con hombres tan desesperados por encontrar esposa que les daba igual criar los hijos de otro. Pero Pepe no era así, era un hombre de corazón. Se habían casado porque de verdad se querían y no le importaba que fuera viuda ni que tuviera hijos. Mi tío Pepe tampoco era el mejor partido que podía encontrar esa mujer, porque no tenía una economía envidiable. Parecía que entre ambos había mucho más que un interés económico.

—¡Hola! —los saludé con una sonrisa.

—¡Amalia! —exclamó Pepe—. ¿Y mi campeón?

—Por ahí anda, con los primos. Ya sabes lo que les gusta a los niños una verbena. Con tres años y medio tiene espíritu de bailarín, como su madre.

—¡Dolores! —la saludé con una sonrisa.

—Hola, Amalia —me dijo también sonriente—. Creo que Damián esta con mi hijo pequeño, mira —los señaló a lo lejos.

Entonces ubiqué al otro chico algo mayor que Damián que llevaba un rato jugando con todos los primos. Sonreí de vuelta y, tras charlar un rato, me marché para seguir bailando.

Busqué a Ezequiel en su terraza, pero tras unos minutos observando fijamente no lo encontré por ninguna parte. No pude evitar sentirme feliz, seguramente había terminado de trabajar y se estaba preparando para venir a la verbena.

Fui en busca de Damián y lo cogí en brazos. Mientras esperaba haciendo tiempo, bailé con él todavía en mis brazos y lo escuché reírse cuando dábamos vueltas sobre nosotros. Tras un rato me cansé y lo dejé en el suelo. Seguí bailando con él cogiéndolo de la mano.

Empecé a preocuparme, Ezequiel aún no había salido del bar y seguía sin verle por ninguna parte. Por eso, todavía teniendo a Damián cogido de la mano, anduve hacia la terraza. Estaba llenísima de gente, pero ningún camarero parecía haber

salido desde hacía un buen rato.

Me adentré y reconocí la decoración de las paredes. Había estado tantas veces en ese bar que jamás podría olvidar los cucharones de cobre y las botellas de licores que colgaban a nuestro alrededor. En la barra tampoco vi a nadie y empecé a sentirme extraña. Algo iba mal, no era normal que estando el bar hasta arriba de gente nadie estuviera a la vista. Ni Ezequiel, ni sus dos hermanos, ni su padre.

—Disculpe, ¿ha visto a alguno de los camareros? —le pregunté a una mujer que estaba cenando con su marido en una de las mesas que había dentro.

—No, pero todos están quejándose de que no los atienden. Si necesita algo, será mejor que espere, hay una buena cola —dijo mirando hacia la entrada del bar por la que había pasado con Damián. Me fijé en que muchos de los comensales miraban hacia la barra esperando a que alguien saliera.

Decidí que tenía que pasar dentro de la barra y cruzar la puerta que daba a los almacenes. Debían de estar ahí. Así que me agaché, atrayendo a Damián hacia mí para que me siguiera, y, bajo la mirada sorprendida de los clientes del bar, crucé la puerta que comunicaba la barra con los almacenes.

Escuché unas voces a lo lejos y grité:

—¡Ezequiel! ¡¡Ezequiel!!

Entonces las voces cesaron y vi cómo dos sombras se acercaban a nosotros. Alguien encendió la luz y me encontré con uno de sus hermanos. Me miraba pálido y terriblemente asustado.

—Amalia —balbució.

Lo supe. En ese momento lo supe. No necesitaba escucharlo.

—Dios mío, Abel, dime que todo está bien —apreté a Damián contra mí, lo llevaba en brazos.

—Lo siento —fue su respuesta.

El corazón empezó a latirme tan rápido que tuve miedo de que se me saliera por la boca. Las manos me sudaban, el cuerpo me temblaba. No quería saberlo. No quería escucharlo. Aquella debía ser una gran noche, nuestra verbena en familia.

—¿Dónde está Ezequiel? —le pregunté sintiendo cómo se me rompía la voz.

—Mi padre lo ha llevado al centro médico.

Dejé a Damián en el suelo y me acerqué a Abel. Inconscientemente, lo zarandeé mientras gritaba:

—¡¿Qué ha pasado?! ¿Qué le pasa? ¡Dime algo! —Las lágrimas ya recorrían mi rostro sin control.

—Lleva unos días enfermo y…

Llevaba unos días con fiebre y dolor de cabeza. Pero era un resfriado o una gripe. Cualquier cosa normal. Por eso había seguido trabajando. Por eso íbamos a la verbena esta noche.

—No. No. No… —balbucí soltándolo y abrazándome el cuerpo todavía llorando.

—Lo siento, Amalia, de verdad. Ha estado escupiendo sangre y se ha desmayado esta noche.

—Tuberculosis —susurré dejándome caer en el suelo con un llanto que resonó en aquellas cuatro paredes como si alguien hubiera muerto.

Y es que sabía que Ezequiel no sobreviviría.

Lola

—Abuela… lo siento mucho —le digo conmocionada por la historia que acaba de contarme.

Aprieto los ojos para que las lágrimas no caigan. Aun así, se me escapa alguna y ella me mira consternada. Es evidente que no es un tema agradable para ella tampoco. No ha derramado ni una sola lágrima ni le ha temblado la voz conforme me lo contaba. Se ha mantenido de hierro, agarrándose a veces a la parte baja de su silla y bajando la mirada para esconder el dolor que todavía lleva dentro.

—Yo también, niña, yo también.

—¿Ya no lloras?

—Ay, Lola, lloré tanto cuando lo perdí que ya no me quedan lágrimas. He tenido una vida entera para aprender a vivir sin él. Los siete años que estuve a su lado fueron lo más bonito que me ha pasado —me explica con una sonrisa melancólica.

Me recuesto sobre el sofá para estar cómoda y la miro con curiosidad. Mi abuela ha vivido cosas a las que poca gente podría sobrevivir, y aún tiene más historia que contarme. La admiro más de lo que he admirado a nadie. Cuando llegué a su casa no podía ni imaginarme lo que escondían sus ojos dulces. Ahora lo sé.

—Entonces, Ezequiel es mi abuelo.

—Sé que tus padres no te lo han contado y lo entiendo porque tu padre ni siquiera recuerda a Ezequiel. Él creyó muchos años que Antonio era su padre. Me imagino que nunca han tenido tiempo de explicártelo y me alegra ser yo la que te cuente mi historia. Ezequiel es tu abuelo de sangre, pero el que siempre pensó en ti y el que te conoció fue Antonio. Podríamos

decir que tienes tres abuelos, uno por tu madre y dos por tu padre —es su respuesta.

Sus palabras me consuelan. En realidad, tiene razón. No recuerdo a Antonio, porque murió dos años después de que yo naciera, pero, al fin y al cabo, él sí me conoció a mí y es el abuelo del que he escuchado hablar toda mi vida.

—Entonces…, ¿mi tía?

La hermana de mi padre sí que viene a vernos muy a menudo a Seseña porque vive en Cuenca. Nosotros también hemos ido en numerosas ocasiones a su casa y tengo muy buena relación con mis dos primos. Ambos son mayores que yo, pero, aun así, cuando nos vemos parece que seguimos siendo niños.

—Tu tía… ay, niña. Ya llegaremos a esa parte de la historia. No te preocupes. Ahora voy a hacer algunas labores de la casa y te recomiendo que tú también aproveches el tiempo —me dice con una sonrisa antes de levantarse del sofá y marcharse.

Mis padres vuelven en una semana, si no hay cambios, y todavía quiero escuchar el desenlace de la historia. Es por eso por lo que, a veces, como hoy, consigo que la abuela me cuente una parte por la mañana y otra por la noche mientras cenamos. Así, para cuando me tenga que marchar, puedo llevarme el puzle de su vida completo.

Voy a mi habitación y desconecto mi móvil, que estaba cargando. Tengo varios mensajes de mis amigos en el chat del grupo. Ahora que hemos vuelto a clase, hablamos de cosas más importantes. Han mandado los resultados de una prueba que hicimos de Inglés y veo que he aprobado por los pelos. Eso me da un chute de energía y marco el teléfono de Laura. Descuelga a los pocos segundos.

—¡Tía, he aprobado! —le grito.

—Ya… me alegro —su voz suena cortante y distinta a como estoy acostumbrada.

—¿Te pasa algo?

—Es solo que ya casi no hablamos. La última vez que me cogiste el teléfono fue hace cinco días y ahora solo me llamas por el tema de la nota. No sé, ¿qué te pasa?

—No me pasa nada —respondo con voz queda.

En realidad, es mentira, sí que me pasa. Estoy molesta con ella y con algunas de mis amigas. Estoy molesta porque he compartido las cosas que me iba contando mi abuela y prácticamente se han reído de ella.

Además, siento que ya no conecto con ellas como antes. Desde que estoy aquí he empezado a desarrollar otros intereses. Incluso he estado pensando en escribir un libro sobre la historia de la vida de mi abuela.

—Nena, yo voy a estar aquí para lo que necesites.

—Mira, Laura, es que me molesta que no os toméis en serio el tema de mi abuela. Para mí está siendo todo un descubrimiento, y de verdad que estoy disfrutando del tiempo que estamos pasando juntas.

Se hace un silencio al otro lado de la línea hasta que responde:

—Tienes razón. Lo siento. Al principio pensé que era una broma porque cuando te fuiste estabas enfadada y triste. Lo siento y me gustaría que me contaras más cosas de su vida.

Al final, acabo sintiéndome mejor y agradezco sus palabras. Le cuento todo lo nuevo que sé sobre mi abuela, la historia de Ezequiel y Damián, y ella me escucha con interés. Cuando cortamos la llamada me siento mucho mejor conmigo misma y con ella. Quizá me he enfadado demasiado, estoy muy sensible por todo lo que voy escuchando de la vida de mi abuela y siento que tengo el deber de protegerla y defenderla.

También he aprovechado y le he contado todo lo nuevo que ha pasado con Javi. Parece que es lo que más interés le suscita a mi amiga. Desde que me dijo que le gustaría besarme, hemos seguido quedando cada día y he descubierto que nada ha cambiado entre nosotros. Ahora que es obvio que a mí también me gusta él, hablamos de más cosas que no tienen solo que ver con la música.

Por eso, cuando mi abuela y yo terminamos de comer y me cercioro de que se ha ido a dormir, voy a mi cuarto y me arreglo un poco. Hoy me he puesto unos vaqueros oscuros y un jersey amarillo mostaza. Siempre que visto con vaqueros mis ojos azules se ven más intensos, y decido recogerme el pelo como hacía mi abuela de joven.

Conforme me dirijo al porche, escucho la voz de Javi y su guitarra tocando una canción de Bob Dylan. He descubierto mucha música gracias a nuestras citas de cada tarde. Lo veo sentado en su silla de siempre y está más atractivo que nunca. Se ha puesto un elástico en el pelo y ahora que le ha crecido está guapísimo. Javi siempre está en chándal, dice que no se arregla para estar en casa. Suelo verlo con otra ropa por la ventana cuando se marcha al instituto.

Al notar sus ojos sobre mí, muevo más la cintura mientras me acerco a mi silla y me coloco frente a él. Me sonríe y deseo poder besar sus labios. Pero es raro, sobre todo porque nuestras abuelas pueden aparecer en cualquier momento. No sería mi primer beso, pero quizá sí al que más ganas le tengo.

Escucho la música que sale de él y observo el río al otro lado de la calle. Las vistas desde la casa de mi abuela son increíbles y ahora que conozco la historia de estas paredes me siento incluso más acogida. Es bonito descubrir tus raíces.

—¿Cómo estás, Lola? —me pregunta Javi dejando la guitarra a un lado.

—Algo triste, la verdad. Me marcho en una semana y no quiero —confieso con un hilo de voz.

—Yo tampoco quiero. ¿Con quién voy a tener las peores conversaciones del mundo? ¿Qué guitarra desafinada voy a escuchar cada tarde? —me dice sonriendo.

—¡Eh! —exclamo y le tiro el cojín que hay en mi silla.

—No, ahora en serio. Se marcha mi nueva mejor amiga y además muy lejos. ¿Cómo voy a sobrevivir sin ella?

—Ya… yo dejo al chico que me gusta aquí plantado —respondo.

—Cuando se acabe el curso, pienso ir a Seseña a buscarte si hace falta. Tengo que conocer a tu amiga Laura, siempre hablas de ella. E ir al parque ese donde siempre quedáis —me dice arqueando las cejas.

Me río en respuesta y añado:

—Yo tengo que hacer turismo en Ayamonte y coger el barco para Portugal. Lo sé. Volveré este verano, Javi. No quiero romper los lazos que tengo con mi abuela, ya lo sabes. Voy a echaros de menos.

—Bueno, basta de lloriqueos. Cuéntame algo nuevo.

Y así empezamos a hablar como cada día. Yo le hablo sobre el bebé que perdió mi madre después de tenerme a mí y de cómo el destino no quiso que tuviera un hermano pequeño, que es lo que siempre había deseado. Javi me habla de su otra familia que vive en el País Vasco, su padre es de ahí. No suele viajar tan lejos porque como sus padres son médicos, normalmente en las vacaciones prefieren descansar. Pero me cuenta que el verano anterior se fue solo a Bilbao y pasó un mes con sus abuelos. Me recuerda un poco a mi historia con mi abuela y me hace sonreír.

Para cuando nuestras abuelas se despiertan, estamos ambos con la guitarra. Yo sigo aprendiendo a tocar con él y parece que él no pierde la paciencia conmigo. Ya soy capaz de cantar las primeras líneas de una canción acompañándola con la guitarra y eso es más de lo que jamás habría imaginado.

—Qué par de dos, Pepa. Yo creo que si tú y yo hubiéramos sido un chico y una chica habríamos acabado siendo novios —le dice mi abuela cuando ya están sentadas con nosotros.

Yo dejo la guitarra un segundo y la fulmino con la mirada. Ella me responde rompiendo a reír.

Amalia

Los primeros meses tuvimos esperanza. La penicilina ya estaba en funcionamiento y se moría muchísima menos gente que antes. Pero hacía pocos años que teníamos ese recurso y, aun así, no era fácil que sobrevivieran todos los afectados por un brote de tuberculosis. Yo me aferré a la esperanza y dejé que Ezequiel lo hiciera también. Damián era tan pequeño que no era consciente de la gravedad de lo que ocurría a su alrededor.

Tuvimos que dividir la casa. Entonces los centros médicos no podían aislar a los pacientes y aunque los brotes de tuberculosis eran menos frecuentes, todavía se llevaban a mucha gente. Fuimos afortunados, la tuberculosis solo se llevó a Ezequiel y dejó enfermo a su hermano, que pudo recuperarse. Con gran dolor y pena, dediqué los últimos meses de vida de Ezequiel a verlo en la distancia y cuidar de él sin tocarlo. No pude darle un beso, ni un abrazo. No pudimos despedirnos. Pero me mantuve fuerte, porque eso me habían enseñado mis abuelos. Cada día iba a la puerta de la que antes era nuestra habitación, recogía sus deposiciones y los restos de comida y me los llevaba. Traía paños limpios, sábanas, cada desayuno, almuerzo y cena. A veces a Damián, que hablaba con su padre desde el marco de la puerta y este intentaba fingir que todo estaba bien y solo era un duro catarro.

Los últimos días fueron los peores. Su habitación olía a podredumbre, a muerte. Los cubos también venían cargados de sangre y los paños iban directamente a la basura. Cuando cerró los ojos y se dejó dormir antes de morir, lloré apoyada en el marco de la puerta, golpeé los muebles y chillé con todas mis fuerzas. Pero Ezequiel no volvió a abrir los ojos. Me dejé caer

frente a su puerta, con la espalda contra la cómoda y enterré la cabeza entre las manos mientras un sollozo intenso se hacía con toda nuestra casa.

En la misa no pude pronunciar palabra. Damián, sentado en mi regazo, abrazaba mi cuerpo sin entender qué estaba pasando. La madre de Ezequiel, herida de tanta pena como yo, no pudo reprimir el llanto durante toda la ceremonia. Mi familia, a mi lado, me abrazaba y mi abuela me prometía que todo saldría bien.

Vestida de negro y desterrada a un luto que duraría cinco años, hice mis maletas y las de Damián y me marché del que había sido nuestro hogar. Los padres de Ezequiel insistieron en que me quedara, pero supe que debía irme. No podría sobrevivir en aquel hogar donde todavía olía a él, y debía labrarme una vida para mí y para mi hijo.

Así, me convertí de un día para otro en una mujer de veinticuatro años viuda con un hijo. Una carga para la familia de Ezequiel y que difícilmente podría sobrevivir cuando sus progenitores no estuvieran. Condenada a la pobreza y a la miseria. En las dos barcas rompí a llorar, y cruzando el muro tuve que pararme y respirar en repetidas ocasiones.

Mis abuelos me recibieron con los brazos abiertos, me prometieron que todo saldría bien. Era joven, guapa e inteligente, volvería a casarme. Pero yo entonces no quería casarme, solo quería recuperar lo que había perdido. Cuando miraba a mi hijo, solo veía la sombra de su padre, y cada mañana que lo llevaba al colegio, volvía arrastrando los pies pidiendo a Dios que me lo devolviera.

Así pasaron tres años. La pena nunca desapareció, pero fue escondiéndose cada vez más hondo en mi interior. Volví a la rutina que solía tener antes de casarme. Ayudaba a mi abuela, a mis hermanos y veía a las mujeres casarse y empezar una nueva vida. Adquirí una nueva tarea y heredé el empleo de mi abuela, fui la nueva costurera de Canela y empecé a trabajar para las familias adineradas de Ayamonte.

Un día, Pepa vino a verme. Hacía meses que no salía de su casa. Yo sabía bien por qué y no quería presionarla. Su cara estaba impoluta y se sentó a mi lado en el porche. Sus manos

cogieron las mías y me preguntó:

—¿Cómo estás?

Yo la miré sin lágrimas. Ya no me quedaban más. Ahora solo había un vacío en mis ojos que jamás había sentido.

—Soy una mujer viuda con un hijo. Tengo veintisiete años. No podré rehacer mi vida. Jamás querré a un hombre como quise a Ezequiel. Estoy mal, pero podré sobrevivir —fue mi respuesta mientras volvía a dirigir la mirada a las sábanas que estaba bordando.

—No tienes que casarte por amor, Amalia. Hazlo por tu hijo. Míralo, ya tiene siete años —me dijo señalando al río donde se estaba bañando con sus amigos— y no tiene padre. Hazlo para que tenga un futuro.

Sabía que sus palabras estaban cargadas de verdad, que tarde o temprano tendría que dar el paso y casarme, aunque solo fuera por necesidad. Pero en ese momento dudaba de que alguien quisiera casarse conmigo. Ya no era una joven lozana cuya mano se rifaba en las verbenas. Ya no podía ser una rebelde que quisiera ser médica. Ya ni siquiera podía volver a amar porque Ezequiel se había llevado mi corazón a la tumba.

—No estoy preparada. Nadie querrá casarse conmigo —respondí únicamente.

—Amalia, ¿tú te has visto? Eres la mujer más guapa de Canela, si no de Ayamonte. Mira a Dolores, tiene dos hijos y es mayor que tú. Se ha casado con Pepe. Tú también puedes hacerlo.

Pero en mi mente la inseguridad era más fuerte que el deseo de rehacer mi vida. Porque, en realidad, no lo deseaba en absoluto. No quería estar con ningún otro hombre, solo que Ezequiel volviera.

Y así pasé otro año más sin cambiar de opinión. No quise conocer a ningún hombre, me negué a ir a fiestas y verbenas y me convertí en una mujer huraña a la que ni su propio hijo soportaba. Pero el dolor era lacerante, aunque no lo mostrara y lo hubiera desterrado al fondo de mi mente. Me castigué a mí misma sin saber hacia dónde ir. Mi abuela empezó a pensar que perdería a otra hija, hasta que un día Damián se cayó al río jugando y casi se ahogó.

Ese día desperté. Desperté porque un mariscador consiguió sacarlo a tiempo y lo devolvió mojado y tiritando a mis brazos. Desperté porque estuve a punto de probar el sabor de la muerte de nuevo en mis labios. Ahí fue cuando de verdad me di cuenta de que Pepa tenía razón cuando decía que debía casarme por Damián, para darle una vida mejor.

Así que volví a arreglarme. Empecé a quitarme el luto poco a poco. Saqué fuerzas de donde no las tenía para volver a las verbenas y a las fiestas del campo de Canela. Me quedaba hablando con otras madres en la puerta del colegio, compartía mi historia, que ya todos conocían, y dejaba claro que estaba preparada para casarme de nuevo.

No tardó en llegar una respuesta. Fue mi abuelo el que se sentó a mi lado en el porche mientras cosía y dijo:

—Amalia, mi hija Amalia, te has convertido en una mujer hermosa. Pero todo lo que has vivido ha dejado mella en ti y siento que nunca volverás a ser la misma.

—Lo sé, abuelo, tranquilo. Todo lo que vivimos nos hace aprender —fue mi respuesta.

—Tengo algo que decirte.

Yo ya sabía lo que iba a ser, podía imaginármelo por lo que escuchaba en el barrio. Solo de ver el brillo en sus ojos también lo supe. Apreté la tela con los dedos y respiré con fuerza. Había llegado el momento de dar el paso y no debía tener miedo. Lo hacía por Damián, yo ya había tenido mis pocos años con Ezequiel para ser feliz y ahora estaba dispuesta a pasar el resto de mi vida fingiendo serlo, aferrándome a su recuerdo.

—¿Quién es, abuelo? —fue mi respuesta.

Dejé lo que estaba cosiendo a un lado y lo miré a los ojos. Teníamos el mismo azul del color del mar en primavera.

—Antonio Álvarez. Vecino del barrio de Canela. Se quedó viudo hace dos años y tiene una hija que debe de ser dos años menor que Damián. Necesita una mujer que cuide de la casa y de su hija. Es un hombre humilde, pero trabaja en Ayamonte como zapatero y podría daros una buena vida —me explicó.

Asentí con la cabeza y apreté los ojos para no llorar. Jamás pensé que me vería en una situación como esa, manteniendo

ese tipo de conversación, preparada para casarme con un hombre al que no conocía.

—¿Qué edad tiene?

—Casi cuarenta. Pero es un hombre bueno, Amalia. Es agradable y siempre se ha portado bien con las mujeres. Creemos… creemos que puede cuidar de ti cuando no estemos —me explicó el abuelo.

No quedaría mucho para eso. Mis abuelos estaban cerca de la muerte, eran tan mayores que a todos nos sorprendía que siguieran vivos.

—Creo que lo he visto alguna vez —fue mi respuesta.

Claro que sabía quién era. De sobra. Lo conocía desde que era niña, tanto a él como a su difunta mujer. Ambos eran personas amables y educadas. En Canela todos nos conocíamos. Hasta los había visto en las verbenas del pueblo. Antonio no era un hombre muy atractivo, más bien lo contrario; bajito y rechoncho. Pero tenía siempre una sonrisa en el rostro y eso quizá era lo más parecido a lo que podía querer de un marido.

—Él quiere conocerte, Amalia. Ha venido expresamente a hablar conmigo esta mañana cuando estabas con tu abuela comprando.

—Pues entonces vamos a quedar con él, abuelo. Yo también quiero conocerlo.

Lola

Siento un dolor en el pecho que no esperaba tener al marcharme de Canela y de la casa de mi abuela. Estoy sentada en el suelo haciendo mi maleta y lo único que deseo es poder quedarme unas semanas más. Conforme doblo mi ropa y la guardo, pienso en todo lo que hemos vivido juntas en este extraño mes y pico. Una parte de mí quiere volver a una rutina conocida, pero otra ya no reconoce la que solía tener. Ahora, el instituto y los problemas de mis amigos ya no me parecen tan interesantes como antes.

Lo que me gustaría sería poder volver a mi vida, teniendo a mi abuela en el mismo pueblo y así visitarla cada fin de semana. También a Javi, porque lo cierto es que nunca me ha gustado un chico tanto como él. Es la primera vez que conozco tan bien a la persona que me gusta. Es un romance idílico sin final. Sencillamente no lo hay. Tengo que volver a casa y Javi se queda aquí.

Cuando termino de hacer la maleta, observo la habitación que ahora se ve vacía y sin alma. Cojo el cuaderno de recetas que he ido rellenando con la abuela y sonrío. No quiero dejar atrás todo lo que estoy aprendiendo. Lo aprieto contra mi pecho y me prometo a mí misma que volveré en verano y lo traeré conmigo.

Hace unos días que terminé el dibujo del río, lo alcanzo para dárselo a mi abuela.

Mi teléfono empieza a sonar y veo que es mi padre.

—¡Lola! Mañana nos vemos. Deberíamos llegar a casa de tu abuela para la hora de cenar. No queremos que tu abuela tenga mucho lío, así que cenamos, nos vamos a un hotel y salimos

por la mañana temprano.

—Yo no quiero dormir en el hotel —es lo único que contesto.

Es la verdad, prefiero pasar la última noche con mi abuela y volver con ellos al día siguiente. Además, cuento con hoy para despedirme de ella. No quiero que me quiten eso.

—Pero es lo más fácil, dormimos los tres y salimos por la mañana.

—Me da igual lo que sea más fácil, quiero despedirme de mi abuela. No sé cuándo volveré a verla —mi voz suena molesta.

—Cariño, no sé qué te ha ocurrido, pero estoy contento de ver que has pasado un buen tiempo con tu abuela. Tanto tu madre como yo estamos muy orgullosos del cambio que vemos en ti. No pasa nada, puedes dormir ahí con la abuela y te recogemos a la mañana siguiente. Pero nos vemos mañana para cenar todos juntos, ¿te parece?

—Sí —respondo con voz queda.

—Te dejo, vamos a hacer las maletas y a recoger unos papeles para poder volar.

Tras despedirnos, me cuelga y me quedo de nuevo observando la habitación vacía. Ya es una realidad, me toca volver a casa. Siento que la relación con mi abuela acaba de empezar, que no es el momento de irme, pero todo lo que ha pasado ha sido impredecible: desde mi llegada aquí, pasando por tener que quedarme sin previo aviso, hasta marcharme cuando no deseo hacerlo.

Al rato, mi abuela me llama para que vaya a preparar la comida con ella y alcanzo mi libreta para poder anotar una nueva receta y el dibujo del río que he hecho. La encuentro pelando tomates, con su delantal puesto. Las únicas veces en las que se recoge el pelo es cuando cocinamos, y sonrío al ver su moño alto. Le queda genial ese peinado, pero ella dice que es más cómodo llevarlo suelto. No conozco muchas mujeres de su edad que lo tengan tan largo, y me fascina ver lo bonito que es su pelo gris cuando se mueve con el aire.

—Abuela, quería darte un dibujo que he hecho. Para que te acuerdes de mí todos los días —digo mientras le tiendo la lámina de acuarelas.

—Oh, Lola, es precioso. Muéstramelo mejor, que tengo las manos manchadas —me pide.

Noto cómo se le llenan los ojos de lágrimas y me emociono yo también. Dejo la lámina sobre la mesa del salón y la abrazo.

—Es el río y los mariscadores —tercio cuando me separo de ella.

—Lo colgaré en el salón. Es precioso —dice antes de tenderme el delantal.

Me lo pongo todavía observando cómo mi abuela desahoga las lágrimas de emoción que tenía y después me sitúo a su lado.

—¿Qué hacemos hoy? —le pregunto recogiéndome el pelo.

—He pensado enseñarte a hacer tortillas de camarones y gazpacho. ¿Te apetece?

—No sé qué son las tortillas de camarones —respondo.

—Pues así las pruebas. Son una delicia. Ya verás.

Voy tomando nota de cada cosa que hacemos. Cocinar con la abuela Amalia es muy divertido porque siempre tiene alguna anécdota que contar de los platos que preparamos. Me dice que casi todas las recetas eran de su abuela y de la madre de Ezequiel. Me gusta saber que el legado de mi abuelo sigue vivo, aunque sea en sus platos. Es bonito saber de dónde proviene cada comida que prepara y en qué ocasiones especiales las cocinó.

La tortilla de camarones es lo más difícil que hemos hecho esta semana, no porque sea especialmente laborioso, sino porque mi abuela insiste en que darle el punto de sabor es complicado y hay que saber hacerlo. Al probarlas recién hechas se me hace la boca agua con el sabor tan intenso que tienen. Me encantan y decido que deben ser de las primeras cosas que les prepare a mis padres.

Al sentarnos a comer, con el gazpacho también, miro a mi abuela unos segundos en silencio antes de decir:

—Oh, abuela. Mañana es nuestro último día cocinando juntas.

—¿Último día? ¿Tan pronto crees que voy a morir? —contesta irónicamente.

—¡No! Solo que es nuestro último día ahora juntas —no

puedo evitar reírme con su respuesta.

—Lo sé, niña.

No encuentro ni un resquicio de pena en su voz y eso me hace sentir mal. Quizás mi abuela tiene ganas de pasar un tiempo sola, ha estado tantos años así que puede que mi presencia sea disruptiva en su vida. A fin de cuentas, también soy una carga y una responsabilidad, y creo que ella ya no está acostumbrada a eso.

Creo que me lee la decepción en el rostro y añade rápidamente:

—Pero no quiero que te marches, Lola. Es para mí todo un privilegio poder pasar tiempo contigo y quiero que lo sepas. Voy a echarte muchísimo de menos. ¿A quién voy a contarle mi vida que me preste tanta atención como tú? Tu compañía ha sido un regalo. No soy una mujer de palabras cariñosas, sin embargo, no dejaría que te marcharas sin saberlo.

Sus palabras me emocionan y no puedo evitar levantarme y abrazarla. Ella me acoge en sus brazos riéndose y cuando me aparto y vuelvo a mi sitio, respondo:

—Estar aquí ha cambiado lo que pensaba de muchas cosas, abuela, no sabes todo lo que he aprendido contigo y lo mucho que voy a echar de menos tu presencia. Creo que me has hecho una mujer.

Ella se ríe.

—Ay, Lola. El concepto de mujer ha cambiado mucho con los años. Ser una mujer ya no significa aprender a cocinar y mantener una casa, por suerte. Creo que te has hecho una mujer porque has aprendido a valorar cosas que antes no valorabas.

—¿Cómo qué? —pregunto confusa.

—Cuando llegaste aquí veías la vida pasar sin participar en ella. Hace tiempo que ya no haces eso. No querías estar en Canela y decías que solo querías volver a tu vida. Ahora has descubierto que la vida se esconde en la normalidad del día a día. Disfrutas cocinando, dibujando, pasando tiempo con tu abuela… incluso te has hecho amiga de un chico que al principio no te generaba interés. Amiga… por no decir algo más —me explica.

Y sé que es así. Sé que tiene razón porque es lo que llevo pensando toda la mañana, lo mucho que he aprendido con mi abuela y que no quiero perder todo ese conocimiento. Porque al final mi abuela es sabia, como todas las personas mayores. Son el conocimiento de nuestro mundo, nuestra memoria, ¿qué seríamos sin ellas?

—Todo eso lo he aprendido por ti, abuela. Eres muy sabia. Ahora que me he acostumbrado a estar aquí, me gustaría no tener que irme —le digo con voz triste.

—Madurar también significa afrontar las situaciones que no deseas. Si te quedaras aquí, estarías huyendo de la vida que tienes. Si no te gusta, cámbiala, Lola. Lo que has aprendido aquí puedes ponerlo en práctica allí. Es así de fácil.

—Pero te echaré de menos… a ti, a Pepa, a Javi, incluso a los mariscadores y las gaviotas —añado sin poder esconder la tristeza que siento.

—Echar de menos algo es natural. Vivir con esa pena también —es su respuesta.

Y tras esta conversación tan intensa que me ha despertado tantas emociones, me levanto y recojo la mesa con ella. Tengo que ver las cosas de otra manera, a fin de cuentas, no tengo problemas si comparo lo que siento con lo que tuvo que sentir mi abuela cuando vivió tantas cosas durísimas. Ella sí que lo pasó mal y sí que sufrió. Yo solo soy una niña que se queja porque su vida en Seseña no es lo que pensaba cuando llegó aquí.

Volveré en verano, es algo que tengo decidido. Quiero seguir pasando tiempo con mi abuela. Quizá mis padres me dejen venir un mes de visita. Sería guay poder pasar aquí los veranos, bañándome en el río y hablando en el porche de noche con mi abuela. Me encantaría. Mejor que en Seseña muriéndome de calor y yendo a la piscina de Laura y nuestros amigos.

Salgo al porche y ahí ya me espera Javi. Hoy tiene una expresión diferente en el rostro y sé que está pensando en que me voy. Parece que me toca día de despedidas y no quiero tener que decirle adiós a él también. Me siento intentando fingir que no estoy triste como él y sonrío antes de decir:

—Lo sé. Ya me voy mañana.

—Eh, eh. ¿Siempre te crees que eres la protagonista de lo que le pasa a la gente? —por un momento creo que me he adelantado, pero luego al ver su sonrisa no puedo evitar sonreír de vuelta.

—¡Eres malo!

—Ya. Pero sí, te voy a echar de menos, Lola. No sé qué voy a hacer las tardes sin ti. Además, quiero conocerte más. Anda, ven aquí —me dice abriendo sus brazos y acogiéndome en un abrazo.

Es la primera vez que nos abrazamos. Al separarnos, me sonríe y digo:

—Así que lo único que te interesa de mí es que te entretengo mientras cuidas de tu abuela Pepa, ¿no?

—No, ahora en serio, Lola. Voy a echarte de menos. Me ha encantado conocerte y… me gustaría que siguiéramos hablando. Si tú quieres, claro.

—Me encantaría.

—Genial. Oye, que todavía no te has ido. ¿Dónde nos quedamos ayer?

Y así retomamos nuestro debate sobre las construcciones hoteleras en primera línea de playa. He hablado con Javi de tantas cosas diferentes que ya discutimos hasta de política. Es divertido porque no solemos estar de acuerdo en nada, pero ahí está la clave de lo que funciona entre nosotros, somos tan diferentes que estamos obligados a entendernos.

Paso una tarde increíble y cuando mi abuela se sienta a cenar a mi lado y empieza a hablar de su vida, saboreo una de sus últimas historias esperando que nunca termine.

Amalia

La ceremonia fue familiar y pequeña. Para nada comparable con la boda que tuve con Ezequiel. Esta vez vinieron solo nuestras personas más allegadas y me sentí cómoda y arropada. Antonio no paró de sonreír el día de la boda y algo que recordaré toda mi vida es cómo me sacó mi primera risotada cuando se le cayó la tarta encima intentando cortarla. Mientras todos gritaban asustados, yo solté una carcajada. Ahí sentí que estaba dejando al pasado marchar y al presente acoger su nuevo lugar. Fue natural y espontáneo, y él me miró como nunca lo había hecho, fue consciente de que, por primera vez, estaba dispuesta a vivir una vida a su lado, aunque fuera con cariño y no amor verdadero.

Conforme nos conocíamos, yo insistía en que no debíamos tener prisa en casarnos. Pero para poder vivir juntos debíamos hacerlo y Antonio era un hombre muy tradicional y de su época. Al final esperamos un año y decidimos dar el paso. Él era consciente de que mi amor por Ezequiel nunca se marcharía y yo de que el suyo por Alba tampoco. Fue bonito porque supimos convivir con el corazón hecho pedazos y nos ayudamos a reconstruirlo juntos día a día. Antonio venía a buscarme cada tarde, íbamos a pasear por el campo de Canela, y a veces cenábamos con nuestras familias. Fue bonito conocernos poco a poco y entender que habría algo distinto en nuestra relación respecto a la anterior que ambos habíamos tenido.

Después de la boda, todo cambió. Me mudé a su pequeña casa, cerca de mis abuelos, y nuestros hijos tuvieron que acostumbrarse a vivir juntos. Su hija, Cristina, pronto se

convirtió en una hija para mí. Damián y ella se hicieron amigos con los años y desarrollaron un vínculo de hermanos que tanto a Antonio como a mí nos ayudó a seguir adelante. Cristina era una mujer joven cuando se marchó a estudiar a Sevilla y me di cuenta de lo rápido que había cambiado todo. Ella sí podría ser enfermera, que era su sueño, y yo lo viví a su lado saboreando lo que hubiera sido para mí conseguir ser médica. Damián estudió farmacéutica en Sevilla también y Antonio y yo los visitábamos a menudo.

Los años pasaron rápido, más de lo que hubiera deseado. Me encontré con cuarenta y dos años asistiendo al funeral de mi abuela, que había sido la última en fallecer. Mi abuelo nos había dejado dos años después de que me casara, con ochenta. Mi abuela vivió hasta los noventa y tres. Sus últimos años fueron duros, dejó de poder andar y se fue quedando ciega poco a poco. Era como si la vida se le fuera de las manos ante sus ojos y no pudiera frenarlo. Pero todos sus hijos estuvimos a su lado hasta el último momento.

En su funeral dejé que el dolor saliera. Lloré por ella, por mi abuelo y por Ezequiel. Lloré por mi madre y mi padre, por mis dos tíos que se había llevado la guerra y por los que perdimos por la tuberculosis. Dejé que el dolor se hiciera conmigo porque sabía que sería la última vez que podría llorarlos. Había perdido casi todo lo que quería en la vida y tenía que seguir adelante. A mi lado, Antonio me apretaba la mano y me abrazaba cuando lo necesitaba. Damián tuvo que volver de la universidad para asistir al funeral de su bisabuela, a la que había conocido como si fuera su segunda madre. También vino Cristina, que ya había terminado de estudiar y trabajaba en un hospital de Cuenca, donde se había enamorado y estaba a punto de casarse.

Al salir, nos sentamos en un banco y seguí llorando hasta que no me quedaron lágrimas.

—Mamá, tranquila. La abuela era muy mayor —me dijo Damián, que estaba sentado a mi lado.

—Fue una mujer admirable… la quiero tanto.

—Ahora está en paz. Sus últimos años fueron muy duros —la voz de Antonio me abrazaba en mitad de la tormenta que

sentía.

Mi hijo y Antonio pudieron cambiar de tema para ayudarme a sobrellevarlo mejor. Yo pensé en todo lo que mis abuelos habían hecho por mí y lo mucho que tuvieron que dejar de lado para darme una vida mejor. Sabía que se habían marchado tranquilos, ahora estaba casada con otro hombre y a Damián y a mí no nos faltaría nada nunca. Me hacía feliz saber que estaban en un lugar mejor, viéndonos y sabiendo que estaríamos bien sin ellos.

Después del entierro volvimos a casa. Ya no hacía falta cruzar en barca, pues habían hecho una carretera que conectaba Ayamonte con la isla de Canela y Antonio tenía un pequeño coche. Eché de menos nuestro paseo por el río en barco y me di cuenta de lo mucho que había cambiado todo en los años que llevaba casada con Antonio. Nuestros hijos habían podido estudiar, ya no había barcas para cruzar el Guadiana y donde se encontraba un muro, ahora habían construido viviendas. Ayamonte crecía a pasos agigantados, pero nosotros no estábamos dispuestos a abandonar la isla ni nuestras vistas al río que nos había visto crecer.

Cenando en el porche, Cristina nos dijo que tenía algo que contarnos. Se levantó para darnos la noticia:

—Sé que quizá no es el mejor momento del mundo, pero quería deciros que estoy embarazada. Estamos esperando un niño.

No pude evitar sonreír y abrazarla. Antonio hizo lo mismo y la vida volvió a girar a mi alrededor.

—En la muerte siempre hay vida —fue lo que respondí.

Y así había sido. Mi abuela me había dejado para siempre, pero después de perderla había ganado una vida a mi lado. Nuestro primer nieto.

Antonio rompió a llorar de la emoción y Damián tampoco pudo aguantar unas cuantas lágrimas. Nuestra familia empezaba a crecer y ya no solo éramos dos viudos con dos hijos que tenían que aprender a ser hermanos. Éramos cuatro esperando a un quinto.

Los meses pasaron rápido después de eso. Pepa se quedó repentinamente viuda, y la vida volvió a ella. Empezó a

arreglarse, quedábamos cada día y leyó de nuevo como llevaba años sin hacerlo. Cuando la noticia llegó a mi puerta, en boca de una vecina afectada y preocupada por mi amiga, yo sonreí sintiéndome mal por alegrarme de la muerte. Supe que era la liberación de mi amiga y que ella no sentiría gran pena ni dolor al ver a su marido marchar para siempre.

Carlos había tenido un infarto. Muchos dirían que era una pena por ser tan joven. Yo le dije a Antonio:

—A cada cerdo le llega su San Martín.

Pepa lloró en la misa y el entierro. La conocía tan bien que sabía que no eran lágrimas de pena, sino de alegría. Sus hijos tampoco parecían especialmente afectados, todos odiaban a su padre porque era un hombre despreciable que los había maltratado.

Aunque Franco había muerto hacía ya tres años y España había evolucionado a una democracia, aquellos que nos habíamos criado en el franquismo sentíamos que todo era demasiado reciente y teníamos miedo a cambiar nuestras costumbres. Por eso, cuando el divorcio se había aprobado en España el año anterior, Pepa ni siquiera se lo había planteado. Temía que, si le pedía el divorcio, él la matara.

Pasaron los años y Pepa no volvió a casarse. No quiso volver a sufrir ni arriesgarse a que le tocara, como ella decía, la lotería. Fue feliz sola, con sus hijos y conmigo a su lado.

Finalmente, Antonio y yo nos mudamos a la que había sido la casa de mis abuelos. Estaba tan vacía desde su pérdida que mis hermanos me habían pedido que volviera si así lo deseaba. Y volví a sentarme en el porche que me había visto crecer y perder tanto. El mismo porche donde lloré a Ezequiel y me sentí sola y vacía. Lo hacía con un buen hombre a mi lado que me cuidaría hasta el final de su vida.

Antonio era un hombre de costumbres, tradicional como él solo, pero también alegre y dicharachero. Me hacía reír y éramos los mejores amigos que existían en todo Canela. Nunca llegamos a amarnos como amamos a aquellos que nos robaron el corazón, pero nos hicimos la mejor compañía que se podía pedir y nos quisimos hasta el final de sus días.

Lola

Es mi último día con la abuela y estoy tan triste que no quiero salir de la cama. No puedo creer que mi experiencia se haya acabado y que hoy sea el final de esta increíble vivencia. Solo de pensar en volver al instituto y a la que era mi vida normal… me parece extrañamente lejana, sin duda. No sé si estoy preparada para volver y sentirme como me sentía antes. Aunque ahora me llevo grandes lecciones de vida, las que me ha dado mi abuela Amalia inconscientemente. He aprendido a valorar cosas que antes ni siquiera me planteaba. Eso me hace darme cuenta de lo mucho que he madurado.

Esta tarde he estado con Javi dando nuestra última clase de música. Ya he sido capaz de tocar una canción entera y cantarla. Se llama *Luka* y es de Suzanne Vega. Lo mejor es que es en inglés, y Laura me estuvo ayudando un día por teléfono con la pronunciación. Ahora me sale genial. No conocía la canción hasta que me la enseñó Javi y me dijo que tenía la voz perfecta para ese tono. Cuando leí la traducción de la letra pensé en Pepa y su historia, me imaginé que así debían sentirse ella y sus hijos con Carlos. Por eso decidí aprender a tocar y cantarla, como un homenaje a su historia y a lo que había descubierto de ella.

Parece que la abuela y Pepa han decidido darnos un rato más solos, pues no salen a su hora habitual al porche. Así, estamos juntos hasta las siete, que es cuando mi abuela me pide que la ayude a hacer la cena. Mis padres llegarán en dos horas y estarán cansados, así que querrán comer y marcharse. Me despido de Javi sintiendo cómo se me atora el pecho tener que decir adiós, pero me pide que nos veamos por la mañana.

Quiero abrazarlo, pero me da vergüenza delante de Pepa y Amalia. Estoy agradecida porque nuestras abuelas tengan dos porches contiguos que nos hayan permitido pasar tiempo todos juntos como si fuéramos una familia. Me deja tranquila pensar que la abuela se quedará con ellos y no estará sola.

—Les va a encantar. Algo de dieta mediterránea después de un mes y pico en Alemania —me dice la abuela mientras la ayudo a pelar patatas.

Vamos a hacer unos filetes con verduras. Es algo que ya hemos cocinado antes, pero creo que en este mes y medio hemos preparado todas sus recetas. Esto es simple y ligero y la abuela siempre dice que no hay que cenar demasiado, que eso es malo para el cuerpo.

—Creo que van a querer dieta mediterránea en los próximos meses —le digo entre risas cortando la zanahoria como me pide.

—¿Con quién voy a cocinar ahora?

La abuela lleva todo el día melancólica. Al principio pensaba que yo era la única, pero ahora veo que ella se siente igual que yo. Sé que ha estado sola muchos años, desde que se quedó viuda por segunda vez, y que mi presencia aquí le ha dado vida. A mí también me la ha dado la suya, y no puedo imaginar un mejor mes de marzo que el que hemos pasado juntas.

—Ay, abuela…, estaba pensando, no sé qué te parece… me gustaría venir en verano. Pasarlo aquí contigo —le cuento.

No hemos hablado de esto todavía porque quería decírselo a mis padres, pero es más importante saber si a ella le parece bien.

—¿En serio? —me pregunta dejando el cuchillo a un lado y mirándome—. ¡Me encantaría! —suena tan emocionada que me sale una carcajada.

—¡Qué guay! ¡A mí también! Podemos ir a la playa y podrás contarme más historias.

—Bueno, de mi vida ya no tengo mucho más que contarte, pero sí, claro, tengo historias de mucha gente que seguro que te van a gustar.

—Lo hablaré con mis padres cuando llegue a Seseña, seguro

que les parece una buena idea. Así se toman unas vacaciones de mí y yo de ellos.

—Siempre digo que no hay mejor verano que cerca de la playa. Ahí arriba hay mucho calor, niña. No me quiero ni imaginar —me dice antes de volver a concentrarse en el plato que estamos preparando.

Seguimos cocinando y pongo la radio que tiene en la cocina. Dejo que la música nos acompañe, como es costumbre, y mientras esperamos a que la verdura se cueza, limpiamos la cocina. La abuela me pide que vaya a prepararme para cuando lleguen mis padres y sigo su consejo.

Duchándome por última vez en el pequeño baño de mi abuela, me pregunto cómo me sentiré cuando llegue a casa después de tanto tiempo. Extrañaré la humedad del aire de Ayamonte, los pasos lentos y sordos de mi abuela en la planta de abajo y el olor que desprenden sus comidas.

Al volver a la cocina, veo que la comida ya está casi lista y salgo al porche para prepararlo. La mesa donde comemos mi abuela y yo seguirá ahí, pero tengo que sacar una pequeña que hay en la habitación trastero y dos sillas de plástico.

Pongo una vela en la mesa, los platos y los cubiertos, y después me siento con mi abuela a esperar a mis padres. Antes de lo que pensábamos, veo su coche acercarse y aparcar en la puerta. Cuando se bajan y me sonríen, me emociono. Me levanto y salgo corriendo hacia ellos, que me reciben con un abrazo.

—¡¡Lola!! —exclama mi madre emocionada también.

Cuando me sueltan, echamos a andar hacia el porche de la abuela y mi padre abraza a su madre con una emoción que nunca le había visto en el rostro. Mi madre también la abraza y le agradece haberse quedado conmigo. Están cambiados, mucho más delgados y se nota que el estrés ha hecho mella en ellos.

—*Amá*, ya veo que has cuidado de la niña.

—Anda, sentaros ahí. Vamos a comer. Necesitáis el puchero que necesitaba la niña cuando llegó —dice ella riéndose.

—Tiene una pinta exquisita, Amalia —comenta mi madre con una sonrisa antes de probar la cena.

—¡Tengo tantas cosas que contaros! —exclamo emocionada.

Y así nos pasamos la velada charlando. Mi abuela y yo les contamos todas las cosas que hemos hecho y ellos nos escuchan con interés. Veo que mis padres están felices por verme tan alegre y cambiada. Yo también lo estoy. Y ahora que los tengo delante quiero volver a casa para poder pasar tiempo con ellos, pero sigo deseando tener a mi abuela más cerca. Vivimos demasiado lejos.

No les hablo de la vida de la abuela porque ya la conocerán y tampoco creo que a ella la hiciera sentir muy cómoda. Sí que menciono que me la ha contado y que me ha encantado escucharla y mi padre comenta que la abuela tiene una vida muy interesante y que da para escribir un libro.

—¡Lo haré! —es mi respuesta a su comentario.

Ellos nos hablan de Alemania y de que es otro mundo comparado con España. Yo nunca he estado en Alemania y la abuela tampoco. Nos hablan de la borrasca y de cómo pudo paralizar esa gran ciudad. También nos explican que el trabajo se complicó en el laboratorio, pero que al final dieron con los resultados que estaban buscando. Mi madre me garantiza que no volverán a coger una propuesta así ante el riesgo de que se alargue tanto. Está claro que se ha mezclado con la borrasca que los ha retrasado casi tres semanas; pero, aun así, ella no tiene ganas de frío por un tiempo.

A la hora y media están tan cansados que se retiran a su hotel a descansar y quedamos muy temprano por la mañana para irnos. Ayudo a la abuela a recoger y friego los platos mientras ella se sienta en el sillón y enciende la tele. Hoy hay un capítulo de la serie que estamos viendo juntas, pero creo que ya es tarde y debe de estar terminando.

—Abuela, ¿podrías contarme una última historia? —le pido sentándome a su lado cuando termino de fregar.

—¿Ahora? Es muy tarde, Lola.

—Por favor. Será la última hasta el verano —le digo poniéndole ojitos de pena.

—Bueno, vale. La última. Allá va.

Amalia

Durante todos esos años que estuve con Antonio jamás dejé de pensar en Ezequiel. Creí que era injusto y que no estaba honrando al que entonces era mi marido. Fue algo que durante mucho tiempo me revolvía por dentro y me hacía sentir culpable. Hasta que, cuando Antonio cayó enfermo y pasó sus últimos dos años de vida en una cama, un día me llamó y me dijo:

—Amalia, quiero que hablemos. Ven, cielo, ven —me pidió que me sentara en una silla al lado de su cama.

Para entonces, Antonio ya estaba muy desmejorado y tenía cáncer de páncreas. Los médicos me explicaron que tarde o temprano tendría que ser hospitalizado para tener una muerte más cómoda. Yo no iba a permitir que se muriera en casa, demasiadas personas lo habían hecho cuando no teníamos hospital cerca.

—¿Qué quieres? —le pregunté con voz dulce alcanzando su mano.

—Darte las gracias. Sé que nuestra vida ha sido difícil y temo mucho marcharme y dejarte sola de nuevo. Pero ahora tenemos una gran familia que cuidará de ti y sé que no estarás sola. Tienes a Pepa también.

—Oh, Antonio, no hables así —le pedí sintiendo cómo las lágrimas acudían a mis ojos.

—No pasa nada, yo sé que me queda poco. Pero quiero que sepas que jamás te voy a culpar por seguir amando a Ezequiel, como yo sigo amando a Alba.

—Gracias —susurré.

Cerrar ese capítulo en nuestras vidas había sido necesario,

pero también aprender a convivir con sus fantasmas. Que Antonio necesitara hablar de esto, en su lecho de muerte, demostraba que era algo que también había rondado su cabeza, quizá tanto como la mía.

—Yo te quiero, mucho, Amalia. Sé que tú a mí también. Eres una mujer maravillosa, quiero que lo sepas. Allá donde me vaya los veré a los dos y sé que estarán orgullosos de nosotros. Te esperaremos ahí y no sufras, porque no habrá dolor.

—No quiero que te vayas —las lágrimas ya surcaban mis mejillas mientras me aferraba a su mano.

—No voy a irme nunca, te lo prometo.

A pesar de su promesa, Antonio murió a los pocos meses. La casa volvió a quedarse vacía, pero esta vez yo ya estaba preparada. Era una anciana, los años habían pasado por delante mis ojos casi sin darme cuenta y empezaba a sentir el peso de la vida sobre mi cuerpo. Aun así, lloré mucho su pérdida, y lo visitaba cada fin de semana en el cementerio. También a Ezequiel, en cuya tumba parecía que no había hecho mella el tiempo.

Pensé que quedarme viuda de nuevo me arrollaría hasta dejarme en una cama a expensas de morir pronto. No fue así. En la muerte siempre había vida y encontré esa vida cuando perdí a Antonio. Me encontré a mí.

Había pasado tantos años llorando a los demás y cuidando de otros que me olvidé por completo de mí misma. Me olvidé de dedicarme tiempo, de aprender a estar sola y de conocerme a mí misma. Por eso, cuando él falleció, decidí quedarme sola. No quería ir a Cuenca con Cristina y con sus hijos; tampoco a Toledo, donde vivía Damián con la suya. Quería estar sola, con Pepa y con mis vecinas. Disfrutar de la isla, de Canela y su sal, que por mucho que hubiera cambiado, siempre sería mi hogar. Contemplar el río, verlo cambiar cada día e ir a la ermita cada semana y poner una vela por todos los que había perdido.

Aprendí a ser feliz, nunca olvidé a Ezequiel, pero tampoco a Antonio. Y cuando me miraba en el espejo veía un cabello plateado que me llegaba hasta los hombros, una tez llena de arrugas y unos ojos azules con una historia que debía conocer

el mundo.

Lola

Me levanto muy temprano porque quiero poder desayunar con la abuela antes de marcharme. Me visto con ropa cómoda, guardo en mi mochila las cosas que quedaban fuera y voy al salón, donde ella ya me espera con el desayuno en la mesa. Por mucho que madrugue, la abuela siempre me gana, antes de que tuviera los pulmones débiles salía a andar a las seis de la mañana, así que no ha sido capaz de cambiar su horario. Está acostumbrada después de tantos años.

Me siento a su lado y devoro las tostadas que me ha puesto. El café está recién hecho y huele de maravilla. En contra de lo que querían mis padres, llevo tomando café desde los catorce años, siempre me ha costado despertarme por la mañana.

—Oh, abuela, no me digas que lo de anoche era el final de la historia —le pido mirándola con tristeza.

—Qué va, el final de la historia llegará cuando me muera, niña —contesta con una sonrisa.

—¿Puedo preguntarte una cosa?

—Sí, claro —me responde alcanzando su café.

—¿Por qué mi padre y tú no tenéis una buena relación? A ver, no digo que os peleéis, pero no entiendo muy bien cuál es el problema entre vosotros —le digo intentando encontrar la mejor manera de explicarlo para que no suene mal.

—Damián siempre me ha guardado rencor por no contarle la historia de Ezequiel. Él recuerda estar solo conmigo y que después llegara Antonio. No recuerda a su padre y yo no quise contarle nada hasta que fuera mayor.

Los ojos de mi abuela muestran pena y arrepentimiento. No quiero juzgarla, después de escuchar su historia he entendido

que cada uno lidia con el dolor y la pérdida de manera diferente. ¿Qué la llevaría a tomar esa decisión? Solo ella lo sabe.

—Oh… mi padre es muy rencoroso, ya lo sabes. ¿Entonces, por eso estáis así?

—No es que estemos de ninguna manera. Él sigue dolido y bueno… yo estoy mayor, Lola. No puedo ir a Seseña así como así, ¿entiendes? Cuando tú eras pequeña él estaba enfadado. Con los años vinisteis alguna vez, pero él siempre estuvo dolido. Y ahora es difícil porque me sería imposible estar tantas horas sentada en un coche.

—Pero yo he venido y voy a volver, abuela —le prometo con una sonrisa.

—Lo sé, niña, y tengo muchas ganas de que vuelvas.

Me hace sentir mejor conocer bien la historia de mi familia. Agradezco que mi abuela sea sincera conmigo, a pesar de que será muy difícil para ella. No pienso meterme en su relación y con mi padre, sus motivos tendrán cada uno para ver las cosas como las ven. Yo prefiero seguir conociendo a mi abuela y pasar tiempo con ella.

Antes de lo que hubiera deseado, saco mi maleta y mi mochila a la puerta. El coche de mis padres ya está aquí. Se bajan para despedirse de mi abuela en la distancia y yo la abrazo con fuerza. No quiero soltarla, no quiero irme. Me encantaría poder pasar más tiempo con ella y sé que a ella también conmigo. Inspiro con fuerza en sus brazos para recordar su olor y ella me aprieta aún más fuerte.

—Te quiero, abuela —le digo cuando nos separamos.

—Y yo a ti, mi niña. Nos vemos pronto. ¡Oh, espera!

Entra un momento en su casa y después sale con la guitarra que he tocado durante la cuarentena. Me la tiende.

—No, abuela. No puedo aceptarla.

—Si no la coges, va a seguir en ese trastero comiéndose de polvo. Cógela, es tuya. Era de tu abuelo Ezequiel.

Nunca lo había dicho, pero ahora que lo sé la abrazo con fuerza y la miro a ella con cariño. Noto el brillo en los ojos de mi padre cuando me giro y le digo adiós a mi abuela con la guitarra en brazos.

Conforme salgo por la puerta, me giro para mirarla una última vez y entonces escucho la voz de Javi gritando mi nombre. Me había olvidado por completo de él con todas las emociones que sentía dejando la casa de mi abuela. Está en su porche y se acerca un poco más para que lo escuche decir:

—Lola, ¿te vas a ir sin despedirte?

—Oh, Javi. Lo siento.

—No me has dado tu teléfono móvil. No sé cómo vamos a hablar sin tenerlo.

—¡Hala, es verdad!

Con todo el tiempo que he pasado sin el teléfono, he dejado de darle importancia hasta tal punto que ni se me había ocurrido pedírselo a Javi para que podamos hablar. Me río y se lo digo en voz alta.

Mis padres deben de estar alucinando con todo lo que está pasando. Pero estoy contenta de que puedan ver todos los vínculos que he creado aquí.

—Buen viaje, Lola. Nos vemos pronto —me dice con una sonrisa.

—Tenemos pendiente algo —le digo.

Él me guiña un ojo y responde:

—Creo que es hora de que deje de estar pendiente.

Y, seguidamente, se acerca a mí y me besa. Me pilla por sorpresa y eso hace que responda con torpeza. En cuanto nos separamos me ruborizo porque sé que tenemos un público que debe de estar expectante. Primero, me giro hacia mis padres, que se han quedado a cuadros. Y, después, hacia nuestras abuelas que cuchichean y se ríen entre ellas. Alzo la mirada de nuevo hacia los ojos de Javi, que me sonríen divertidos, y lo agarro de la sudadera que lleva; lo atraigo hacia mí y le devuelvo el beso.

Después nos separamos y rompemos a reír. Nuestras abuelas también lo hacen mientras nos vitorean divertidas. Me imagino que mi abuela ya le ha descrito a Pepa lo que estaba pasando. Me giro y me marcho hacia el coche.

—¡Lola! ¡Vuelve pronto! —me grita Pepa desde el porche de mi abuela.

Y así, me subo al coche de mis padres.

Mientras dejamos Canela atrás, no puedo evitar mirar por la ventana y sentir cómo las lágrimas acuden a mis ojos. No quiero llorar, pero es que tampoco quiero marcharme. Es una sensación terrible porque no hay nada que pueda hacer y siento que he sido feliz este último mes y medio con mi abuela. Querría poder quedarme con ella, seguir escuchando sus historias y las de Pepa y ver a Javi para tocar la guitarra cada día.

La Lola que se subió a este coche la última vez no era la misma que se ha subido de nuevo. Era una niña que solo pensaba en sí misma. La Lola que se ha vuelto a subir se siente una mujer que ha aprendido a reconocer las cosas verdaderamente importantes y a valorar su suerte por tener una vida tan fácil.

—¿Has estado bien, Lola?

—Sí —le respondo a mi madre casi en un susurro.

—¿Qué quieres hacer cuando lleguemos a casa? —me pregunta.

—Planear mi viaje de vuelta a Canela, mamá.

—¿Qué? —añade mi padre sorprendido.

—Volveré este verano.

«Abuela», añado en mis pensamientos.

Agradecimientos

Me gustaría cerrar esta historia dándole las gracias a mi abuela Maruja, por la gran labor de documentación que hice con ella. No solo mi abuela se crio en el campo de Canela de Ayamonte como Amalia; sino que además el personaje de Amalia es una mezcla de mi propia abuela y su hermana Eulalia, dos historias unidas para contar una sola. Si os fijáis, hay una escena donde aparecen una tal Maruja y un tal Domingo. Ambos son mis abuelos y quería que aparecieran como un guiño en la historia. Así que gracias, abuela, por ser la memoria del campo de Canela y de nuestra familia. Gracias por tu apoyo, por contarme todas las historias que Amalia le cuenta a Lola y por ser mi abuela.

Gracias también a mis padres, Floren y Mari Carmen; y a mi hermana Isabel. Siempre digo que son el pilar fundamental de mi vida.

Gracias a Javier Sánchez, por quererme como lo hace cada día.

Por supuesto, gracias a todas las personas que me acompañan cada día, mis amigas. Gracias a Adriana Haagsma, Nuria Aguilar, Miriam Huertas, Irene Morales, Yara Arnold, Sofía Rico, Aitana Pérez, Elsa Pórtulas, Haizea Álvarez… y a todas las demás. A mis gatos, Leo y M, que son fuente de relajación y amor cada día.

Gracias a mis agentes, David de Alba y Pablo Álvarez, por la confianza. A mis editores y al equipo de Anaya que hacen posible que esta historia vea la luz.

Y gracias a ti, si has llegado hasta el final del final. ¡Gracias por leerme!

Para la dinamización en el aula de este libro,
existe un material con sugerencias didácticas
y actividades que está a disposición del profesorado
en nuestra página web

Edición en formato digital: 2023

© Del texto: May R Ayamonte, 2023
Autora representada por la Agencia Literaria Editabundo S. L.
© De esta edición: Grupo Anaya, S. A., 2023
Calle Valentín Beato, 21
28037 Madrid
www.anayainfantilyjuvenil.com

Ilustración de cubierta: Inés Pérez

ISBN ebook: 978-84-143-3595-6

Está prohibida la reproducción total o parcial de este libro electrónico, su transmisión, su descarga, su descompilación, su tratamiento informático, su almacenamiento o introducción en cualquier sistema de repositorio y recuperación, en cualquier forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, conocido o por inventar, sin el permiso expreso escrito de los titulares del Copyright.